



O. C. TAVIN

ALIAS "LUGGER"



OBRAS PUBLICADAS DE O. C. TAVIN
EN F. B. I.:

- «La redada», núm. 10.
- «¡Traidor!», núm. 17.
- «Persecución», núm. 24.
- «Trampas mortales», núm. 30.
- «Secuestro», núm. 35.
- «A la desesperada», núm. 41
- «Armour, expulsado», núm. 47
- «Misterio en Viena». núm. 54
- «Pavorosa elección» núm. ⁵⁷
- «Killer» a sueldo», núm. 67.
- «Punto final», núm. 70.
- «Entre esas brumas...», núm. 72.
- «¡Terror!», núm. 75.
- «El final de Rocco», núm. 76.



SAN BERNARDO, 68 - MADRID

COLECCION F. B. I.

Obras publicadas:

1. ¡Culpable! (6.ª ed.) (1).
2. La hora gris, (4.ª ed.) (1).
3. El Rey del Hampa (4.ª edición.) (2).
4. El cobarde, (3.ª ed.) (1).
5. Luchando en la sombra, (2.ª edición.) (3).
6. Contra Scotland Yard, (3.ª edición.) (1).
7. Su Alteza el Ladrón, (2.ª edición.) (2).
8. La ruta de la locura, (2.ª edición.) (3).
9. A la ofensiva, (2.ª edición.) (4).
10. La redada, (2.ª ed.) (5).
11. Shanghai, (2.ª ed.) (1).
12. Guerra de gangsters, (2.ª edición.) (2).
13. ¡Sangre! (2.ª ed.) (5).
14. La rebelión de los muertos, (2.ª edición.) (6).
15. El Hombre de las Tres Caras, (2.ª edición.) (7).
16. Tánger, (3.ª ed.) (1).
17. ¡Traidor!, (2.ª ed.) (5).
18. Tragedia en Berlín, (2.ª edición.) (4).
19. Alta traición, (2.ª edición.) (2).
20. Terror en la Academia de Quantico, (2.ª edición.) (1).
21. El Delator, (6).
22. Armonías de muerte, (3).
23. Destinos cruzados, (1).
24. Persecución, (5).
25. Una ciudad abierta, (4).
26. Horas trágicas, (7).
27. La muerte alada, (3).
28. Doctor X, (1).
29. El coloso de hierro, (6).
30. Trampas mortales, (5).
31. Contrabando funesto, (5).
32. Nueva York-San Francisco, (7).
33. Entre rejas, (1).
34. Muerte en el Caribe, (6).
35. Secuestro, (5).
36. El dueño del mundo, (4).
37. Hermano contra hermano, (7).
38. Filibusteros modernos, (2).
39. Palestina en llamas, (3).
40. La ley del terror, (8).
41. A la desesperada, (5).
42. La promoción de la muerte, (6).
43. Tinieblas, (1).
44. Espías en la noche, (2).
45. Fidelidad, (6).
46. Sin cuartel, (7).
47. Armour, expulsado, (5).
48. La huida de Varko, (3).
49. La Maffia, (1).
50. Alaska, final de ruta, (5).
51. Tras el telón de acero, (6).
52. Gangsters de guante blanco, (9).
53. ¡Acusado! (7).
54. Misterio en Viena, (5).
55. El genio del mal, (6).
56. Hombres armados, (10).
57. Favorosa elección, (8).

- | | |
|----------------------------------|---------------------------------|
| 58. La bestia escarlata, (3) | 69. Loup-Garou, (3). |
| 59. Huellas de ultratumba, (11). | 70. Punto final, (5). |
| 60. S. O. S., (8). | 71. ¡Mirad a las sombras!, (3). |
| 61. Bletes malditos, (3). | 72. Entre esas brumas... (5). |
| 62. Camino de perdición, (12). | 73. Tortura, (13). |
| 63. Camaradas enemigos, (3). | 74. El confidente, (3). |
| 64. A la deriva, (6). | 75. ¡Terror! (5). |
| 65. ¡Odio! (1). | 76. El final de Rocco, (5). |
| 66. Cita de madrugada, (3). | 77. El vengador negro, (1). |
| 67. «Killer» a sueldo, (5). | 78. ¡Codicia! (8). |
| 68. Muerte en el atardecer (4). | 79. Sentenciado, (6). |
| | 80. Secreto de Estado, (4). |

En preparación:

HORA «D».

AUTORES

- | | | |
|-------------------|---------------------|---------------------|
| (1) Alf Manz, | (6) Alar Benet, | (11) Thomas Settee, |
| (2) Fred Baxter, | (7) A. G. Murphy, | (12) John Nebot, |
| (3) Frank McFair, | (8) Lewis Haroc, | (13) Thomas Wanton, |
| (4) Eddie Thorny, | (9) J. L. Martin, | |
| (5) O. C. Tavin, | (10) Jack Brooklyn, | |

Comamos y bebamos, pues mañana hemos de morir.

SAN PABLO. «I Corint.»

I



L señor Clinton, *miss* Nadia —dijo la doncella, apareciendo en el gabinete y mirando a su señora con una especial sonrisa de comprensión.

—Son solamente las diez y media —murmuró Nadia, mirando un reloj francés, de bronce, colocado en la repisa de la chimenea—. Estoy sin arreglar... Bien, dile que pase.

Se levantó ella y se miró con cierta coquetería. Iba vestida con una bata larga, de seda guatada, muy escotada y de mangas perdidas. Era alta, de espléndida figura, que tenía mucho de exótica. Morena, su pelo parecía azul, de tan negro. Igualmente sus ojos, muy rasgados, inmensos, con largas pestañas.

El señor Clinton penetró en el lujoso gabinete. Llevaba un gabán de entretiempo, gris, muy elegante, y en la mano el sombrero flexible, del mismo color. Podría tener unos treinta y ocho o treinta

y nueve años y era de mediana estatura, grueso, resaltando su casi cómico rostro mofletudo, en el que aparecían unos ojos bovinos, saltones, de claro color azul.

—Hola, Nic. Mucho madrugas. Siéntate —dijo con acento un poco displicente la joven, indicándole una butaquita, frente a ella.

—Sí, he sido un poco impertinente al venir a esta hora... —se excusó Clinton, sonriendo. La miró después de pies a cabeza con mal reprimida admiración—. Estás preciosa, criatura, aun en «deshabillé» —murmuró en tono irónico.

—Es pronto para que empieces tus galanteos, Nic —cortó secamente Nadia. Tenía un extraño acento extranjero la joven, que parecía dulcificar el inglés. Realmente, nada tenía de anglosajona, sino de esclava, tanto por su cutis, moreno, y cabellera, como por su figura y ciertos ademanes, lánguidos, suaves—. Puedes decirme a que has venido, desde luego.

Nic ahogó un suspiro, que abultó aún más su rostro abotagado, rojizo, apoplético. Cruzó sus manos regordetas sobre el vientre enhiesto. Nadia le ofreció un cigarrillo ruso, de larga boquilla color rosa, que tomó de un estuche, sobre una cercana mesita. Encendió el suyo y después se dedicó despreocupadamente a arreglarse las uñas con el «polisoir».

—Es acerca de ese inspector Vestry —comenzó Clinton, lanzando una bocanada de humo perfumado—. Estoy de él hasta...

—Espera. —Nadia se levantó y fue hasta la puerta del gabinete, saliendo al pasillo. Volvió en seguida, cerrando bien—. Habla bajo —le dijo a Nic—. Hay que estar muy alerta con la servidumbre, aunque Ethel parece de cierta confianza; es decir, que no sabe nada. Sigue. ¿Qué le pasa a ese hombre?

—Que se está metiendo demasiado a oliscar. Antes solía ir al «Paradise» los jueves, a cenar bien y bailar alegremente. Es un solterón empedernido y amigo de pasarlo bien. Pero desde que hemos intensificado el tráfico, yo no sé si le ha llegado el olor de las drogas a la nariz, o alguna confidencia, pero el caso es que menudea sus visitas y hasta pregunta a mis camareros cosas que indican su desconfianza.

—Te dije siempre que debieras ocuparte en cosas en las que no tenga intervención el

F. B. I.,

Nic —indicó Nadia, frotando suavemente las uñas de su mano izquierda, muy blanca y maravillosamente delicada.

—De acuerdo, hija, pero no sabes el negocio que estamos haciendo con las drogas. Yo no sé qué le ha dado a la juventud, de un año a esta parte, que se vuelven locos pidiéndolas...

—Buena juventud la de este país —murmuró desdeñosamente Nadia—. En Rusia son más hombres; quieren lo que quieren los hombres... Al menos, yo lo veía cuando era pequeña. Hoy no lo sé.

—Sí. Tú saliste hace muchos años de allí. Bueno, el caso es que yo no pienso dejar mi asunto, que me vale muchos miles a la semana, con una organización estupenda, porque a un tipo del

F. B. I.

se le ocurra meter la nariz en lo que yo hago. He pensado que si sigue buceando llegará a pescarme con las manos en la masa. Esos del

F. B. I.

son especiales...

—Están especializados, querido, y no tiene nada de particular que cumplan su cometido bien. ¿Y qué solución piensas dar al asunto?

—Se me ocurrió el adagio de que los muertos no hablan, ni ven, ni oyen —contestó él suavemente, sonriendo y en voz queda—. Quería consultarte sobre ello, «Lugger» —sonrió al aplicarla el apodo con que solía aludirse a la joven entre ciertas capas de los bajos fondos.

—Mi consejo es que hay que mirarlo mucho antes de dar ese paso, sobre todo, si lo vais a dar vosotros —contestó la bella joven, sin mostrarse ofendida por el apodo con que la denominó Nic.

—¿Y si... lo dieras tú? —insinuó Nic, inclinándose hacia ella, para aminorar el tono de voz—. Eres absolutamente independiente y nadie sino muy pocos te conocemos como lo que eres. Una espléndida y admirable «killer». Quizá la única mujer en el mundo con tal «profesión» —rió sarcásticamente, moviéndose su abultado vientre agitadamente—. ¿Lo querías hacer, Nadia?

—Yo quiero hacer lo que me mandan, si me pagan bien —repuso secamente la joven, frotando ahora con entusiasmo la mano derecha, sin mirar a Clinton.

—¿Cuánto?

Nadia dejó el «polisoirs» sobre la mesita, contempló atentamente sus manos, tan bellas, finas, delicadas, y miró con sus negros ojazos a Nic después.

—¿Cuándo tendría que ser eso? —inquirió como si hablase de una cosa sin importancia.

—Cuanto antes. Temo que el hombre se haya embalado ya y de repente se me echen encima. Tengo casi la seguridad de que aún no ha llegado a pasar de las sospechas, de los recelos. Es decir, que es la ocasión, me figuro, de quitarle del asunto.

Nadia se levantó del silloncito y fue a un secreter, en un rincón. Lo abrió y cogió una pequeña agenda, que ojeó rápidamente.

—Podría ser esta noche mismo. Es la fecha más cercana que tengo —rió burlonamente. Nic se estremeció, mirándola con cierto horror.

—Esta noche... —murmuró, mientras aplastaba el cigarrillo contra un cenicero—. Me conviene, sí. Cuanto antes. Tenía pensado cierto plan para lograrlo sin comprometerte...

—Hablemos del precio, querido. Y considera que es un inspector del

F. B. I.

y que estás ganando el dinero a espuertas.

—Sí, bien. ¿Cuánto quieres?

—Diez mil. Y si surgen complicaciones y he de poner pies en polvorosa, veinticinco mil —contestó fríamente Nadia.

—De acuerdo. Ten un cheque —sacó su cartera y de ella un cheque en blanco, que rellenó con la estilográfica—. Los diez mil. Si hay ruido, los otros quince mil te los doy cuando me los pidas, pero no si la cosa sale bien, sin ecos.

¿Conformes?

Nadia cogió el cheque y lo miró. Lo guardó dentro de la agenda.

—¿Qué plan tenías para ayudarme? Lo que necesito simplemente es que me pongas en relación con el inspector. De lo demás no te preocupes. ¿Qué tal tipo es? Ya me dijiste que es solterón —volvió a reír maliciosamente.

—Tienes que conocerle. Iba los jueves. Un hombre alto, fuerte, robusto, que tiene el pelo rubio, como los ojos. Su cara es simpática, expresiva, alegre, con una nariz un poco demasiado larga. ¡Si creo que hace como quince días que te sacó a bailar, hombre! Y te

miraba después insistentemente...

—Son muchos los que han bailado conmigo en tu establecimiento y luego me han mirado así, y hasta me han hablado. ¿Qué plan es el tuyo?

—Esta noche iré a mi Paradise, porque es hoy jueves. Bueno, realmente, ya va casi todos los días...

—¿Siempre solo?

—Siempre. Le gusta divertirse a su manera. Cena bien, bebe mejor y luego baila alegremente. No creo que pase de ahí su «juerga» —rió Nic burlonamente—. Pues bien, esta noche, cuando vaya, aunque siempre manda reservar su mesa, mí «*maître*» se habrá olvidado de ello y el hombre se encontrará sin ella. Se pondrá furioso, claro. Pero mí «*maître*», contrariado, buscará la forma de complacerle. Tú estarás en la tuya y sola, aburrida... Flynn te pedirá como un señalado favor el que accedas a compartir tu mesa con el inspector. Aceptas de buen grado...

—Y nada más por vuestra parte —cortó Nadia, volviendo a sentarse y cogiendo un cigarrillo de nuevo—. Me lo dejáis.

—Bueno, pero ya sabes... Poco ruido, lejos de Greenwich Village, ¿eh? Y si ves que la cosa se pone difícil, nada de precipitarte por acabar esta misma noche. Piensa que es del F. B. I., querida.

Nadia le miró con insultante desprecio, brotando de las pupilas de sus ojos como chispas. Su rostro se endureció hasta parecer como esculpido en mármol. Toda su belleza extraordinaria pareció dar paso a una expresión de terrible crueldad, inhumana, fría como la nieve de las estepas rusas.

—¿Crees que debes darme lecciones, Nic, sobre eso? El día que yo te liquide —rió ahora sarcásticamente, mirándole como si fuese un falderillo— no te darás cuenta de ello, querido mío, aunque estés prevenido... No te preocupes sino de buscar una coartada para mí y las vuestras, por si ese hombre ha dejado instrucciones en la División neoyorquina. Y vete ya. Esta noche iré a tu antro, para que cuando llegue el inspector me encuentre en mi mesa. Procura tú que todas las demás mesas estén llenas...

—Lo estarán. Pondré comparsas míos para que todo esté lleno, aunque realmente no hace casi falta. Mi Paradise tiene mucha

clientela. Oye, ¿y por qué me has dicho que me vas a liquidar? —El rostro grueso de Nic estaba un poco pálido y sus ojos saltones miraban con inquietud.

—No sé. Tal vez sea para advertirte que si alguna vez te entran deseos de declarar ante quien no debes que yo te he ayudado a deshacerte de tus enemigos, ese día mí «Lugger» cantará su mortal sinfonía en tu honor. Una advertencia, Nic...

—Si es por eso, puedes estar tranquila. Tú no perteneces a nadie, a ningún «gang», y en cambio nos prestas buenos servicios. Yo no tengo en este momento ningún muchacho que pueda hacer lo que deseo, ni me conviene que nadie de mí «gang» lo haga.

—Bien, bien. Vete. Hasta la noche, y procura que el inspector se siente a mi mesa.

—Oye, Nadia, si alguna vez quieres fijarte un poco más en mí, en lo que positivamente valgo —dijo Nic, con voz un poco temblona por la emoción, ya en pie y mirándola con ternura—, yo me llevaría una gran alegría. No es amor propiamente lo que te pido, compréndelo. Yo lo tengo por ti, pero no sé si alguna vez tú... En fin, te ofrezco una vida mucho más tranquila que la que ahora llevas, mucho más dinero...

—Gracias, Nic. Dudo mucho que mi corazón sirva para algo más que para desempeñar su mecánico cometido de repartir mi sangre por el cuerpo. Mi niñez y mis años de muchacha fueron espantosos, y en ellos aprendía a odiar, solamente a odiar, a los hombres. Por eso ahora me vengo, matando... —repuso con voz dura Nadia, mientras se miraba las uñas, como distraída.

—¿Has matado a muchas personas? —preguntó Nic, mirándola con asombrado horror.

—No tantas como quisiera, si me dejan.

—¿Enemigos tuyos? ¿Por qué lo haces? ¿Es solamente por ganar dinero?

—¿Enemigos míos? ¡Pobrecillos! ¿Es enemigo mío ese inspector Vestry? No, no. Porque odio a la Humanidad, Nic —le miró intensamente, fulgurantes sus negros ojos, apretados los finos labios sensuales—. Pero si me dan dinero, mejor que mejor.

—Ya, ya... —balbució Nic, muy pálido, acentuando en su rostro la expresión de horror y repugnancia—. ¿Hubo en tu familia alguna persona que fuese... tarada, enferma, quiero decir? ¿Lo has estado

tú?

Nadia rió sarcásticamente, contemplando compasivamente a Clinton. Se encogió de hombros al contestar despectivamente:

—No. Pero vi cosas espantosas en mi patria, de pequeña. Después, durante mi éxodo, sola, por el mundo, como refugiada, huida de Rusia, China, Manchuria, Corea, Australia, India, Europa, la guerra en Alemania, cuando la invasión. Y luego aquí. Una mujer sola, huida, por el mundo, es algo que no puedes concebir de amargo y terrible. Todos los hombres se creían con derecho... Las mujeres, a mirarme como un monstruo rojo, un foco de perversión para sus maridos, sus novios, sus hijos. En fin, soy un producto de laboratorio infernal, una especie de máquina de odiar y matar. Ahora se asombrarían de que yo haga tales cosas y, sin embargo, fue a lo que me enseñaron.

Nic no la miró compasivamente. Era un malvado, un «gángster», que se dedicaba a actividades penadas por la Ley, pero se consideró algo así como un bendito al lado de ella. Nunca jamás escogería el horrendo oficio que ella tenía, de asesinar mediante un estipendio; y no solamente por eso, sino por odio a la Humanidad, sin que odiase personalmente a sus víctimas. Le parecía inconcebible que aquella criatura bellísima, de rostro virginal, puro, pudiese albergar aquel desatentado odio a los seres humanos, por mucho que hubiese sufrido en sus andanzas.

—Bueno, hasta luego —apresuró la despedida, sin tender su mano a Nadia, que sonrió benévolamente, como si fuese otra muy diferente a la que habló momentos antes—. Ve pronto. Desde luego, todo pagado.

—Adiós.

Nic salió francamente despavorido del hotelito en que ella vivía, en el 48 de Washington Square, en Greenwich Village, el «quarter» latino neoyorquino. Nunca había hablado con ella tan íntimamente. Realmente, solamente una vez la había dado un encargo como el de ahora, y lo desempeñó con aterradora precisión ella, usando su «Lugger», como siempre. Fue para sacudirse de encima a un competidor desleal en el negocio de los narcóticos. Una lucha entre «gangs», tan corriente. Clinton se vió seriamente amenazado de muerte, no siendo hombre de lucha, en ese sentido. Sus hombres temían a aquel «boss» enemigo, Giannelli, y no estaban dispuestos

por nada a ser liquidados en una lucha que sólo les incumbía a los dos «boss». Y Nic, por recomendación de otro «boss», se entrevistó con aquella Nadia, la rusa blanca de espléndida belleza. Ocho días después, tras un idilio entre Giannelli y ella, aquél apareció un día muerto a tiros en una carretera, en Jersey City. Y el «gang» de Giannelli se disolvió, muerto su cabecilla.

Nic llegó, en su coche, a Unión Square, donde radicaba su restaurante y club nocturno Paradise, uno de los más lujosos de Greenwich Village. Le estaba esperando su segundo, Adam Schurz, un alemán casi gigantesco, un hércules, de verdes ojos impasibles, cuando no de mirada maligna, como de serpiente, y pelo color pajizo, muy escaso en su cabeza diminuta.

—¡Uf! ¡Maldita sea! —exclamó cuando estuvo Nic en su despacho del piso principal, donde tenía la vivienda—. Traigo el estómago revuelto...

—¿No ha querido? —preguntó sonriendo Schurz, mientras encendía su pipa de brezo con una tranquilidad espantosa.

—¡Si ha querido!... Eso es lo horrible, precisamente —exclamó Nic, sentándose ante su mesa—. Trae «*whisky*», anda —murmuró fatigadamente. Schurz llevó una botella y dos vasos, llenándolos de licor. Nic cogió uno y bebió su contenido de una sola vez, jadeante.

—Bueno, si ha querido, eso era lo interesante, ¿no? —inquirió flemáticamente el germano, sentándose ante la mesa y mirando a su jefe como si no comprendiese lo que le ocurría.

—Está bien, claro —chilló Nic, exaltadamente—. Muy bien para nuestros deseos. Mira, Adam; tú a mí no me ganas a sinvergüenza, ¿sabes?, pero hay cosas que aterrorizan. No me digas que una mujer como ésa, que parece un ángel, pueda ser peor mil veces que una legión de demonios dantescos. ¡No me parece que pueda haber sido ella la que me ha dicho que aunque no odiaba a sus víctimas las asesinaba por gusto, por odiar a la Humanidad! Alega que la trataron mal en su país, cuando huyó, y en todo el Globo... ¡Bah! Somos muchos menos los sinvergüenzas que las personas de bien —rió sarcásticamente—. ¿No iba a encontrar en todo el mundo una sola alma que se compadeciera de ella, que no le tratase mal? Es que es mala, mala, mala... Por convicción.

—Loca, tal vez.

—¿Loca? Creo que no. Algo de eso la pregunté, y negó que en su

familia hubiese nunca un tarado. ¡No! Es mala, mala, mala... — Llenó de nuevo su vaso y bebió como si tuviese una gran sed—. Y el caso es que me gusta, Adam, esa mujer. No sé lo que daría por tenerla para mí.

—A mí también me gusta —contestó, sonriendo fríamente, Schurz—. Yo sabría domarla, ya lo creo —apretó los grandes puños mientras sus labios se fruncían en un gesto imperioso, casi cerrados los ojos—. Bueno, entonces, ¿se encarga del asunto, y pronto, jefe?

—Esta misma noche nos le quitará de encima a Vestry. Hay que tener las mesas llenas, para que cuando llegue el inspector no haya donde sentarle. Entonces tendrá que hacerlo en la mesa de Nadia, si quiere. Después se encargará ella del resto. Es lista la condenada...

—La cosa marcha bien —se refregó las manos Schurz con aire satisfecho—. Es de esperar que el inspector aún no haya dado la voz de alarma en la División del

F. B. I.

acerca de nuestras actividades. Porque si deja herederos que sigan sus gestiones...

—Yo no lo espero. Hemos tenido parado el negocio ocho días, precisamente por si tenía alguna sospecha, se le desvaneciese.

—Pero sigue frecuentando más que antes nuestro restaurante —murmuró Schurz en tono desconfiado—. Y eso indica que sus recelos subsisten.

—No lo ve claro, y eso es lo peligroso y por lo que hay que eliminarlo —indicó Nic—. Los del

F. B. I.

son tercos como mulas y cuando siguen una pista no cejan hasta obtener un resultado verdadero, sin lugar a dudas.

—¿Qué pensarán cuando vean al inspector asesinado? Quiero decir que cómo reaccionarán, a qué motivo achacarán ese asesinato. Esto es lo interesante, jefe —dijo Schurz, pensativamente—. Y contra lo que hay que estar preparados, por si vuelven sus miradas sobre nosotros.

—Nosotros no habremos asesinado al inspector, Adam —contestó, sonriendo ladinamente Nic—. Tendremos nuestras coartadas a punto. Esta noche, tú y yo estaremos abajo todo el tiempo, sin ausentarnos ni cinco minutos. Y estaremos al lado del senador Sinnerton, de su esposa, de su hija; hablaremos con el

profesor Naickel, tu compatriota, con el director de la Watson Insurance, Anderson. Personas honorables que garantizarán que estuvimos todo el tiempo atendiendo a nuestros clientes. Nadia se las compondrá como pueda.

Pasó así el resto del día, durante el cual Schurz estuvo tomando nota personalmente de las peticiones de reserva de mesas para la cena en el restaurante. A las ocho y media de la noche, quedaban libres dos mesas aún. Ordenó entonces a dos de sus hombres acudiesen, con dos mujeres, para ocuparlas temprano. El inspector Vestry, por teléfono mandó reservar la suya y el «*maître*» tomó nota de ello amablemente, asegurándole quedaba cumplido su encargo. Mesa para uno, como siempre. Schurz sonrió diabólicamente cuando recibió el recado del jefe de los camareros.

—Mesa para dos —dijo en tono de zumba—. Y con una mujer... que para mí quisiera —terminó con un hondo suspiro.

Nic estuvo igualmente atareado con tres de sus hombres. En evitación de que el

F. B. I.

se revolviese contra él, a la vista del asesinato del inspector Vestry, ordenó se sacasen todas las existencias de drogas, almacenadas en el sótano del restaurante y arriba, en su piso. Fueron metidas en seis cajas de licores diversos, en perfectas condiciones, con sus precintos, y por la puerta de servicio del restaurante salieron los camareros, dejándolas en una furgoneta, que partió acto seguido con rumbo a una calle del Harlem italiano, donde fueron depositadas. Igualmente se hizo con toda clase de documentos de importación, falsos, de licores ingleses, españoles, italianos, griegos, y anotaciones de entrega, en clave, listas de repartidores, cuentas y datos de existencias en diferentes puertos y en la frontera canadiense. Las armas fueron retiradas también. Aquella noche, los hombres de Nic no dispondrían ni de un cortaplumas, siguiendo así hasta tanto se notase que el desconcierto del

F. B. I.

fuese completo, o emprendiese sus investigaciones por otro rumbo equivocado. Nic era astuto y no cometía la insensatez de pensar que los del

F. B. I.

eran menos inteligentes que él.

Pensó en cómo se las valdría Nadia, no sólo para asesinar al inspector, cosa relativamente fácil si el hombre iba totalmente ajeno a que aquella seductora mujer fuese una criminal terrible, sino en las horas que siguiesen, las peores para ella; cuando el

F. B. I.

comenzase a investigar minuto a minuto dónde estuvo el inspector, con quién y por qué. Pero eso no era cosa suya, realmente. Allá ella. En aquel juego entre desalmados, la camaradería era desconocida. Si ella quedaba al descubierto, también habría coartadas para demostrar que si hizo aquello de asesinar al inspector fue por asuntos totalmente ajenos a él, Nic, y que ella solamente era conocida como concurrente ciertos días al restaurante. Nada más.

II



L Paradise era uno de los mejores restaurantes y club de noche de Greenwich Village. Tenía cocineros italianos, franceses, españoles, dispuestos a preparar platos especiales de las diversas cocinas de tales países, además de los platos ingleses, americanos, alemanes, que los clientes solicitasen. La clientela, con tal motivo, era siempre cosmopolita, abundando los tipos más variados, deseosos de poder comer de cuando en cuando manjares típicos de sus países de origen. No faltaban los diplomáticos, ni los hombres de negocios que estaban en Nueva York de paso, ni los mismos americanos que invitaban a sus amigos extranjeros a un banquete con platos que les hiciesen recordar su patria.

Era lujoso el gran salón del Paradise. Tenía forma de herradura, y en la parte más estrecha estaba situada la gran plataforma donde

dos orquestas, las mejores y siempre renovadas, nacionales y extranjeras, ofrecían a los concurrentes tanto la música de baile como extensos repertorios de todas clases, incluyendo el «folklore» mundial.

Aquella noche, antes de las nueve y media, ya estaban todas las mesas con su cartelito indicador del cliente que había reservado la suya, esperando su llegada. Y poco a poco fueron entrando, multiplicándose el «*maître*», Flynn, para colocarlos en sus sitios. La concurrencia vestía de etiqueta y era, en general, distinguida. Casi en todas las mesas había mujeres, con sus trajes de noche y joyas rutilantes.

Nadia se presentó muy pronto, ataviada con un espléndido vestido negro de faya, todo él recamado de lentejuelas del mismo color, de larga cola. Morena como era, el negro del vestido hacía resaltar el blanco cutis maravillosamente, mostrando el amplio escote y los casi desnudos hombros. Flynn, respetuosamente, la precedió hasta su mesa, apartando la silla para que se sentase. Ella miró a su alrededor distraídamente mientras jugueteaba con la cartulina de los «menús». Sonrió a un par de hombres, clientes habituales, que solían sacarla a bailar con frecuencia. Era innegable su distinción y seriedad, que muchas veces contrastaba con la dudosa de otras mujeres, sobre todo al final de las cenas. Nadia jamás se emborrachó ni dio motivos para que se fijasen en ella como perturbadora. Era bastante con que todos los hombres nunca la perdiesen de vista, disimuladamente, admirándola silenciosamente.

A las diez y cuarto, la mujer encargada del guardarropa saludó sonriente al inspector del

F. B. I.

Peter Vestry, que la entregó su gabán de entretiempo gris y su sombrero negro. Quedó, con su correcto «*smoking*», en espera de la contraseña. Y un camarero salió a su encuentro, sonriente.

—¿Dónde siempre, Donald? —le preguntó Vestry, mientras miraba a los concurrentes siguiendo al empleado.

—Espero que sí, señor. Voy a avisar al señor Flynn... —dejó atrás al inspector. Cuando estuvo al lado del «*maître*», le dijo con voz queda—: Ya está ahí el inspector.

—Bien. Yo me encargaré de él —y avanzó hacia Vestry, que

esperaba mientras fumaba, contemplando las mesas.

—Buenas noches, Flynn. Oiga... —señaló con la mano el centro del salón —me parece que mi mesa habitual está ocupada, ¿no?

—Buenas noches, señor. En efecto —se rascó la barbilla Flynn—, han dispuesto de ella. Pero veremos de que ocupe alguna de al lado. Tenga la bondad, que hay dos vacías aún.

Flynn se adelantó y miró los cartelitos de las dos mesas vacías. Su gesto de azoramiento y disgusto se hizo más patente. Vestry le miró con alguna impaciencia.

—Bien, señor; estas dos están reservadas. «Señor Langtry» —fue a la otra—: «Señor y señora Napier»... No será posible aquí. No comprendo cómo no me reservaron una para usted, señor Vestry.

—Pero yo le di el encargo esta tarde, Flynn. A usted mismo, ¿no? —arguyó Vestry en tono de fastidio—. Bueno, donde sea, donde sea. Me parece que está todo lleno —miraban ambos a su alrededor, buscando una mesa vacía, que no encontraron. Flynn habló en tono enérgico, aunque quedo, con dos camareros, haciendo ademanes de impaciencia. Volvió al lado de Vestry, que estaba en pie en el pasillo central, esperando. El rostro del «*maître*» revelaba la consternación más viva.

—Le pido mil perdones, señor. Ha sido cosa de un camarero, que olvidó colocar el letrero correspondiente, con su nombre, en la mesa indicada. No hay un solo sitio —miró a su alrededor de nuevo—. Todas ocupadas...

—Lamentable, Flynn. Me pregunto para qué servirá pedir con antelación una mesa... —repuso secamente Vestry—. Esto quiere decir que he de marcharme.

—Mil perdones, señor Vestry —se excusó Flynn con voz suave—. No quisiera que hiciese tal cosa. Si me permite hacer una gestión para acomodarle con otro cliente, ¿le molestaría?

—¡Hum! Creo que no, Flynn, si esa persona no tiene inconveniente, naturalmente. No sabría dónde ir ahora, la verdad. Inténtelo.

—Gracias, señor.

Partió apresuradamente Flynn, sonriendo maliciosamente. Después regresó, como si olvidase decirle algo al inspector.

—¿Con una dama o con un caballero? Está allí —señaló a Nadia con un gesto— una asidua concurrente, muy amable, y podría...

—¡Ah! —Vestry sonrió alegremente, mirándola discretamente—. También la he visto por aquí algunas veces, sí. Bien, Flynn; entre un hombre y una hermosa mujer como ésa, creo que debo desear estar con ella. ¿Usted cree que no cometeremos una imprudencia al pedirla tal cosa?

—Es una señora sumamente correcta y amable, señor Vestry. Hace pocos días ofreció su mesa en un caso parecido a éste. Claro que fue a un matrimonio... Lo intentaré, señor.

—Dios le ayude, Flynn —contestó Vestry, sonriendo.

Y vio cómo el «*maitre*» hablaba respetuosamente con Nadia, que le miraba serenamente y luego sonreía, encogiéndose levemente de hombros.

—Ha sido muy amable la señora Kirova, señor. No tiene inconveniente en compartir su mesa con usted —dijo alegremente Flynn, cuando regresó al lado del inspector.

—Magnifico, Flynn. Creo que he de alegrarme de la trastada que me han hecho al dejarme sin sitio. ¿Kirova ha dicho? ¿Rusa?

—Lo ignoro, señor. Extranjera sí parece.

Avanzaban hacia la mesa ocupada por Nadia, que comenzaba a comer los entremeses, con caviar entre ellos.

—Señora Kirova, el señor Vestry —dijo Flynn, separando una silla—. Ha sido muy amable, señora.

—Efectivamente, señora. Tal vez la solución que da al asunto Flynn no sea de su agrado, y la pido me perdone el intrusismo —dijo Vestry, haciéndola una inclinación, sin sentarse.

—Siéntese, señor. No me molesta en absoluto. Suelo venir sola, y a veces me invade el aburrimiento. Siéntese. Es raro que Flynn deje alguna vez de cumplir exactamente su misión.

Rió graciosamente cuando Vestry se sentó frente a ella, contemplándola admirativamente, aunque discreto.

—Gracias, señora. No fue culpa mía, sino de un camarero. Veamos, señor Vestry, qué desea cenar.

Le entregó Flynn la tarjeta, mientras sacaba un block y un lapicero.

El inspector quedó un instante contemplando los entremeses y los vinos que tenía ante si Nadia.

—Me parece, Flynn, que esta noche, ya que el Destino me ha colocado al lado de la señora Kirova, debiera comer lo que ella

coma, ¿no le parece? —dijo, riendo y mostrando una dentadura brillante.

—Lo peor será si no coincidimos en los gustos, señor —dijo, riendo también, Nadia—. Me gusta la cocina francesa, y vea lo que he elegido.

Le tendió la tarjeta, en la cual el «*maître*» había marcado los platos.

—¡Hum! —leyó Vestry detenidamente—. Perfecto, señora... Incluso el caviar, Flynn, y el vodka, que espero no será tan... fuertecito como el que una vez bebí en Moscú. Hace falta cierta costumbre para tolerarlo bien, ¿verdad?

—Yo la tengo. Peor me sientan esos «cocktails» que ustedes toman. ¿Ha estado en Moscú, dice?

—Cuando la guerra. Era coronel de Información del Ejército. Para la entrega de materiales a los rusos. ¿Es usted rusa, si puedo preguntárselo?

—Rusa, sí. Ahora, americana. Hace unos años obtuve la ciudadanía. Realmente, debiera ser ciudadana universal —rió suavemente—, a juzgar por lo que he corrido. Vaya comiendo de este caviar mientras le traen el suyo.

—Gracias. El caviar tiene una especial preparación en su país, señora Kirova...

Comenzó a untarlo en un trozo de pan.

—Señorita. Soy soltera, señor Vestry. Si usted es casado y le ven...

Reía ella encantadoramente, envolviéndole en ardientes miradas que hacían apartar los ojos al inspector.

—También soy soltero. Me parece que la he visto alguna vez más aquí —murmuró él, sin querer contestar a la frase de ella.

—Sí. ¿No recuerda que hemos bailado juntos cuando nos hemos visto? Por eso no he tenido inconveniente en que se siente a mi mesa. Pero tiene mala memoria, por lo que veo.

—Realmente... —Vestry se sonrojó un poco—. Me acordaba también, y debo reconocer que me ha alegrado sinceramente el que haya sido tan amable conmigo. Pienso que ha sido una verdadera suerte.

El camarero llevó el primer plato para ambos, después de los entremeses.

—Comamos y bebamos, pues mañana hemos de morir —dijo Nadia, riendo, cogiendo el tenedor y el cuchillo y mirando fijamente a Vestry, que levantó la cabeza, un poco asombrado.

—¿Morir? ¿Mañana? —preguntó, teniendo en suspenso el tenedor—. Verdaderamente, en lo que menos pensaba ahora era en eso, señorita Kirova...

—Es una frase que creo pronunció San Pablo ante los corintios, no se alarme —dijo ella, llenando una copa de vodka y ofreciéndosela—. Brindemos por nuestra amistad, ya que el Destino nos ha puesto cerca el uno del otro.

—Exactamente. Por su belleza, su encanto... —murmuró Vestry — y nuestra amistad.

Nic Clinton y su segundo, Schurz, paseaban lentamente por entre las mesas, atendiendo a clientes ya conocidos e interesándose por el servicio, si hubiese alguna deficiencia. El inspector acercó su cabeza a la de la joven, diciendo con voz queda:

—¿Conoce usted a los dueños de esto, señorita Kirova?

—Me agradaría mucho prescindiese usted, Vestry, de cierto tratamiento. Hemos brindado y hecho votos por nuestra amistad naciente. Hagamos que sea más firme y rápida. ¿Qué decía?

—Encantado. ¿Su nombre, por favor?

—Nadia. Genuinamente ruso. ¿Le agrada?

—Voy pensando que todo en usted es bello, armonioso. Decía que si conoce a los dueños de este establecimiento. Estos dos hombres que andan por entre esas mesas. ¡Esta música me fastidia los nervios con sus agudos de saxofón!

—Conocerlos, realmente, no. ¿Por qué? ¿Piensa reclamar porque no le guardaron la mesa? Creí qué se había alegrado... —contestó ella en tono un poco dolorido.

—¡Oh, no, no! Desde luego que me ha parecido magnífico poder sentarme frente a usted y considerarla ya como una amiga... encantadora —el inspector, un poco enrojecido su rostro a causa de las mezclas de vinos franceses con el vodka, se sentía parlanchín, galante—. Me estaba preguntando, sencillamente, que no parecen corresponder sus gestos, las frases que les he podido oír, con el hecho de que sean propietarios de un restaurante de gran lujo, como éste. Los encuentro... diría que zafios, incultos. Como si todo esto les hubiera caído encima por un azar de suerte. Creo que no me

explico bien. Perdone.

Nadia rió, cubriéndose la boca con una mano. Estaba encantadora en sus gestos, en sus miradas intensas, cautivadoras, en sus sonrisas prometedoras, que hacían que el inspector quedase como prendado de ella.

—Tenga en cuenta que después de las guerras sucede que muchos hombres saltan inverosímilmente de la miseria a la opulencia, o al contrario. Es un desquiciamiento general en moral, en costumbres, en pasiones. Estos hombres —indicó, con un gesto a los dos «gángsters», que se habían sentado ante la mesa de un senador— pueden ser unos de los muchos que han subido, quizá no por sus propios méritos.

—Exacto. Si se les registrase en los bolsillos de la moralidad, seguramente no se encontraría nada, ¿verdad? —contestó el inspector, mientras llenaba de nuevo las copas de vodka—. Encuentro un poco más floja esa bebida que la de Moscú. Me acuerdo que una vez vi beber a Stalin y me quedé boquiabierto. ¡Como si fuese agua, palabra! Yo tenía encima cuatro copas y me tambaleé cuando me levanté de la mesa.

Bebieron, chocando antes sus copas y haciéndose reiteradas protestas de amistad. Ella le miraba de reojo, estudiando el efecto del vodka sobre Vestry, no acostumbrado a beber profusamente.

Terminó la cena y ambos encendieron cigarrillos, echándose hacia atrás en sus asientos. Sonaba una melodía para bailar y varias parejas lo hacían en la encerada pista central. Vestry movía un poco la cabeza, llevando el compás mientras sus ojos azules claros, un poco empañados, tenían una alegre mirada.

—¿Sería molesto para usted, Nadia, cuando termine su cigarrillo, volver a recordar con la acción las veces que hemos bailado juntos? —preguntó él, aplastando la colilla de su cigarrillo sobre el cenicero.

—Claro que no, Vestry —y le imitó prestamente—. Cuando quiera, Peter...

El inspector se levantó, sonriendo. Pestañearon sus ojillos, como si quisiese apartar de su cerebro y mirada la multiplicidad de imágenes que aparecían ante él, brumosas, imprecisas. Respiró hondamente y recobró la conciencia, alterada por el alcohol. Ella se apoyó en su brazo y llegaron ante la pista de baile.

—Es un magnífico ejercicio, después de una cena abundante — opinó el inspector, mientras la pasaba un brazo por la esbelta cintura, cogiendo con la mano libre la de ella y apretándola quizá excesivamente. Ella correspondió, mirándole fijamente a los ojos, sonriendo dichosamente.

—¿Solamente baila usted conmigo por hacer ejercicio, Peter? — preguntó Nadia, haciendo un mohín de extrañeza—. Yo, cuando bailo, lo hago porque encuentro un placer. Lo de menos es dar vueltas, creo...

—¡Naturalmente! Quizá no me expliqué bien. Es usted sumamente sutil, Nadia. No me parecieron las rusas que vi en su patria como usted, en cuanto a agudeza. Hermosas mujeres, sí, pero un poco... taciturnas, reconcentradas. Tienen un maldito, ¡perdón!, fatalismo que no comprendo bien. Sus canciones, sus novelas, su mejor música...

—Es la raza. Ustedes, en cambio, son estridentes, dinámicos, excesivamente impetuosos. No sé cómo no se me ha declarado ya... —contestó Nadia, apretando la mano de él entre la suya.

—¡Oh! Uno debe portarse como un caballero en todo momento, y esto, a veces, es fastidioso, de veras —explicó el inspector, apretándola levemente contra su pecho y mirándola fijamente, trémulo el aliento—. Le doy mi palabra de que si no lo he hecho es porque no desearía que formase un concepto pésimo de mí. No por otra cosa, Nadia.

—Dejemos pasar el tiempo, ¿verdad? Hoy, amigos; mañana, más amigos, y pasado, ¿quién sabe? ¿Cree usted en la fuerza del Destino, que hace cosas maravillosas, y también funestas? Como rusa, soy bastante supersticiosa.

—Creo que es muy fácil enamorarse de una mujer como usted, que parece reunir todas las bellezas. Y doy gracias a Dios porque me ha guiado hacia usted, Nadia —contestó, con gran convicción, Vestry—. Esas etapas me dijo usted antes, me agradecería recorrerlas velozmente. Si mañana hemos de morir, como dijo antes, muramos felizmente.

Rieron ambos cuando acabó la pieza musical y regresaron a la mesa. Ella llenó las copas de vodka y le ofreció una con un gesto encantador.

—Bebamos, Peter. Más alegría en nuestros corazones y la

esperanza derramando su bálsamo consolador para hacernos soñar.

—Por nuestro futuro amor, Nadia —contestó Vestry muy seriamente. Y apuró hasta el final la copa. Nic y Schurz, que estaban cerca, se miraron silenciosamente, sonriendo.

El inspector tenía cuarenta años y jamás se había enamorado. Ante él desfilaron algunas mujeres, que tras hacerle pasar algún tiempo embebido en un remedo de amor, se alejaron sin dejar huella alguna en su corazón. Un poco de amargura, de desilusión, y luego la paz contemplativa, sin hacer nada por despertar su corazón a aquella sensación nunca por él sentida. Pero siempre temió que, dado su carácter, no siempre pasivo, ni reflexivo, cuando se enamorase sería muy en serio y con notable ímpetu. Como si dormidas energías volcánicas despertasen bruscamente, irrumpiendo por el cráter con fuerza incontenible. Sería la reacción del hombre maduro.

El vodka, los vinos franceses, los licores, hacían en él como un gran revulsivo, despertando en su alma aquellas sensaciones dormidas, dominadas. Nadia, con su belleza admirable, sus ojos profundos como abismos, de ensoñadora mirada, el contacto con su mano, su cintura, sintiendo su aliento, formaban un conjunto para él explosivo.

Sonó la música de una orquesta cubana, dulce, ensoñadora. Se miraron y sin decirse nada volvieron a la pista. Las palabras de cumplido, cortesías, las consideraban ya inútiles. Al menos, él. Ella le inducía, le guiaba, serena, consciente, hacia un final previsto. Vestry podía perder la cabeza, sentirse enamorado con la misma rapidez que los efluvios del alcohol perturbaron su mente. Ella, no. Ni siquiera el alcohol embotaba su fría determinación, sus planes fríamente calculados.

Durante el baile no hablaron una palabra. Estaban más juntos, más unidos. Vestry no podía pensar ya en si su actitud era quizá demasiado impulsiva, repentina. Casi lego en la materia, se entrega ciegamente a un naciente amor, no obstaculizado por Nadia, sino al contrario. De buena fe creía que también ella se sentía ilusionada, feliz, con él.

Cuando regresaron a la mesa, ya no quiso beber más Vestry. No estaba borracho, pero preveía que una copa más de «vodka» le llevaría a un estado lamentable que no deseaba llegase. Quizá Nadia

pudiese creer que todo su afecto por ella fue debido al falso impulso de una perturbación mental, engendradora de deseos y actitudes inmediatas. Él estaba enamorado de ella, desde luego. Lo sentía, aun por encima de la niebla que rodeaba su mente. Fija como una luz radiante, estaba la chispa del amor naciente.

—¿A qué hora suele ausentarse de aquí, Nadia? —inquirió él aceptando un cigarrillo ruso de ella—. No tengo prisa alguna por mi parte, desde luego. Siempre consideraré como una desgracia el dejarla... por hoy.

—Son las doce y media —miró ella su reloj de pulsera—. Cuando quiera podemos marcharnos. Pero no despedirnos aún, Peter. Se respira mal aquí. Un paseo por la orilla del Hudson, ¿eh? Y luego, ¿quién sabe?

—Admirable. Pero quisiera saber lo que luego habrá. Mañana, en adelante... Pienso, Nadia, que esto... lo nuestro, no debiera quedar reducido a un simple aunque feliz episodio.

—Será más, mucho más, Peter. Será un episodio trascendental, sobre todo para uno de los dos.

El la miró, sin comprender lo que quería decir aquella frase. Nadia sonrió mientras cogía su bolso de piel, de un tamaño quizá exagerado, y pesado, al parecer.

—Cada cual se paga lo suyo, Peter —dijo ella, cortando con un gesto la acción de querer él abonar la cena de Nadia—. No quiero que crea que pudiera ser un «gancho» de este establecimiento —y pagó su cuenta, ante el asombro de Peter Vestry.

—No se me ocurrió tal cosa, en verdad —aseguró él, conmovidamente.

Nadia lanzó una mirada de triunfo a Nic y Schurz cuando pasó a su lado, camino de la salida del restaurante. Los dos «gángsters» estaban hablando con un magnate de la industria eléctrica de Schenectady, que estaba bastante bebido, por cierto. Y sonrieron a la bella joven, que llevaba detrás al inspector.

En el guardarropa, ella recogió su abrigo de marta, ayudándole a ponérselo Vestry. Éste se puso su gabán y sombrero.

Ya en la puerta, iba a ordenar el inspector a un avisador de «taxis» le buscara uno, cuando Nadia detuvo su gesto.

—Tengo mi coche, allí, en el aparcadero —señaló la esquina—. Vamos, porque no tengo chofer.

—Perfectamente. Creo que es mejor así —sonrió Vestry— que no un «taxi».

Subieron al «Hudson» negro, «limousine», de ella, modelo 1950, sentándose Nadia al volante.

—¿Vamos a Riverside? —preguntó, cuando el coche arrancó—. ¿Dónde haga un poco de fresco, para despejar nuestras cabezas?

—Sí, sí. En adelante tomaré mis precauciones cuando haya de beber vodka —dijo, riendo el inspector, mientras se pasaba una mano por la frente.

—Es falta de costumbre. Yo no aguanto mucho la bebida, y, sin embargo, el vodka no me marea siquiera. En Riverside nos bajaremos y pasaremos un rato.

Corría el coche por Broadway, hacia el Norte, bien dirigido por Nadia. Miraba de cuando en cuando a su acompañante, que hacía vigorosos esfuerzos por no adormecerse, ahora que se encontraba muellemente sentado y con el ligero balanceo del coche. Ella callaba, contenta de que el inspector estuviese en aquel estado de medio sopor.

—Confío en que mañana podremos vernos, ¿verdad, Nadia? —preguntó Vestry, haciendo por sacudirse el molesto sueño que le invadía—. ¿O será mucho pedir?

—Mañana... Bueno; mañana es ya hoy, porque es casi la una —contestó ella, sonriendo, mientras miraba el reloj del coche, frente a sus ojos—. Hemos comido y bebido...

—Porque mañana moriremos, ¿no? —completó Vestry, riendo—. Es decir, hoy... Bien; mi pregunta no la ha contestado, Nadia. Dejemos a la muerte y miremos la vida, que parece brindarnos algo sumamente agradable.

—Soy una fatalista, como lo somos, en general, los rusos —contestó Nadia, mientras conducía con una sola mano—. ¿Quiere darme un cigarrillo? ¿Le asusta la muerte, Peter?

—No. Me disgustaría, eso sí, morir cuando la felicidad llama a mi puerta. Si pudiera, la diría a la salida: «Por favor, espera un poco. Déjame agotar estos momentos, tan escasos, en que Dios permite que me olvide de ti. Vuelve dentro de cinco minutos». Y por eso, me agradaría ahora no pensar en la muerte, ya que soy feliz.

—¿Es usted feliz de veras, Peter? —Aminoró la marcha y se volvió, hacia él, muy interesada. Colocó su mano derecha en un

hombro de él, acercando su rostro al suyo. Se miraron fijamente en la semipenumbra de la noche.

—Lo soy. Y soy más feliz aun pensando en que usted puede hacerme aún más dichoso. Yo intentaría que lo fuese usted también... —murmuró Vestry, con la voz un poco ronca—. ¿No podríamos hacer la prueba de serlo, Nadia? Si no tiene otro compromiso... Sería lastimoso, sobre todo para mí.

Nadia no contestó. Aceleró la marcha del coche, haciéndole entrar en Riverside Drive Parkway, ya a orillas del Hudson. Pasaron muy velozmente por la avenida de entrada al puente de George Washington y enfilaron Henry Hudson Parkway, hacia el Norte siempre.

La gran pista estaba desierta. Los focos de luz, a ambos lados de la avenida, iluminaban claramente los jardines, igualmente desiertos.

Detuvo el coche. Le miró sonriendo. El reclinaba la cabeza en el respaldo, con los ojos cerrados, fumando lentamente.

—¿Nos bajamos? —dijo Nadia, pasándole una mano por la frente.

Y, repentinamente, se inclinó y le besó en los labios largamente. Vestry pareció estremecerse, contemplándola con asombro. Ella, riendo, abrió la portezuela de su lado y saltaba al suelo, con el bolso en la mano. El inspector se bajó apresuradamente. Todavía sentíase trastornado por los vapores del condenado vodka y se maldijo por su incontinencia estúpida. Se puso a su lado y la cogió del brazo.

—Vamos hacia abajo, por aquella senda, a la orilla del río —propuso ella, con voz muy dulce—. Querido, Peter... Has de perdonarme por lo de antes. Fue un impulso...

—Que me agradecería infinito te asaltase con frecuencia, hermosa mía. Oye, quiero decirte algo —la retuvo por el brazo, acercando su rostro al de ella—. Me parece que te quiero, Nadia. Estoy seguro. Todo esto ha sido muy rápido, lo reconozco, pero en ello ha intervenido tu hermosura, tu simpatía y, por otro lado..., algo que yo no había notado claramente hasta ahora. Y es que estaba deseando amar, amar de veras. No encontraba la mujer y esto me hacía ser escéptico. Todo lo has trastornado tú —rió jubilosamente— y me parece que si no lo arreglas... Tú eres la mujer que yo buscaba vanamente desde siempre.

Nadia rió zalameramente. Bajaban ya por un sendero, entre arbustos, y la oscuridad era mayor. Abajo, las aguas del Hudson, negras, corrían silenciosamente. Lejos, las luces del puente Washington pestañeaban como estrellas.

—¡Ay Peter! —exclamó ella de repente, como alarmada—. ¿Quieres adelantarte un poco? Se ha soltado algo y se me cae una media...

Vestry se volvió presurosamente, dándole la espalda, mientras caminaba por el sendero, como le había rogado ella.

Nadia, rápidamente, abrió su bolso y sacó su «Lugger». Sonreía infernalmente, mientras quitaba el seguro del arma. La silueta del inspector se recortaba bastante bien, sobre el sendero. Ella tenía muy buena puntería, por otra parte. Estaba ahora parado él, esperándola, sin mirar atrás, con el cigarrillo en los labios, contemplando el río.

Sonó el ruido del disparo entre la espesura apagadamente. Y el inspector Vestry, soñando con la felicidad, con el beso que ella le diera, quizá no oyó siquiera la detonación, porque la bala blindada de la «Lugger» se incrustó en su cerebro al mismo tiempo.

Cayó como fulminado, como si la tierra se hubiere retirado bajo sus pies en un escamoteo asombroso. Y quedó tendido, brotando de su cabeza la sangre a raudales, muerto, en el suelo.

Nadia se acercó rápidamente a él. Se inclinó y le cogió una mano, buscando el pulso, mientras le contemplaba serenamente. Después se irguió y rápidamente se alejó de allí, subiendo sendero arriba con paso firme, seguro. Ya en la avenida, entre los jardines, desiertos, se encaminó hacia su coche. Subió a él y lo puso en marcha, haciéndole dar la vuelta, hacia Greenwich Village.

Corrió el «Hudson» al máximo de velocidad autorizada, por la gran pista, tomando ya por Broadway, siempre hacia el Sur.

Un rato después, ya en su hotel, fue al gabinete y marcó un número en el teléfono, mientras fumaba uno de sus cigarrillos de larga boquilla.

—¿Schurz? —preguntó, cuando oyó la voz del segundo del «boss» con acento germánico.

—Sí. ¿Nadia? ¿Qué hay?

—Hecho.

Y colgó seguidamente, con la vista fija en el aparato telefónico.

Se levantó después y abrió el mueblecito donde guardaba la agenda. Al lado del nombre de Vestry puso una cruz, a la izquierda.

—¡Qué casualidad! —rió sarcásticamente, contando los nombres que tenían la cruz—. Ha sido el número trece...

III



ASTA casi el mediodía del siguiente no halló un jardinero de Henry Hudson Parkway, al ir a verter al río papeles y hojas secas de los jardines, el cadáver del inspector Vestry, en un sendero de la orilla. El hombre, aterrado, dio parte a un «cop» de la Metropolitana, que acudió presuroso, registrando el cadáver. Después fue todo ya vertiginoso, a la vista de los documentos acreditativos hallados en la cartera del inspector. El inspector Nat Barnum, segundo jefe de la División local del F. B. I.

estaba arrodillado media hora después ante el cadáver de su compañero haciendo indagaciones, interrogando al jardinero, al guarda nocturno, a los agentes de la Metropolitana que durante la anterior noche vigilaron aquellos parajes.

Y el misterio no se consiguió desvelar, de momento. La herida en la cabeza del inspector, por la parte posterior, indicaba que había sido agredido por la espalda. El forense extrajo la bala, indicando que la muerte debió haber tenido lugar entre las doce y las tres de la pasada noche. Los peritos en balística actuaron, así como los de huellas. Era casi imposible discernir quiénes fueron los agresores o si fue uno solo. Aquel sendero había sido pisoteado docenas de veces durante el día anterior por los paseantes, y, por si fuera poco, estaba cubierto con una capa de piedrecillas en toda su extensión. Ni siquiera se pudo sacar la consecuencia de que el inspector luchase contra su asesino o asesinos. Su ropa no estaba ni arrugada siquiera. Llevaba encima Vestry una pequeña automática, en el bolsillo trasero del pantalón, que no había sido tocada.

—Ha sido a traición, por la espalda —murmuró el atribulado Barnum, dirigiéndose a sus dos acompañantes, dos agentes especiales.

—El jefe era un tanto misántropo, muy amigo de pasear solo, reflexionando —opinó uno de los agentes—. Debieron seguirle hasta aquí y lo mataron.

—No tan misántropo —refutó el inspector Barnum, moviendo la cabeza—. Llevaba varios días que estaba como enamorado de una morena, según me dijo. Y le gustaba bailar, vaya... Anoche me dijo que iba a ir a un restaurante de Union Square por si veía a esa mujer. Creo que dijo que era el Paradise.

—¿No le habló de que sospechaba un poco de que allí se hiciese contrabando de drogas? —inquirió otro de los agentes—. No concretó cuando me lo dijo.

—¡Es verdad! Lo había olvidado —exclamó Barnum, mientras contemplaba tristemente a su muerto camarada—. Bien; debemos llevárnosle. ¿Avisó a la ambulancia, Harold?

—Sí, jefe. ¿Qué medidas va a tomar para proseguir la investigación?

—Buscar, ante todo, a esa morena. Es presumible que la viese en el Paradise, adonde iba con frecuencia este pobre camarada. Quizá para verla y también por ver si descubría si había o no tráfico de drogas. Tal vez ella sea un «gancho» que le sonsacó lo que pretendía, y cuando lo supo, le mataron.

La sirena de la ambulancia sonó agudamente y poco después

subían a ella el cadáver de Vestry. El inspector y los dos agentes especiales siguieron en el coche del inspector Barnum.

—No podemos evitar el que la Prensa hable de esto, muchachos —les dijo, cuando estuvieron en su despacho—. Pero hay que callar absolutamente lo que sospechamos. Ha sido un asesinato sin móvil conocido, ¿comprendes? Es lo que hay que decir a los periodistas.

Seguidamente, Barnum, con sus dos agentes, fue planeando lo que de primer momento había que hacer. Harold fue en busca del dueño del Paradise, Clinton.

—Ha de acompañarme a la División, señor Clinton —le dijo secamente—. Se trata de hacerle unas preguntas.

Nic estaba preparado para esto y mucho más. Ya había dejado ordenado que uno de sus hombres le siguiese por si, tras el interrogatorio, era llevado fuera del edificio de Centre Street para llevarle a la cárcel. Y que se previniese a Nadia tan pronto el F. B. I.

comenzase sus indagaciones.

Así, Nic, muy dignamente, sin hacer protesta alguna, aunque mostrando su extrañeza porque el F. B. I.

le llamase, acompañó a Harold a la División.

—Siéntese, señor Clinton —dijo Barnum, cuando lo tuvo ante él. Y Nic se sentó, cruzando ambas manos sobre su abultado vientre, sin despegar los labios. Nada en él revelaba inquietud y su actitud seguía siendo correcta, pasiva—. Ha sucedido algo grave, y comoquiera que encontramos que usted pudiera aclararnos algo sobre este asunto, le he rogado venga a verme.

—Me complacerá poderle servir, inspector —replicó Clinton, haciendo una inclinación de cabeza que no quería decir nada.

—Uno de nuestros inspectores, el que era jefe de la División, ha sido asesinado anoche —expuso Barnum, mientras le miraba fijamente—. ¿Lo sabía?

—Lo ignoro. ¿Quién, señor inspector? Recuerdo que a mi restaurante ha estado yendo un empleado de aquí, a cenar. Me parece que era el inspector... Vestry. ¿Puede ser Vestry? Lo he visto por los talonarios de las facturas de mis camareros.

—Era Vestry, sí. ¿Estuvo anoche en su establecimiento?

—Pues... —Se pasó Clinton la mano por la frente—. La verdad

es que no puedo afirmarlo en ningún sentido, inspector. Considere que en mi restaurante se pueden sentar, cuando se llena, unas ciento cincuenta personas. Anoche estaba completo. Pero si me permite, podría preguntarlo a mí «*maître*» por teléfono.

—Hágalo —contestó el inspector, acercando el aparato, sobre la mesa, a una esquina—. O mejor, diga a su «*maître*» que venga.

—Bien, inspector —dijo Clinton, con perfecta calma.

—Y marcó el número de su restaurante. Esperó unos momentos en silencio, mientras Barnum le miraba fijamente.

—Soy Clinton, Adam. Me encuentro en el despacho del señor inspector Barnum, del

F. B. I.

¿Está Flyn?

—Dile de mi parte que venga inmediatamente. Lo necesito. Que traiga los talonarios de facturas de consumiciones empleados anoche. Nada más.

Colgó Nic el aparato y volvió a su postura, las manos sobre el vientre.

—¿Conocía usted de vista al inspector Vestry, señor Clinton? —Siguió Barnum en su interrogatorio.

—Una vez me dijo, no sé si mí «*maître*» o un camarero, que había que reservar una mesa para el inspector Vestry, del

F. B. I.

Y aquella noche me lo mostró el camarero o mí «*maître*». Pero en este momento no podría describir cómo era. Considere que cada noche veo caras nuevas, pues me gusta vigilar personalmente los servicios y cambiar impresiones con aquellos de mis clientes ya conocidos. Van muy honorables personas a mi restaurante, inspector —terminó con cierto orgullo Clinton—. El senador Farrell, el inspector de Servicios Generales del Ayuntamiento, el coronel Schifly, magnates de la industria, periodistas...

Asintió con la cabeza Barnum. Estaba considerando la gran tranquilidad de que hacía gala Clinton. Parecía pisar sobre seguro.

Siguió una pausa prolongada, durante la cual ambos fumaron. Barnum le hizo algunas preguntas más relacionadas con el servicio y los clientes, pero Clinton respondía perfectamente, aunque no llegaba nunca a precisar lo que pudiera referirse a la asistencia del inspector Vestry a su local.

La puerta se abrió, y un agente anunció a Flynn, el «*maître*» del Paradise. Saludó a Barnum con una grave inclinación de cabeza y fue a sentarse al lado de su jefe.

—¿Anoche fue al restaurante el señor Vestry, Flynn? —preguntó el inspector repentinamente—. ¿Le conocía usted?

—Sí, señor. Le conocía y anoche estuvo allí. Ocurrió que aunque mandó reservar su mesa, como siempre, una distracción de un camarero hizo que cuando llegó se encontrase sin sitio. Hubo que acomodarle con otro cliente.

—¿Sabía usted quién era el señor Vestry, Flynn? —Siguió Barnum, después de tomar nota en un «block».

—Sí, señor. Un funcionario del

F. B. I.

Una vez, al encargarme mesa, me dijo esto: «Para el señor Vestry, inspector del

F. B. I.».

Otra noche, un cliente habló con él y aludió a su cargo en el

F. B. I.

«¿Qué hay, inspector?», le dijo. Por eso lo sabía —contestó escuetamente Flynn, que no miraba a su jefe.

—¿Usted vió si el señor Vestry, cuando iba a ese restaurante, charlaba y bailaba con una mujer determinada? ¿O era con varias?

—Bien... —Flynn bajó la cabeza, como queriendo hacer memoria—. He de explicar, señor inspector, que muchos de nuestros clientes son fijos y conversan entre ellos y bailan. El inspector Vestry hacia eso también. Le vi varias veces ir a otras mesas y charlar con alguna dama, y bailar...

—Y anoche, concretamente, ¿estuvo con alguna mujer?

—Anoche... Crea usted que anoche estábamos todos los servidores sumamente ocupados, inspector. Hubo un lleno completo. Debutaba la orquesta «Vuelta Abajo», cubana, y no quedó ni una mesa vacante.

—Dijo usted antes que el señor Vestry había sido acomodado con otra persona, al no reservar su mesa. ¿Con quién se sentó? ¿Hombre o mujer? —preguntó Barnum, con su voz seca, imperativa.

—Recuerdo perfectamente que fue con una mujer. Una cliente, inspector, y por eso nos permitimos suplicarla compartiera la mesa con el señor Vestry —contestó Flynn, con gran aplomo.

Nic fumaba pausadamente, como un simple espectador del interrogatorio.

—Un «gancho», vamos —quiso aclarar, sonriente, Barnum.

—¡En manera alguna, inspector! —saltó Nic severamente, enrojeciendo su abotagado rostro—. Nosotros no recurrimos a esos reprobables medios para tener clientela. Tenemos de sobra...

—Así es, inspector —corroboró Flynn suavemente.

—Harold, examine esas matrices de facturas y vea si Vestry pagó a esa mujer lo que cenó —ordenó Barnum al agente especial.

—Aunque lo hubiera hecho, aseguro que no por eso se probará que tenemos «ganchos» para desvalijar a nuestros clientes —dijo firmemente Nic—. En nuestro local no hay mujeres de éstas. Al menos, con nuestro consentimiento.

Harold dio con la factura a nombre de Vestry. Se la mostró a Barnum, que la leyó. Vestry había pagado su cuenta, por él solo. Gruñó algo y pasó la hoja. Sus ojos azules brillaron un poco al fijarse en la siguiente factura.

—Igual menú que Vestry, con vodka —dijo, muy interesado—. ¿Quién es ésta... Kina..., Kiro...? ¿Qué pone aquí, Flynn? —Le tendió el talonario.

—Señora Kirova —leyó Flynn, impertérrito—. La señora que compartió la mesa con el señor Vestry.

—¡Ah! Y es cliente de ustedes, me dijo antes. ¿Quién es? ¿Americana?

—De origen ruso, me parece —contestó Flynn—. Va al restaurante con alguna frecuencia, en efecto.

—¿Sola? ¿Saben dónde vive? —El inspector estaba más tranquilo, aunque sus ojos relampagueaban.

—Suele ir sola, en efecto. Pero tiene allí amistades y baila con sus conocidos. Vive en Washington Square. Creo que debo indicarle que su conducta en el restaurante ha sido siempre muy correcta y es una dama —informó Flynn, con su voz «oficial», como si estuviese desempeñando su cargo de «*maître*».

Barnum tomó nota rápidamente, afirmando con la cabeza a las palabras de Flynn. Nic fumaba, impasible.

—¿Salieron juntos esta dama y el señor Vestry, Flynn? —Siguió Barnum preguntando, mientras se daba con la punta del lapicero en los labios—. Cuando terminaron la cena y bailaron, porque bailó

con ella, ¿no?

—Eso sí que no lo sé, inspector. Anoche había unas doscientas personas en el local, comprenda. Estuvimos locos, atareados... Yo no soy un camarero.

—Lo podría decir, tal vez, la encargada o el encargado del guardarropa —sugirió Harold, que estaba en pie, al lado de su jefe.

—Temo que tampoco —dijo Flynn, moviendo la cabeza—. Helen no hace más que recibir y entregar prendas, y ya tiene bastante. Anoche entraban y salían clientes casi constantemente. Hasta las dos y media, que cerramos.

—Queda el camarero que cobró las cuentas de Vestry y esa señora —insinuó Barnum—. Llámelo por teléfono. Que venga.

Obedeció Flynn sin oponer reparo alguno. Cuando el camarero estuvo al habla, Barnum le quitó el auricular con un gesto seco.

—Oiga, amigo —dijo, con voz adusta—: le hablan del F. B. I.

Está aquí el señor Clinton y Flynn, el «*maitre*». ¿Usted cobró a la señora Kirova y al señor Ventry sus consumiciones?

—Sí, señor. Lo recuerdo. Tuvimos que sentarlos a la misma mesa —contestó el camarero.

—¿Se marcharon juntos? Recuerde bien. ¿Pagaron en el momento de marcharse, o se quedaron después?

—Pagaron al marcharse. Salieron juntos, señor.

—Gracias —y colgó el inspector bruscamente—. Salieron juntos. Bien; no tengo nada más que preguntarles. Gracias por sus informes. Adiós —y les hizo un gesto de despedida con la mano.

Nic y Flynn salieron del despacho después de murmurar una despedida.

—Harold, vaya a Washington Square y tráigame a esa señora Kirova —refunfuñó Barnum—. Búsquela, búsquela... Y pida informes de ella en Inmigración, si es americana no nacida aquí, naturalizada. Y a la Metropolitana. Y pida a Washington investiguen si hay ficha de ella, Kirova. Nadia Kirova, exactamente.

Harold, acostumbrado a la forma de ser de Barnum, apuntó vertiginosamente cuanto le dijo su jefe y salió apresuradamente del despacho.

Se levantó de su sillón el inspector y, fumando, se acercó a la ventana, contemplando el tráfico de Centre Street distraídamente.

Fue después y abrió el dictáfono.

—Que venga Brennan en seguida —ordenó bruscamente—. Si está...

—Está, jefe. Le aviso ahora mismo —contestó una voz en el aparato.

Abrió una puerta lateral, que daba comunicación a otro despacho, que lo ocupara su jefe y camarada Vestry. Se quedó en el umbral, muy quieto, contemplando la estancia mientras pestañeaba rápidamente, las manos a la espalda. Miró, sin moverse, el sillón, la mesa, con muchos papeles. Y encima, en una esquina del mueble, un pequeño retrato de Hoover, el director del

F. B. I.,

sonriente, con su llena cara, inteligente.

Se acercó al mueble y abrió un cajón, a la izquierda. Ya sabía que allí había otro retrato, que Vestry solía sacar muchas veces para besarlo con ternura. El retrato de su madre, muerta no hacía mucho tiempo. Sí, Vestry era un hombre todo corazón. Nunca se quiso casar por no dejar a su anciana madre o hacerla convivir con una nuera, que Dios sabe cómo hubiera sido. De ahí su misoginia, sin por eso dejar de admirar a las mujeres. Muchas veces se rieron ambos de la complejidad de la opinión del camarada muerto sobre si debía o no casarse. Tampoco parecía que le acabara de gustar ninguna.

Los pasos de Brennan le sacaron de su triste meditación. Guardó el retrato de la anciana, pero no sin besarlo antes y murmurar algunas palabras mientras los ojos se le llenaban de lágrimas.

—¡Hola, Brennan! —le dijo, mientras le contemplaba con afecto—. Lo sabe ya, ¿verdad?

—¿Que han asesinado al jefe? Sí —contestó el joven agente especial, inclinando la cabeza tristemente—. Me lo han dicho hace unos minutos. ¿Se sabe algo sobre lo ocurrido?

—Estamos buscándolo. No se ve muy claro, de momento. Y creo que va usted a tener que danzar, hijo, en este asunto.

—Me alegraría, jefe. El señor Vestry se hacía querer profundamente. Es lo menos que podemos desear ahora. Que no quede impune lo que han hecho con él.

—Cuento con usted, si es preciso. Ahora va a venir una rusa, con la que parece que Vestry andaba «flirteando», según parece. No

quiero que le vea. Permanezca en este despacho y escuche lo que hablamos. A ver si coincidimos en nuestros juicios.

—Bien, jefe —y Brennan se sentó en una silla, cerca de la puerta de comunicación, encendiendo un cigarrillo.

Era un joven de unos treinta y un años, delgado, alto y atlético. Su rostro revelaba una serena inteligencia, con las facciones quizá un poco aniñadas. Su mentón era voluntarioso, revelando al hombre de firmeza, reflexivo, serio. Los ojos, castaños, grandes, eran igualmente de sereno mirar, profundos. Barnum apreciaba en él, precisamente, su serenidad, su juicio ponderado, y cuando hacía falta, su valor indomable, sin teatralismos ni actitudes espectaculares.

Estuvieron ambos sentados en el despacho de Vestry, fumando y comentando aquel hecho luctuoso que privaba al F. B. I.

de uno de sus hombres mejores. Seguramente que Hoover sentiría profundamente aquella pérdida. Eran muy buenos amigos y el director le había enviado a Nueva York, sabedor de que la gran ciudad era uno de los puntos donde más había que vigilar a toda suerte de espías, contrabandistas de drogas, de piedras preciosas y tantos otros más maleantes y entidades al margen de la ley.

Sintieron de repente unos pasos femeninos, seguidos de otros de hombre. Barnum se levantó y dijo quedamente a Brennan:

—Dejo una rendija en la puerta para que la vea.

Y salió, no cerrando del todo la puerta. Brennan arrimó la silla silenciosamente, de forma que, sentado, podía ver a quien se sentase frente a la mesa de Barnum.

—Jefe, la señorita Nadia Kirova —dijo Harold, haciendo las presentaciones—. El inspector Barnum.

—Bien, Harold. Puede dejarnos solos. Siéntese, señorita Kirova.

Brennan, desde su escondite, apenas si pudo evitar lanzar un silbido de admiración. Aquella muchacha, de unos veintiséis años, era realmente espléndida...

—Bien, señorita —comenzó Barnum, cuando ella estuvo frente a él, sentada y mirándole fijamente. Barnum también estaba un tanto impresionado por la belleza de aquella morena, de ojos inmensos, cuya mirada parecía llegar a lo más profundo del alma. Nada tenía de particular que el pobre Vestry perdiese un tanto la cabeza por

aquella mujer y desease salir de su habitual letargo e insensibilidad amorosa—. ¿Usted conocía al señor Vestry?

—Conocer, sí. Hablé con él algunas veces: ¿Qué le ha ocurrido?

—Los ojos de Nadie se abrieron aún más, en muda interrogación.

—Ha sido asesinado anoche. Y quisiera que usted me dijese algunas cosas respecto a él, y especialmente, respecto al trato que ustedes tenían —dijo Barnum, que apenas si podía mirarla fijamente sin turbarse.

—No éramos nada, sino amigos. Y aun ni eso, apenas. Nos encontramos algunas veces en un restaurante y me sacó a bailar. Pero siento profundamente que haya muerto —y sus ojos se llenaron de lágrimas auténticas, grandes, que corrieron por sus tersas mejillas. Se limpió con un pañuelo que sacó de su bolso—. Lo siento de veras, inspector...

Barnum bajó la cabeza, contristado. Brennan, desde el otro despacho, la observaba con gran atención, admirándola más que espiándola.

—¿No sostenían ustedes relaciones un poco más íntimas que las que ha indicado, señorita Kirova?... Creo que debe ser sincera. Vestry me habló de que sentía mucho más que simple afecto por usted. Seguramente hubiera llevado su afecto por usted más lejos, mucho más lejos: Vestry era un hombre decente y sus proposiciones hubieran sido siempre, me parece, honestas. ¿No se las expuso?

—Sí... Y fue anoche —murmuró ella, bajando la cabeza—. Me parece como un sacrilegio contar a nadie estas cosas, tan íntimas. ¡Pobre Peter! —Las lágrimas aparecieron de nuevo, con gran congoja de Barnum, que se apresuró a ofrecer un cigarrillo a la joven, que lo aceptó de buena gana—. Me dijo que me amaba, sí. Que iba al restaurante casi todas las noches, sólo por verme. Que era soltero y que jamás había amado a nadie. Me preguntó si yo... podría amarle —volvió a sollozar muy bajito.

—Y ¿en qué quedaron? Perdone que la interroge de esta manera, muchacha. Buscamos las causas de que lo hayan matado y quiénes lo hicieron —expuso Barnum, con voz suave.

—Yo no le dije ni que sí ni que no. Me parecía un hombre excelente, desde luego. Atento, caballeroso, y vi que me amaba. Pero yo aún no... Siempre he sido sincera, inspector, y no quería decirle nada que no fuese cierto. Le animé a que siguiésemos

viéndonos, como amigos, y tal vez más adelante... Quedó casi conforme. No deseaba forzarme a una respuesta, que vio sería desfavorable para él.

—¿Salieron juntos del restaurante, señorita Kirova? —preguntó Barnum después, mirando ya a la joven sin animosidad alguna.

—Sí. Me acompañó hasta mi coche, cerca de allí. Yo estaba turbada, apenada por haberle tenido que decir algo que le desagradó. Me pidió que le dejase acompañarme en mi coche, pues le dije que iba a dar un paseo, conduciendo. No quise acceder a su ruego. Hubiera sido prolongar aquella situación; que volviese a insistir... Quedamos en vernos esta noche allí, en el restaurante. Yo lamentaba profundamente dejarle triste, y quise ser complaciente con él, viéndonos esta noche. Si lo hubiera sabido...

—¿Iba usted sola en su coche? ¿No llevaba chofer?

—No tengo chofer, no.

—¿Dónde estuvo usted desde que se despidió de Vestry hasta que llegó a su casa? ¿A qué hora salieron del restaurante?

Nadia le miró inquietamente, arrugando el pañuelito nerviosamente.

—Si lo que me pide es que le presente una coartada que pruebe que yo no estuve con Vestry desde que nos despedimos en el restaurante, no se la puedo dar, inspector —dijo, con voz atribulada—. Estuve dando vueltas con mi coche hasta casi las dos, en que volví a mi casa. Me despedí de él cerca de la una. Yo estaba nerviosa, apenada, irritada conmigo misma. No me reprochaba el haberle dicho que ahora no le quería, porque esto era cierto, sino su pena, su desilusión...

—¿No estuvo con nadie, en ningún sitio? ¿No vio a nadie conocido que pueda indicarnos que Vestry no estaba con usted? ¿Por dónde fue en sus paseos en coche? —Barnum la miraba, mientras podía, fijamente, pero su acento no era brusco, sino consternado, como si lamentase profundamente que ella se viese metida en aquel mal paso.

—Fui por Broadway abajo hasta Battery... Crucé un puente, el Brooklyn, después; tenía calor, estaba nerviosa, malhumorada. Creo que muchas veces apreté el acelerador más de lo permitido. Aparecí por allá, en el Harlem negro, dando una vuelta inmensa. Y volví a casa. Lo siento, pero si eso no le vale como coartada, ¡sepa que

jamás hubiera deseado el menor mal para Peter! Y nunca pude suponer que tuviera ese fin.

Barnum se rascaba el mentón. Y Brennan le imitaba nerviosamente. Pensaba que una mujer perversa, culpable de un asesinato o mediadora en él, se hubiera apresurado a buscarse la consabida coartada demostradora de su inocencia. El no tenerla indicaba que ella era inocente. Su historia «sonaba» a verídica, con un dolor latente o, cuando menos, una sincera conmiseración por el desdichado Vestry.

Pensaba igual Barnum que Brennan. Era insólito que una persona culpable no hubiese inventado un truco para despistar. Todos lo hacían, con más o menos suerte. El no hacerlo indicaba que aquella muchacha era ajena totalmente a aquel asesinato o, cuando menos, que no tuvo parte directa en él.

—Creo que nada más tengo que preguntarle, señorita Kirova. Es posible que vuelva a molestarla. Gracias por sus informes. Buenos días —y la tendió la mano, que ella estrechó tímidamente, llenos los maravillosos ojos de lágrimas—. Ruégole que guarde silencio sobre todo esto, si desea ayudarnos.

—Buenos días.

Salíó con su paso menudo, un poco vacilante, y poco después, Barnum se levantó y abrió la puerta que daba al despacho de Vestry. Brennan se levantó y ambos se miraron largamente, sonriendo.

—¿Qué, muchacho? —preguntó el inspector.

—¿Qué, jefe? —inquirió el agente especial.

—Parece inocente o, al menos, ella no asesinó a Vestry —dijo Barnum, encogiéndose de hombros—. Esa mujer es maravillosa, pero también parece una esfinge. ¿Puede usted darse exacta cuenta de cuándo una linda muchacha llora de veras?

—El no tener coartada es desconcertante. Creo que si fuese culpable la hubiera presentado perfecta, ¿no?

—Creo que sí. Pero, claro, así no vamos a dejarlo. Muchacho, a ver si la buena opinión que de ella hemos formado se confirma. Encárguese de este asunto, ¿quiere?

—¡Ya lo creo, jefe! —exclamó Barnum, con mal reprimido entusiasmo.

IV



NA sutil malla se extendió sobre Nadia y el restaurante Paradise, formada por los más astutos agentes especiales del

F. B. I.

durante los siguientes días al en que fue asesinado el inspector Vestry, en forma de espionaje e investigación callada. El inspector Barnum, viejo sabueso, inteligente y sereno, suponía que el móvil de aquel asesinato fue el de sacudirse Clinton la indudable vigilancia que Vestry comenzó a ejercer sobre las actividades en el restaurante, suponiendo que allí se hacía tráfico de drogas. Vestry había apuntado tal sospecha y el asesinado inspector no tenía nada absolutamente de tonto.

Tampoco había creído al pie de la letra la historia de Nadia Kirova sobre lo ocurrido aquella noche entre Vestry y ella. Quizá no fuese la rusa la autora del asesinato, pero bien pudo hacer de «reclamo» para conducir a Vestry al lugar donde le esperaban los pistoleros. El hecho de no presentar Nadia coartada alguna, seguía considerando Barnum, podía ser un golpe de audacia e ingenio. No era posible, en efecto, proceder contra ella por el solo hecho de que no tuviese a mano una disculpa apoyada por otras personas. El relato de Nadia tenía un verismo indiscutible, afirmado por lo que dijera Vestry de que estaba enamorado de ella. En todo caso, quedaba la duda, que era preciso aclarar en un sentido o en otro.

El agente Víctor Brennan comenzó a frecuentar, por la noche, el restaurante de Clinton. «Haga exactamente igual que hizo el pobre Vestry», le ordenó Barnum. Y Brennan, comprendiendo cuál había de ser su cometido, se presentaba en el Paradise, solo, y cenaba y bailaba alegremente, procurando extender los conocimientos con camareros, el mismo «*maître*», y hasta proponiéndose entablar relaciones amistosas con Nadia, que iba dos o tres veces por semana.

Brennan tenía un carácter afable, aunque serio, y era simpático, comunicativo, amable. Sentado ante su mesa, sus ojos no perdían detalle alguno de las idas y venidas de los camareros y clientes. Sabía bromear a tiempo y hacer que hablasen sin ellos darse cuenta, sobre asuntos triviales, del servicio, de los «menús», de los que asistían allí. Ya un par de veces, buscando los cuartos de aseo, se «despistó» y metióse en algunas habitaciones que eran despensas, cuartos donde había cajas de botellas, útiles de limpieza, etc. Llegó hasta la misma puerta de la Dirección, desde donde oyó hablar a Clinton por teléfono, quejándose de la mala calidad de algunos productos a las casas vendedoras. Barnum había ordenado la intervención de los teléfonos del restaurante, tanto el de la Dirección como otros dos que había en otras tantas cabinas al servicio de la clientela. También estaba intervenido el de Nadia, y agentes expertos estaban día y noche contemplando en Teléfonos un cuadro donde unas luces rojas se encenderían tan pronto se llamase desde aquellos números o a ellos se intentase comunicar. Las cintas magnetofónicas impresionadas eran detalladamente estudiadas, al verificarse la reproducción de lo hablado, intentando verificar si las

palabras tenían un doble significado, una clave especial. Los camareros, cuando salían del restaurante, terminado el servicio, eran seguidos uno a uno por agentes especiales, que conocían ya sus domicilios y a sus familias, el género de vida que hacían, sus amistades, etc.

Brennan y Barnum, pasados doce días de tan estrecho cerco y espionaje, sin resultado alguno, comentaron este fracaso.

—Por muy listos que sean, si son culpables deberían haber quedado ya al descubierto, aunque solamente fuese en parte —rezongó Barnum, sentado ante su mesa—. Pero allí no pasa nada. Cuando hablan por teléfono, es solamente en cosas relacionadas con el servicio del restaurante. Cualquiera diría que ni Clinton, ni ese Sturz, ni el «*maître*» tienen amigos con los que hablen, se citen, comenten algo... Los camareros hacen una vida modelo de pacíficos ciudadanos, según los informes de los muchachos. Nadia apenas si habla por teléfono. Dos veces la citaron personas de toda solvencia moral y se comprobó que el domicilio correspondía con la verdadera residencia de esas personas, acudiendo allí. Pasea en coche mucho, casi siempre sola. Otras veces, con amigas de las que nosotros tenemos antecedentes. No galantea con nadie... Y, sin embargo —suspiró fuertemente—, no estoy convencido plenamente, muchacho.

—Yo he bailado con ella varias veces —informó Brennan—. Se muestra reservada, como si verdaderamente estuviese entristecida por la muerte de Vestry. Creo que con cierta paciencia se podrá saber cómo realmente es. Después se hará más locuaz y finalmente, si es culpable, acabará por caer.

—No hay más remedio que aflojar ya el cerco alrededor de esas gentes —murmuró Barnum, señalando con un gesto un oficio de la Dirección del

F. B. I.,

en Washington—. Creen allí que parece estar demostrado, a la vista de mis informes, negativos, que Clinton no se dedica, al menos ahora, al tráfico de drogas, y que Nadia no debe estar complicada en la muerte de Vestry. Que cuesta un dineral mantener esta tensión alrededor de esos tipos, sin causa que lo justifique. Que sigamos vigilando, pero con más suavidad. Les interesa ahora se esté ojo avizor sobre supuestas llegadas de compradores de armas con

destino a los rebeldes de Filipinas. Contrabando de armas, claro.

—¿Se va a abandonar, entonces, el asunto? —inquirió Brennan, arrugando el ceño—. ¿Dejamos sin resolver, en la impunidad, este crimen? ¡Pobre Vestry, que seguramente estará desde el Cielo pidiéndonos justicia!

—El que manda, manda, muchacho —refunfuñó, malhumoradamente, Barnum, encogiéndose de hombros—. Pero yo no pienso abandonar este asunto del todo, aunque me chillen los de Washington. Dejaré de vigilarlos, pero usted va a seguir yendo al restaurante tres días por semana. Ha conseguido lo más difícil, que era crearse un ambiente, lograr hablar con unos y otros, bailar con esa monada rusa: romper el hielo, en una palabra. Siga con eso. Y en cuanto vea algo raro, avise, para volver a la carga.

—Es lo más sensato, jefe. No lo digo por los banquetes que me doy —rió discretamente—, ni por bailar con Nadia...

—Es estupenda, ¿verdad? —dijo Barnum, guiñándole un ojo maliciosamente—. ¿Cree usted verdaderamente que sea una mujer decente?

—Lo parece, al menos. Allí va siempre sola y es muy raro que un hombre se siente con ella. Baila, aunque discretamente, con algunos, que ya han sido seguidos por los camaradas, y ha resultado son personas decentes. Todo esto puede ser, jefe, por parte de ellos, consecuencia de un inteligente plan de «brazos caídos» durante el tiempo que consideren prudente hasta que supongan dejamos de ocuparnos de ellos. No hacer nada de lo que hacían antes. Todos quietos, tranquilos, pasivos, a la expectativa... Si son culpables y hacen esto, Clinton es un hombre inteligente, peligroso, porque se sale con la suya.

—Por eso yo no dejo el asunto del todo —exclamó Barnum, dando un puñetazo sobre la mesa—. Por eso, usted seguirá, aunque pasen meses, acechando, ojo avizor. ¡A mí no me ganan a astucia, diablos!

Y Brennan siguió yendo tres días por semana al Paradise. Un día sí y otro no. Vió que Nadia coincidía con él en aquellos días y esto le alegró. De no ser así, se hubiera hecho preciso que otro agente la vigilase por la noche.

Aquel sábado por la noche, Brennan, con su «chaquet» impecable, sonriente, entró en el gran salón del Paradise, precedido

de Flynn, el «*maître*», que lo condujo deferentemente hasta la mesa que había mandado reservar. Brennan era, para el «*maître*», «el señor Brennan, exprofesor de Psicología en la Universidad de Houston, Texas, con residencia en Lispenard Street, 78, cerca de Canal Street». El agente especial ya cuidó de que tales datos constasen cuando hizo los encargos de mesa en el restaurante. Y, en efecto, antes de ingresar el joven en el

F. B. I.,

dos años antes, ejerció, aunque a título temporal, tal cargo en aquella Universidad.

Cuando tomó nota el camarero de lo que pedía Brennan para cenar, éste vio llegar a Nadia Kirova, deslumbrante de belleza en su vestido de noche color hoja seca, de tul. Y con cierto regocijo observó cómo a la joven la habían dejado sin mesa, ya que se presentó más tarde de lo acostumbrado y el camarero creyó que ya no llegaría, disponiendo del sitio. Era muy cerca de donde estaba Brennan donde ella discutía secamente con Flynn, quejándose de lo que llamaba «una falta de consideración hacia una cliente habitual, que no avisó que pensase no ir y, por tanto, la mesa debió serle reservada». Flynn se excusó lo mejor que pudo, pero el problema de facilitar una mesa a Nadia no tenía solución. Todas estaban ocupadas.

Brennan sonrió a Nadia cuando la vio en pie, un poco sonrojada, violenta, mientras Flynn discutía con el camarero y ambos miraban alrededor, como si por arte de magia alguna mesa apareciese vacía. Se levantó el joven, haciendo un gesto a Flynn, que se acercó, balbuciendo excusas.

—Creo, Flynn que sí a la señorita Kirova no la molesta excesivamente, podría ocupar exactamente la mitad de mi mesa. ¿Quiere ofrecérsela en mi nombre? —dijo, sin abandonar su sonrisa amable.

—Gracias, señor Brennan. Uno no sabe cómo hacer con ciertas personas. Creen que pueden encargar sus mesas, y si no vienen, no avisar siquiera, para que dispongamos de ellas. Pero si una vez hacemos esto, entonces se presentan y arman jaleo. Voy a decírselo, señor Brennan.

Flynn habló con Nadia, señalando discretamente a Brennan, que permanecía en pie, haciendo así más imperativo su ofrecimiento.

Nadia le miró y sonrió como contrariada. Se acercó y le tendió la mano.

—Gracias, señor Brennan. Aún quedan hombres galantes... Está visto que es lo mismo encargar la reserva que no hacerlo —miró a Flynn severamente—. Verdaderamente, ¿no le causo ninguna molestia, señor Brennan? Siempre viene solo y eso indica que tiene igual gusto que yo.

—Atribúyalo a que soy un aburrido comensal, señorita Kirova —contestó, riendo, Brennan, apartando una silla para que ella se sentase—. Mi costumbre puede romperse, siempre que quien lo haga sea usted. Bien, Flynn, gracias por ese error.

—¿Urdió acaso usted, con Flynn, el dejarme sin mesa? —preguntó Nadia, mirando con asombro al agente especial.

—¡Oh, no, no! —exclamó Brennan en tono de disculpa—. Le he dado las gracias por el error, no porque haya sido cómplice en una jugarreta contra usted.

—Así es, señorita Kirova —dijo Flynn, muy seriamente—. Me agradaría saber que ahora ha quedado usted más conforme.

—Desde luego, Flynn. No hace falta que ella lo diga.

Nadia rió con buen humor. Se alejó Flynn, muy ocupado en atender al trabajo de los camareros. En una esquina del salón, Nic Clinton sonrió cuando el «*maître*» le miró maliciosamente. El juego de dejar sin mesa, tanto si era a un hombre como a una mujer, podía dar excelentes resultados. Gracias a ello fue asesinado aquel inspector Vestry por Nadia. Ahora, dejando sin mesa a Nadia, y ofreciéndosela galantemente Brennan, antes de que Flynn le hubiese pedido el favor, como estaba ya pensado por Nic y Nadia, Dios sabía qué consecuencias podría tener.

Nadia y Brennan, ambos jóvenes, abandonaron pronto las frases de cumplido para charlar animadamente. Ya se conocían de otras veces, aunque siempre había mediado la distancia de mesa a mesa, y pudieron charlar solamente cuando bailaban. Ahora era diferente y tanto él como ella parecían nada descontentos por estar juntos.

—Si no lo tomase muy a mal, podríamos quedar de acuerdo en lo sucesivo para sentarnos siempre juntos. Flynn se alegraría mucho, desde luego, y el dueño. Es una mesa más, un comensal o varios —dijo Brennan.

—Brennan, soy poco amiga de forzar relaciones, amistades —

replicó secamente Nadia—. Pero...

—¿Hará una excepción conmigo? —preguntó Brennan sin demostrar haber acusado la severa contestación de ella—. Gracias, gracias.

Nadia le miró con cierto asombro y después rió bajito, como si comprendiese que no debía insistir más en aquel asunto. Y pidió al camarero una botella de vodka. Brennan contempló la botella curiosamente.

—¿Nunca ha bebido vodka? —preguntó Nadia—. Ponga una copa más —dijo al camarero.

—Nunca. Pero tengo muy malas referencias de él, no obstante.

—Es una especie de aguardiente, destilado del centeno. Pruébelo —le entregó la copa Nadia con una sonrisa encantadora.

Brennan tenía resistencia para las bebidas y encontró que aquello lo podría tolerar bien. Además, si ella lo aguantaba, como parecía, él no iba a hacer remilgos.

Poco después salieron a la pista, a bailar, a los acordes de la orquesta cubana «Vuelta Abajo» y de la americana

«Merrim's»,

de ritmos variados.

Nadia estaba pensando, mientras bailaba con aquel hombre, físicamente atrayente, de agradable trato, que más bien parecía un intelectual que no un agente del

F. B. I.,

en el error posible de Nic y Sturz al indicarla hiciese lo posible por catalogarlo fielmente, apuntando la sospecha de que quizá fuese un continuador del asesinado Vestry, en la misión de descubrir el negocio de drogas y de descubrirla a ella también como la asesina del inspector.

Pensaba igualmente que nunca, hasta aquel momento, se había sentido tan satisfecha de tener un hombre a su lado como aquél, pese a que las sospechas estaban latentes en su corazón y quería ser cauta antes de concederle una simpatía plena. Era el carácter de él, al parecer, franco, sencillo, sin reservas, muy anglosajón, y, sobre todo, muy americano. Ella, de raza eslava, sentía de otra manera y la malicia y la desconfianza jamás se alejaban de sus pensamientos. Por otra parte, su siniestro «oficio» la imponía una especial reserva, así como su odio mortal a los hombres.

Llegó la hora de abandonar el restaurante, sin haber perdido un solo baile, pues ella se los concedió todos a Brennan, aunque hubiera deseado no hacerlo. Otros hombres, que habitualmente la sacaran a bailar, aquella noche no encontraron oportunidad de hacerlo, creyendo que aquella hermosa muchacha tenía ya un especial compromiso, quizá amoroso, con Brennan, y se abstuvieron de invitarla.

—Tengo mi coche allí —dijo ella, cuando salieron a la calle juntos—. Es pronto para mí aún. Son las doce y media. ¿Se marcha usted, Brennan?

—¡Hum! Es el caso que también lo es para mí —murmuró, indecisamente, el joven, nada deseoso de abandonarla todavía—. ¿Me invita usted a dar un paseo quizá?

—Desde luego. Pero usted tendrá que ir a sus obligaciones mañana por la mañana temprano.

—No tengo ocupación fija. Escribo solamente. Colaboraciones... —contestó él, mientras caminaban hacia el lugar donde estaban situados los coches.

—¿Y eso da para vivir? —preguntó ella, sonriendo un poco despectivamente.

—Yo vivo, desde luego. Son colaboraciones técnicas en Universidades, revistas y en diarios —replicó Brennan, con aplomo.

Y en esto no mentía, porque, además de ser agente especial, era colaborador en varias revistas científicas. El joven había ingresado en el

F. B. I.

por su espíritu aventurero y como ensayista de cuestiones psicológicas sobre criminales y personas al margen de la ley.

Subieron al «Hudson», poniéndose ella al volante y Brennan a su lado.

—¿Dónde vamos? ¿Tiene preferencia por algún sitio? —preguntó ella, mientras ponía en marcha el motor—. Hace una hermosa noche de luna.

—Donde quiera, Nadia. Un lugar poético estaría muy bien —contestó él, riendo.

Y pensó si aquella noche sería la última de su vida.

—¿Vamos a respirar un poco el aire fresco de Coney Island?

—Vamos. Hace, por lo menos, un mes que no he ido por allí.

—¿Siempre sale solo, Víctor? —inquirió ella, dirigiendo el coche hacia Broadway, al Sur—. Quiero decir sin ser acompañado por alguna mujer.

—Alguna vez me ha tocado, en efecto, hacer de «cicerone» con profesoras de Universidades y alumnas. Pero he tenido cierta mala suerte... Han sido, generalmente, viejas, excéntricas, pedantes... —contestó Brennan, encogiéndose de hombros.

Rió ella, mirándole a la cara, como si quisiera comprobar en los ojos de él la verdad de lo que decía. Siguió un silencio breve.

—¿No tiene usted novia? —preguntó ella de repente, y su voz, pese a quererla hacer indiferente, sonó un poco trémula, grave. Brennan sonrió levemente.

—¿Novia? No, no... Creo que antes de pensar en tener novia se me ocurrirá meditar en que debo de casarme. Entonces la buscaré con ahínco —contestó el joven en tono un poco burlón.

—Al revés que todo el mundo, me parece —opinó Nadia, con asombro—. Primero viene el amor y, con él, los deseos de unión con la persona que amamos. Ustedes, los anglosajones, son extraños... Al menos para mí, como esclava.

—Es posible. Me hace usted pensar en que puedo estar en un error, en efecto. Es el amor el que debe ser primero, claro. Pero puede ocurrir que el amor no acuda y, no obstante, sea acuciante el deseo de casarse, de crear un hogar, tener hijos. Confieso que no pienso ser un solterón.

—Busque a la mujer, Víctor, búsquela cuanto antes. Así sabrá con quién ha de casarse y podrá estudiarla, conocerla —murmuró Nadia, con entusiasmo—. ¿Le gustan las morenas o las rubias? ¿Altas o bajas? ¿Gruesas o delgadas?

Brennan rompió a reír, al parecer confundido, azorado. De buena gana la hubiese dicho que le agradaría una mujer exactamente como ella, pero de la cual no tuviese que desconfiar como desconfiaba de ella.

—Creo que... morena —contestó trabajosamente—. Alta, esbelta, con ojos negros, muy grandes...

—Es extraño. Ustedes, los anglosajones, prefieren las rubias, por lo general. Hay un gran porcentaje en favor de las rubias entre las mujeres de este país, las anglosajonas. ¿Por qué le gustan las morenas, Víctor?

Respiró hondamente Brennan. Aquella mujer era, además de lista, temperamental, ardiente, fuerte y quizá obstinada en sus decisiones. No era curiosidad lo que sentía por conocer la opinión suya respecto a la mujer que a él le agradaría, sino algo más profundo, desde luego. Y estaba viendo que le iba a sonsacar que sentía una profunda admiración por ella, susceptible de convertirse en amor...

—Pues no lo sé —declaró, mintiendo—. Quizá por eso mismo que ha dicho usted. Porque hay excesivas rubias.

Nadia hizo un gesto de desilusión. Estaban ya por Battery Park y penetraron en el moderno túnel que les dejaría al otro lado de la bahía, en Brooklyn. El tráfico no era grande y Nadia empujó el pedal del acelerador, deslizándose el coche por la iluminada pista velozmente.

—No más de diez millas. Nadia —advirtió Brennan, notando el nerviosismo de ella, su ceño fruncido y los apretados labios, en un gesto de despecho.

No le hizo caso. Y él estiró una pierna y pisó el freno poco a poco con el pie, sonriendo. Una sirena sonó detrás, repitiendo el alarido, el eco, en el túnel. El ruido de una motocicleta sonó, potente.

—Era de prever —murmuró el joven—. Pare, Nadia...

Frenó ella, muy alta la orgullosa cabeza, puestas las manos sobre el volante. El motorista de tráfico se detuvo al lado del coche y miró escrutadoramente a Nadia, que no volvió la cabeza.

—Máximo de diez millas, señora —dijo, en tono severo y burlón—. La pista no es solamente para usted, ¿verdad? ¿Sabía que no podía pasar de esa velocidad?

—¡Lo sabía, sí! —exclamó ella, desafiadoramente—. ¿Cuánto hay que pagar de multa? Tengo prisa.

El agente miró con sorpresa a Nadia. Esperaba que se disculpase alegando ignorancia de lo dispuesto sobre velocidad dentro del túnel. Brennan sonrió al agente, haciendo un gesto de comprensión.

—No exceda de las diez millas o lo tendrá que sentir —contestó, severamente, el motorista—. Sigan su camino.

Nadia arrancó sin dar las gracias al agente. Brillaban sus negros ojos con extraño fulgor.

—¿Ha quedado atrás ese imbécil? —preguntó a Brennan, con

voz seca, desdenosa.

—Sí. Ha tenido usted suerte. Si hubiera querido, la impone una multa entre los diez y los veinte dólares. Aquí no se puede correr. Un accidente sería mucho más peligroso que en la superficie. Es usted caprichosa...

Nadia metió el pie sobre el acelerador. Veinte, treinta, cuarenta millas por hora. Las luces del techo, en el túnel, pasaban vertiginosamente y un zumbido extraño sonaba, como amenazador.

—¡No, no! —exclamó Brennan, duramente. Y con los pies apartó el de ella sobre el acelerador. Pisó después el freno y cortó gases—. No nos suicidemos, querida... ¿Qué tiene usted, Nadia? ¿Le ha hecho daño su vodka?

Ella le miró furiosamente, pero Brennan no bajó la mirada, contemplándola serenamente, como si la analizase.

—Tengo... que no le comprendo —exclamó al fin—. Decir que le gustan las morenas porque todo el mundo las prefiere rubias es una estupidez. Y una mentira... ¿No quiere decirme, de veras, por qué siente predilección por las morenas? ¿Es cobardía, porque yo soy morena?

—Cobardía, no. Creí que este extremo no la interesaría tanto como parece, Nadia. Hasta el punto de enfurecerla... Me gustan las morenas, ahora, porque quizá he visto en usted lo más maravilloso que puede haber en una mujer. Creo que me agradaría igual si fuese rubia, o de color castaño, o platino. ¿Era eso lo que quería saber? Me gusta usted, sencillamente...

V



ADIA recibía mensajes de Nic Clinton cuando iba al restaurante Paradise. La encargada del guardarropa cosía el papelito, debajo del forro de su gabán de pieles o la capa, y ella, en su casa, los leía y tomaba nota de lo que le decía el «boss».

Tres noches después de que ella y Brennan pasearan por Coney Island, Nadia leyó un nuevo mensaje de Nic. Muy breve, decía así:

«Mi servicio de información me avisa de que Brennan es agente o confidente del F. B. I.

Le han visto entrar en Centre Street. Debes ir pensando en liquidarlo, aunque no con la rapidez que con Vestry. Tendrás diez mil dólares por ello».

Nadia palideció al leer aquellas líneas. Unos días antes, no la hubiera importado asesinar a Brennan, aunque lamentándolo posiblemente, porque había podido ver con ojos femeninos, quizá por primera vez en su vida, que el odio que sentía por los hombres, por la Humanidad, debía ser con alguna excepción. Y la excepción era Brennan, el hombre sencillo, muy hombre, de carácter afable, ponderado... y guapo, para su gusto. Brennan le había dicho, también, que la admiraba mucho, que era la mujer a la que desearía amar. Y esto venía a afirmar lo que ella sentía por él ya: algo jamás sentido. Que le quería.

Leyó de nuevo el mensaje y después lo echó sobre los leños, que ardían en la chimenea, en su gabinete. Se sentó en un sillón, apagando antes las luces y quedando solamente el lívido resplandor del fuego. Con los codos apoyados en los brazos del sillón y las manos oprimiendo sus sienes, cerrados los ojos, meditó profundamente, dejando así pasar las horas lentamente.

Brennan, agente del

F. B. I.

o confidente... He aquí una noticia que no la esperaba. Nic ya la ordenó que hiciese amistad con aquel hombre, al solo efecto de saber si era o no un enviado del

F. B. I.

La pagaba espléndidamente por ello, y ella obedeció, en principio, tal orden. Sus dotes de seducción fueron empleadas artera y eficazmente en el logro de la finalidad perseguida. Pero había ocurrido lo impensado. Y es que ella, en aquel peligroso juego de la seducción, fingiendo un principio de amor por él, había puesto mucho más entusiasmo y sinceridad, sin darse cuenta, de lo que tenía por norma. Brennan la había hecho vibrar fibras de su corazón que siempre creyó insensibles, muertas. Jamás amó a ningún hombre, ni hizo por amarlo. El recuerdo que tenía de sus andanzas amorosas, si a aquello se podía llamar amor, la llenaba de repugnancia, de odio y desprecio por los hombres. No conoció de ellos sino los aspectos más groseros, materialistas y soeces.

Brennan, agente del

F. B. I.

o espía a sus órdenes... Es decir, que aquel hombre, a quien ya amaba, ¡y de qué manera!, fingía quererla, admirarla y desear estar

con ella solamente por descubrirla como asesina y entregarla atada de pies y manos a los valedores de la ley y la justicia, para hacerla sentar en la silla eléctrica... Todas sus palabras, mentiras, hipocresías, fingimientos. Brennan era, por tanto, un farsante con ella, ¿no?

Analizó pacientemente el carácter de aquel hombre, a quien desde ahora debía mirar como a un mortal enemigo. Sus palabras, sus gestos, sus miradas. Hizo volver a su imaginación aquellas escenas habidas entre los dos. Los tres besos que él la había dado ya (y los que ella le dio, no sabía cuántos, pero muchos, muchos...) y la ternura, el apasionamiento que él puso al mostrarla así su cariño, no declarado abiertamente (¿para qué, después de todo?), y quedó anhelante, diciéndose que tal vez Brennan fuese lo que Nic decía, pero lo que era indudable también es que él estaba prendado de ella. Una mujer no puede engañarse ni tener dudas cuando se siente amada, verdaderamente amada. Y Brennan era, ante todo, sincero, leal con ella. Seguramente tendría el deber que Nic anunciaba en su mensaje, pero si lo cumplía sería sintiendo el dolor de tener que proceder contra la mujer a quien quería. ¡Brennan la amaba!

El mensaje decía que debía ir pensando en liquidar a aquel hombre, aunque no con la rapidez con que lo hizo con Vestry. Liquidar a Brennan, al hombre a quien amaba, a su primer amor real, verdadero...

Y no muy lejos de allí, de Washington Square, donde ella vivía, Brennan tampoco dormía, a pesar de ser las cuatro de la madrugada. Sentado en su cama, fumando en la pipa, sus pensamientos parecían como espirales, como los del humo de la pipa, rodeando la imagen de Nadia, que él veía ante sí.

Se había «colado» con aquella mujer, desde luego. La cosa había pasado sin darse cuenta de ello. Jugar a «flirtear» con una mujer como Nadia era de lo más peligroso. Una esclava de belleza física maravillosa, de carácter ardiente, impulsivo, apasionado, a quien se lanza a la acción no puede producir sino eso: verse envuelto en la vorágine de la pasión que se ha desatado, arrollado, arrastrado por ella.

Ella, no había duda, le había entregado su cariño absolutamente. Nadia no era hipócrita en esto. Sus miradas, sus gestos, sus arrebatados besos, llenos de impulso y hasta casi de ferocidad, no

podían ser falaces, hipócritas, insinceros. Una mujer que finge es fría, estudiada, y tiende ante todo a que él sea el que más exponga, sin entregar nada ella. Con Nadia era todo lo contrario.

Y ¿qué hacer si ella era culpable? Si había asesinado a Vestry o inducido a ello, enamorándolo para entregarlo indefenso a los asesinos, ¿qué había que hacer con ella? ¿Qué tenía que hacer él, personalmente? ¿Delatarla, como era su deber? Porque el inspector Barnum le ordenó vigilarla, sonsacarla, descubrirla... El

F. B. I.

conforme a las órdenes de la sede, en Washington, había cesado de vigilar a Nic y a Nadia Kirova, pero él quedaba para seguir el plan trazado. Él era el

F. B. I.

en suma, actuando contra aquellos facinerosos, y contra ella, si lograba descubrirla como culpable.

No había visto en Nadia ningún aspecto que la acreditase como culpable. Repasó bien su actuación, desde que la vió por vez primera en el Paradise hasta aquella misma noche, cuando no hacía tres horas que la dejara, todavía sus labios temblorosos por los besos de ella. Nadia no parecía culpable. Una mujer extraña, sí. Una perseguida por el infortunio, que fue rodando de país en país, perseguida, acosada, humillada, según le refirió. Pero que tenía cierta fortuna, que vivía de sus rentas. Un alma reconcentrada, dolorida, temerosa y, por tanto, arisca, hostil a toda injerencia en su vida íntima. Por eso, cuando le vió y le trató, sin humillarla, sin insultarla con palabras ni actitudes, aquella alma creyó encontrar algo único, maravilloso en él, y le amó. Todo claro, explicable, casi lógico.

No. Nadia no podía ser culpable. Pero si lo era, lo averiguaría siguiendo con ella, tratándola, haciendo que su corazón no tuviese secretos para él, ni su alma.

Se durmió cuando la luz del nuevo día penetraba a través de los visillos de la ventana de la alcoba. Y Nadia no llegó a acostarse ni a dormirse. Ella no era como él. Brennan representaba el bien y ella el mal, lo que debe ocultarse porque es dañino, fatal.

A las diez, Brennan fue a Centre Street. Entró en el despacho del inspector Barnum, que trabajaba activamente, con varios expedientes ante sus ojos.

—¡Hola, muchacho! —dijo al verle entrar, haciéndole un gesto para que se sentase frente a él. Firmó unos papeles y luego se echó hacia atrás, sobre el respaldo de su sillón, mirando curiosamente a Brennan—. ¿Qué hay de nuevo?

—Ninguna novedad, jefe. Hasta este momento, ni siquiera indicio de que esos tipos ni ella estén complicados en lo de las drogas y el asesinato —contestó Brennan—. He seguido observando, y nada.

Barnum movió la cabeza, contrariado. Cogió un lapicero y se dedicó a golpear ligeramente con él sus labios gruesos, entornados los párpados.

—¿No hay forma de que esa muchacha diga algo que merezca la pena? ¿No ha visto nada extraño en el restaurante? Desde luego, hay que contar con que estén precavidos, incluso con el negocio momentáneamente paralizado, suponiendo que no les quitamos ojo. Pero esto va durando demasiado. Van a hacer quince días que fue asesinado Vestry...

—No veo nada sospechoso, jefe. Será que allí no hay tráfico, que está en suspenso. Y de ella, lo que menos pudiera pensarse es que pueda tener ninguna clase de relaciones con Clinton. Por ella, ni siquiera iríamos al Paradise.

—¿Le tira usted de la lengua debidamente, Brennan? —insistió Barnum, sonriendo levemente—. No está la cosa en lo que ella diga, sino en lo que se la quiera hacer decir. Bueno; usted es profesor de Psicología y debe saberlo mejor que yo. ¿Hablan mucho de amor?

—De amor, precisamente, no —contestó, con cierta sequedad el agente especial, y su mirada se apartó del rostro de su jefe, que le contemplaba fijamente—. De cosas corrientes. Tiendo a ir adquiriendo mayor confianza...

—Y ella no le mira con desconfianza, ni rehúye ciertos extremos en las preguntas que usted le haga, ¿verdad? Es lo interesante.

—Voy adquiriendo la convicción de que ella es ajena totalmente a la muerte de Vestry, jefe —murmuró, con calor, Brennan—. Una persona culpable jamás puede tener los nervios tan tranquilos, observar una conducta tan regular y ponderada como la observa Nadia Kirova. Anteayer saqué la conversación acerca del asesinato de Vestry, dedicándome a hacer conjeturas psicológicas sobre el grado de tranquilidad o intranquilidad en que podría encontrarse el

asesino, viendo pasar los días sin ser detenido, pero nunca totalmente confiado en que por eso el peligro no está definitivamente alejado. Pues bien: ella razonó con perfecta tranquilidad, asegurando que se volvería loca si, cometido un asesinato, estuviese siempre pendiente sobre su cabeza ese momento terrible en que un agente le pone la mano sobre el hombro, como señal de haber sido descubierto. Dijo que preferiría mil veces saberse descubierta y buscada, porque ella significaba lucha, reñir batallas de astucia, en busca de la libertad, de poder escapar. De ello conjeturé que si había cometido el asesinato, su tranquilidad no sería como la que tiene, y que hubiera huido o escondiéndose, ¿no cree, jefe?

—Posiblemente. Pero líbrele Dios, muchacho, de una mujer astuta, inteligente, que sabe convencer mintiendo. Bueno; pues siga adelante con su misión. Procure apretarle más las clavijas. Quizá sea inocente, pero está por ver.

—Los informes que usted recibió de Inmigración son buenos. Entró en Estados Unidos legalmente, ya ciudadana americana. En Sidney, el cónsul que avaló su petición de nacionalidad informó bien. No hay ninguna ficha de ella en Washington, ni la Policía tiene nada contra ella...

—Nuestro cónsul en Sidney la avaló, cierto —cortó Barnum, levantando su dedo índice—, y murió dos meses después en circunstancias extrañas. Un accidente de circulación... Atropellado por un coche en la carretera, cerca de la ciudad. Tenía una terrible herida, única, en la cabeza. ¿Fue por el encontronazo con el coche que le atropelló, o producido por un golpe de barra? El forense dictaminó, sensatamente, que murió a consecuencia de fractura del cráneo, producida por choque violento. El que las ropas estuviesen destrozadas pudo ser por el coche... o por posterior «arreglo» de las circunstancias que acreditasen un atropello. Misterio, Brennan...

—Tal vez misterio, jefe —repuso con viveza Brennan—. Pero me parece que es aventurado derivar tal cosa hacia una posible participación de Nadia Kirova en esa muerte. La Policía australiana, en su indagatoria, no encontró motivo de sospecha contra ella. Presentó su coartada, que fue confirmada. Mi creencia es que se trata de una mujer hondamente desgraciada, a quien el Destino juega muy malas pasadas. Ha sufrido mucho, se ha visto acorralada,

siempre huyendo de la fatalidad, sin salir de ella.

—¿Tiene usted novia, Brennan? —Cambió de repente la conversación Barnum, mientras sonreía maliciosamente.

—¿Novia? No... —contestó Brennan, un poco asombrado—. ¿Por qué?

—Es lástima. Creo que si la tuviera, pues... sería el otro peso que debe haber en la balanza para que esté en el fiel siempre. Cuando nuestro corazón está totalmente comprometido, entregado a su amor, generalmente no percibe sino los mensajes del de la mujer amada y se muestra insensible a las llamas extrañas... de otra mujer. No sé si me habrá comprendido, profesor de Psicología...

—Comprendo —murmuró Brennan, sonrojándose, y guardó silencio.

—Esa mujer es muy hermosa, mucho... —Siguió Barnum, como si monologase—. Me figuro que frecuentar su trato debe ser altamente fascinador. Sus ojos, sus labios, la expresión de su carita, su... todo. Coquetearía, sin duda, y usted también. Son jóvenes, y claro... Brennan, entable relaciones con una muchacha, se lo aconsejo. Sería el contraveneno que me parece necesita. ¿O prefiere dejar este asunto y que ponga a otro?

Rió forzosamente el joven mientras, para disimular su embarazo, alargaba un cigarrillo a su jefe, que le miraba fijamente, con extraña expresión.

—Gracias, jefe. Pero sus temores me parecen infundados. No obstante, si se ha de sentir más tranquilo, puede encargar a otro camarada mi misión. No sé si ella se prestaría a ello. Habría que volver a empezar, romper el hielo, buscar la coyuntura de que mi sucesor se convierta en buen amigo y asiduo acompañante de ella, como lo voy siendo yo. Usted dispondrá —dijo Brennan, en tono seco.

—Tiene razón. Volver a empezar con otro podría ser estropearlo todo. Siga, muchacho, siga. Pero si se siente flaquear, si ella va suponiendo algo para usted, dígamelo honradamente, Brennan. Nuestra profesión tiene muchos peligros, lo sabe usted. No es el peor el que a veces tengamos que andar a tiros con los maleantes. Esto es cosa de suerte, en definitiva. Lo peor es cuando nuestra fe vacila y pretendemos, sin darnos cuenta, dar orientaciones falsas al cumplimiento del deber, que no tiene más que un camino. Una

mujer, la mujer, es la que puede hacernos enloquecer, convertirnos en perversos o, simplemente, en hombres pasivos, ciegos, sin voluntad. Y no me guarde rencor por este sermón —se levantó riendo, tendiendo su mano grande, nerviosa, a Brennan que la estrechó silenciosamente, levantándose también, muy pálido—. Bien; siga adelante. Hasta mañana. Brennan.

Salió el joven del despacho totalmente aturdido, como si su jefe le hubiese llenado de las más feroces y malintencionadas imprecaciones, amenazándole con la expulsión del Cuerpo. Mucho peor que todo esto era lo que sentía. Porque realmente, el viejo inspector lo que había hecho era advertirle claramente el tremendo peligro que podía correr al dejarse seducir por el encanto de aquella hermosa mujer, si era ella culpable. Como el amor puede, en efecto, hacer trizas la más firme voluntad de un hombre y convertirlo en un guiñapo, si la mujer es tan infame que se lo proponga. Había ejemplos numerosos de hombres, servidores de la Ley y la Justicia, que habían claudicado y se habían vendido al enemigo por mediar una mujer fascinadora.

Y esto era lo que Brennan veía le pasaba a él. Pero había que hacer una distinción importante, y que no quiso decir a Barnum existía por no discutir el asunto agriamente. Y era que Nadia no podía pasar por culpable de la muerte de Vestry, o instigadora, o encubridora. No había prueba alguna de que lo hubiese sido. ¿Por qué, entonces, sentir temor a amarla? Si lo fuera, entonces tendría que reflexionar y ver lo que procedía hacer. Cumplir con su deber, desde luego. ¡Ya lo creo que lo cumpliría!

—Has de cumplir con tu deber, con lo pactado, Nadia —dijo Sturz, cogiéndola una mano y apretándosela fuertemente, hasta hacerla daño, mientras la miraba con terrible fijeza—. Es un agente o un espía del

F. B. I.,

y esto ya lo hemos confirmado más de una vez. Nic te dijo que pensases en liquidarlo. Ahora me envía para que te diga que eso lo has de hacer esta misma noche.

—¡Suéltame! —exclamó ella, retirando bruscamente la mano de la de él—. Ya lo sé que tengo que matarlo. Y lo haré...

—Confiesa, Nadia, que ese tipo te ha interesado más de lo que

hubieras deseado —siguió Sturz, nerviosamente, mientras su voz enronquecía por la rabia—. Que no tienes ningún deseo de hacerlo... ¡Que te gusta!

—No me gusta ni ése ni nadie —murmuró débilmente ella, apartando su mirada de la de él—. Nadie me gusta... Lo que he hecho con él, coquetear, ha sido por sacarle si es enemigo o no. Me juego mucho si me descubre. ¿Crees que soy tan tonta que me vaya a confiar a él, a quererle?

—Así me gusta, hermosa. Piensa que estamos brazo sobre brazo, sin hacer negocio —la voz de Sturz era más suave, amigable—, todo porque ese majadero no nos quita ojo. Tenemos una buena coartada para ti, descuida. ¿Quieres, realmente, matarlo? ¿No te importará?

—No me importará. ¿Cuántas veces he de decírtelo? Cuanto antes, mejor.

—Y cuando acabes con él, Nadia —dijo, con apasionamiento, Sturz, volviendo a cogerla las manos y acercando su rostro al de ella —, entonces podrás fijarte en mí; podrás ver que te quiero con toda mi alma, o... lo que tenga, que no lo sé bien. Pero has de saber que si eres buena conmigo, tú y yo podemos ser ricos, no depender de nadie, ni de ese maldito Nic, que todo lo quiere para él. Nadia, mátaale a ése, que está intentando interponerse...

—¡Qué dices, Adam! —exclamó ella, mirándole con asombro, aunque no intentó sacar sus manos de entre las de él—. Pero ¿tú... a mí?

—¡Yo, yo mismo, Nadia! Yo, que soy quien llevo realmente el negocio de las drogas, aunque Nic se guarda las ganancias. ¿Te parezco poco? Sí, siempre he sido «el segundo» —murmuró, con amargura, Sturz, muy pálido—. ¡Pero si tú me quieres seré el primero! Me quitaré de encima a Nic y los otros me obedecerán, porque son los que reciben mis órdenes, los que se juegan conmigo la vida y los que reciben una miseria por ello.

Nadia bajó la mirada, reflexiva. Estaban en el coche de él, en plena carretera, en Metropolitan Avenue, en Queens. Se habían citado allí y llevaban largo rato hablando, sintiéndose seguros, dado el poco tráfico que había por allí al anochecer.

—No sabía todo eso, Sturz, querido —contestó ella, sonriendo fascinadoramente—. Tus ambiciones, tus proyectos con respecto a mí... Ha sido una sorpresa, Adam. Yo siempre te he tenido simpatía,

no lo niego...

—Pero has de matar a ese Brennan, Nadia. ¡Confiesa que has comenzado a quererle! Si esta noche no le matas tú, lo haré yo... —exclamó Sturz, como enloquecido—. ¡Le mataré yo!

—Tranquilízate, querido Adam. No hará falta —contestó ella, sonriendo—. Mira lo que tengo en el bolso, siempre preparada para usarla. Para matar o para quitarme la vida, si no tengo escape —y abrió su bolso, sacando una pistola «Lugger» de calibre mediano—. Por eso me llaman «Lugger», Adam...

—Ya lo sabía. Pero no me apuntes, ¿eh? —repuso, poniendo la mano delante del arma.

Ella sonreía extrañamente, contemplándole compasivamente.

—¿Serás tú capaz de matar a Brennan, si no lo hiciese yo? ¿Serías hombre para hacerlo? Lo es él, Adam... Creo, que es el hombre más hombre que nunca he visto yo... No sé, Adam, si tú...

—¡Déjalo de mi cuenta! —rugió Sturz, rojo de rabia—. Sabe que desde hace varios días estoy pensando quitármelo de encima. Temo que te conquiste, con su cara de santito, sus modales afeminados...

Nadie se volvió hacia él, echando llamas sus ojos, apretadas las mandíbulas.

—Ya has dicho bastante, cerdo asqueroso —dijo entre dientes, apuntándole con la «Lugger»—. Primero, que le quieres matar; después, que es un afeminado... Adam, ¡te voy a matar!

Sturz, lívido, intentó abrir la portezuela con la mano derecha, disimuladamente. Balbució, intentando sonreír:

—Bueno, bueno, Nadia... No lo tomes así. Guarda eso y tengamos la fiesta en paz. Yo no sabía hasta qué punto... ¡Maldito sea!

Nadia elevó la pistola lentamente, sin dejar de observar que la portezuela, a espaldas de Adam, se iba lentamente abriendo y un pie de él salía ya por el hueco. La elevó hasta alcanzar la cabeza de Sturz, que sudaba, mascullaba palabras ininteligibles, presa de un pánico atroz.

—¿Tienes miedo, Adam? —le preguntó, con voz estridente, llena de ironía—. Me tienes miedo... Y dices que serías capaz de matar a Brennan —rompió a reír locamente, sin dejar de apuntarle—. Tú matar a Víctor, ¡a mi Víctor!...

Sturz ya estaba fuera del coche. Solamente su cabeza se

inclinaba para salir, no queriendo tropezar en el techo del coche. Y en aquel instante, Nadia apretó el gatillo una sola vez. El cañón del arma estaba a dos palmos de aquella diminuta cabeza, con el pelo empapado en helado sudor.

Lanzó él un grito ahogado y cayó hacia atrás, impulsado por la fuerza del proyectil. La sangre manaba de la tremenda herida, empapándole el rostro, contraído, con los ojos saltones, ya vidriosos por la muerte. Y quedó tendido sobre el «macadam» de la carretera, en extraña postura.

Nadia se bajó del coche. Fue hasta él y le cogió una mano. Estaba muerto. Su pulso, quieto.

Volvió al coche de Sturz. La mano enguantada la pasó por el asiento donde había estado sentada. Por el volante, que había tocado. Cogió dos colillas de cigarrillos que ella había fumado, teñidas de «rouge». Miró bien, por si dejaba algún rastro suyo. Pasó la mano también por el suelo del coche, borrando posibles huellas de sus zapatos. Y cerró, empujando la portezuela con el hombro.

Fue rápidamente a su coche, diez yardas más atrás, y subió a él, poniendo el motor en marcha. La carretera estaba desierta. Arrancó velozmente y tomó la dirección del lejano Manhattan, cuyas luces brillaban fuertemente, como si estuviese incendiado.

Volaba el coche, dirigido con pericia por ella. Se cruzó, ya cerca del puente de Williamsburg, con varios coches más, que iban seguramente hacia donde estaba el coche de Sturz. La Policía lo sabría pronto...

Dejó el coche ante la verja de su hotel, en Washington Square. Estaba ya tranquila, muy tranquila. Respiraba normalmente. En realidad, no tenía por qué asustarse de lo que había hecho. Era el número catorce, Sturz. Y rió complacida al recordar que no la había gustado nada, llevada de su superstición, haber dejado en trece el número de los muertos que llevaba. Hubiera sido preciso matar a alguien más, para alejar el maleficio del trece. Bueno; ya estaba hecho. Brennan podía seguir viviendo.

En su gabinete, se sentó en el sillón. Encendió un cigarrillo y pensó en Víctor. En que era un agente del
F. B. I.

Tal vez estaba disimulando que la amaba para hacerla confesar lo que era Nic, lo que ella hizo... ¿Sería posible que él no la quisiese,

que disimulase hasta el punto de hacerla creer en la sinceridad de su cariño? ¿Podía ser Víctor así?

Cogió el teléfono y marcó en él el número de Brennan, en su casa de Lispenard Street, y sonrió cuando oyó la voz de él, tranquila, serena, cariñosa siempre:

—¿Diga?

—Soy Nadia, Víctor. ¿Estabas esperando a que te llamase?

—No. Te llamé antes y me dijeron que no estabas. ¿Dónde fuiste?

—De compras, querido... Oye: esta noche saldremos, ¿verdad? Lo necesito verdaderamente.

—¿Te ocurre algo? —preguntó él, inquietamente, y su voz se hizo más apagada, oyendo ella su respiración súbitamente intranquila, sibilante.

—No, nada, nada. Es que necesito estar contigo, tenerte a mi lado. Eso no te sucederá a ti, seguramente... Tal vez no comprendes bien lo que es para mi el quererte, el que me quieras.

—Estás nerviosa, Nadia. Algo te pasa. Ya ves si te quiero que noto cuándo estás intranquila. ¿Me lo querrás contar?

—¡Pero si nada me pasa, Víctor! ¿No puedo estar nerviosa porque piense en que dentro de un rato voy a estar contigo? ¿No crees, psicólogo eminente, que la alegría trastorna, y el amor?

—Si no es más que eso... ¿A qué hora quieres que vaya a recogerte?

—¡Ahora mismo! Son las siete ya. Me vestiré, para luego cenar en el Paradise. Y debo decirte que no te consentiré que me pagues la cena, como hiciste anteayer. Cada cual lo suyo, Víctor. Tú no puedes con ese peso económico, pobre mío.

Río Víctor, conmovido.

—Dentro de una hora estoy ahí, querida mía —la dijo, cariñosamente.

—Si puedes antes, mejor, mi... querido mío. Ven pronto...

Colgó cuando él lo hizo. En su mente ya estaba afianzada la idea de que era preciso matar a Víctor. Nunca podría dejar de desconfiar de él, sabiendo que era un agente del

F. B. I.

Si lo era, no había duda de que estaba fingiendo amarla, con el solo objeto de descubrirla como la asesina de Vestry. Estaba enterada de

que los agentes del

F. B. I.

cursaban estudios de disimulo, como los cómicos. Que eran fieles a la Ley, hasta el punto de no importarles fingir lo que fuese con tal de salir airosos en su cometido.

Si él no la amaba, ¿para qué amarle, para qué sufrir viéndole más, luchando con la zozobra y la duda, para sacar al fin la seguridad de que era un embustero cuando la pusiese la mano en un hombro, deteniéndola? ¿No se dejaría ella fascinar por él y acabaría por confesar lo que él quisiera? Sí; ella acabaría por hacer eso y entonces estaría perdida. Era mejor terminar aquella aventura loca. Un muerto más y con ello poder vivir independiente, tranquila, gozando a su manera de la vida. No más entregar su corazón a nadie, y menos a un hombre embustero...

Mientras se vestía, con ayuda de su doncella, aquella idea siniestra se afirmaba más y más en su corazón. La sobraba valor y decisión para hacer aquello. Era mejor que no verse en la celda de los condenados a muerte, caminando por la galería hacia la celda fatídica, hacia la «silla»...

Cuando la doncella la dejó sola, sacó su «Lugger» y llenó de proyectiles el cargador, guardando otro más.

Brennan entró en el gabinete, precedido de la doncella. Nadia se volvió y le miró, sonriente, más hermosa que nunca. Cuando la criada salió, se abrazaron, reclinando ella la cabeza en un hombro de él.

—¿Estás triste, querida mía? —preguntó él, besándola en la frente—. No me niegues que algo te pasa...

—Me pasaba, Víctor. Ahora estoy muy bien. No puedo soportar el que no estés siempre a mi lado. No lo puedo remediar, ya ves... —dijo ella en tono quejumbroso, acariciándole el rostro.

—Todo se arreglará, hermosa mía. Ahora, vámonos. Es pronto para ir al Paradise. Daremos una vuelta, si quieres.

—Sí. Vamos donde quieras. Después, «comamos y bebamos, pues mañana moriremos».

—¡Cuando digo que estás nerviosa, muchacha! —exclamó, riendo, Brennan—. ¡Pensar en la muerte, cuando la vida mejor se nos muestra al alcance de la mano! Anda, anda, melancólica rusa... Sois especiales los esclavos.

Subieron al coche de ella. Nadia al volante, al parecer alegre, contenta.

Brennan, pensativo, forzaba a su cerebro para que averiguase aquella extraña inquietud de ella, que no podía disimular. Y recordó las palabras del inspector Barnum sobre el deber, lo que un hombre podía llegar a hacer cuando entregaba su corazón a una mujer perversa.

Ella había dejado su bolso, inadvertidamente, sobre el asiento que ocupaba él, al lado del volante. Lo cogió él y lo alejó un poco, para no sentarse encima.

Observó que pesaba bastante. Y su mano, sobre el flexible cuero, creyó notar algo extraño: una forma conocida de él.

No daba en aquel momento qué podía ser lo que hubiera allí dentro, en el bolso. Y el caso era que estaba tan acostumbrado a tocar un bulto como aquél...

VI



STUVIERON paseando, lentamente, en el coche por Broadway y 42nd Street, haciendo tiempo para la hora de la cena en el Paradise. Y a cerca de las diez, cuando detuvo Nadia el coche ante la puerta del restaurante, se extrañaron grandemente al ver dos agentes de la Metropolitana, que a todos los que pretendían entrar en el local les mostraban un cartel, en el que se indicaba que no había servicio.

—¿Qué habrá pasado? —preguntó, contrariado, Brennan.

Y pensó, si al fin, el inspector Barnum, por su cuenta, había sorprendido el sucio juego de Nic, con las drogas, y había clausurado aquel antro clandestino del vicio.

Nadia ya sabía por qué estaba cerrado el Paradise. Habían encontrado el cadáver de Sturz, identificándolo, y surgió el consiguiente embrollo, cerrando por aquella noche Nic su local.

Quizá estuviera detenido el «boss».

—¿Qué hacemos? —preguntó Brennan, que de buena gana se hubiera acercado a los «cops» para preguntarles qué pasaba allí dentro. Pero ante el temor de que Nadia pudiera sospechar de él, se abstuvo de hacerlo—. Iremos a otra parte, claro. No nos vamos a quedar sin cenar. ¿Dónde quieres que vayamos?

Un vendedor de periódicos se acercó, voceando a grito pelado. Alargó un diario de la noche a Brennan, mientras decía:

—Aquí dice lo que ha pasado, para que ese restaurante esté cerrado, señor. ¡El «Greenwich News»! ¡El crimen de Metropolitan Avenue!

Brennan lo compró, desdoblándolo rápidamente. Nadia se inclinó hacia él para mirar la primera plana, donde aparecía el retrato de Sturz, con la cara llena de sangre, muerto.

—«Crimen misterioso —leyó Brennan en alta voz— en Metropolitan Avenue. La víctima es uno de los socios del afamado restaurante Paradise, sito en Greenwich Village. No ha sido el robo el móvil del asesinato de Adam Sturz. Aún no ha sido hallado el asesino».

—¿No era ese Sturz uno que casi siempre estaba con el dueño? —preguntó Brennan a Nadia, que leía por encima de su hombro los titulares del periódico—. Tenía cara de alemán, con la cabeza muy pequeña...

—Sí. Creo que sí —murmuró ella, tranquilamente—. Dice que la Policía busca activamente al asesino y que... sigue su pista —leía ella después, apoyado su mentón en un hombro de él—. Yo creo que eso siempre lo dice la Policía para meter miedo al culpable y que se entregue...

—Muchas veces es verdad. Veamos si dice qué móviles ha podido haber para ese asesinato —contestó Brennan.

Y buscó más información. Pero la Policía ignoraba todavía tal circunstancia, según aseguraba el diario. Lo dobló y se lo entregó a Nadia, que lo rechazó, dejándolo en un rincón del asiento.

—Vamos a cenar, querido. Se nos está pasando la hora. ¿Dónde vamos?

—Podemos ir a un restaurante ruso, si te parece, y comer lo que te guste de tu patria —opinó Brennan—. ¿Conoces alguno?

—Bueno, sí. Vamos a Kavkaz, a East 14th Street. No sé si te

gustará lo que den allí —y puso en marcha el «Hudson», dando la vuelta en la inmediata esquina de la calle.

Ambos apenas si podían ocultar su preocupación. Brennan hubiera deseado dejar por un rato a Nadia para telefonar al inspector Barnum, preguntándole si sabía algo relacionado con el asesinato de Sturz. Ahora si parecía más cierto que Nic estaba metido en asuntos sucios, de drogas. Aquel asesinato parecía demostrarlo. Era, como siempre, la lucha entre competidores, a tiros. Y pensó que quizá Barnum le necesitase en aquellos instantes, para llevar la indagación o saber si él estaba enterado de algo de lo sucedido.

—¿No bajas? —dijo Brennan, cuando ella detuvo el coche ante la puerta del restaurante ruso y quedó con la vista fija, ausente, su cerebro lleno de ideas cada vez más angustiosas.

Penetraron en el amplio local, elegante, aunque extraño. Camareros y camareras vestían a la usanza rusa, con las largas guerreras de los cosacos del Don, los amplios pantalones de montar y las botas altas de cuero, muy relucientes. Ellas, con sus blusas amplias, escotadas, las faldas de vivos colores, de gran vuelo, y muchos collares y pulseras. Muy bellas, sonreían fácilmente, haciendo grandes reverencias a los clientes que entraban.

—Aquella que está sirviendo, en el rincón, es una condesa auténtica —dijo Nadia—. Millonaria cuando los zares. Está también la princesa Kirova, la que está en la caja. Ya vieja y fea. El «*maitre*» es un antiguo general cosaco del Volga.

Encontraron una mesa para los dos solos. Y Brennan hubo de comer, un poco a la fuerza, aquellos manjares extraños rusos, como la sopa de remolacha, en una salsa clara, como agua; el «*blin*», una especie de pan, en cuyo interior había torreznos, salchichas y una sustancia agria, como leche, que le pareció altamente repugnante. Se desquitó con el ánade asado. Y el queso de Crimea, mantecoso, aunque también muy agrio.

Nadia rió cuando le vio hacer gestos y apartar de su lado algunos platos. Ella, en cambio, comió con avidez y bebió después vodka como si fuese agua. Sus enormes ojos negros chispeaban de alegría, llevando a ratos con la cabeza el compás de las danzas siberianas o las melancólicas baladas.

Ni Nadia ni Brennan tenían aquella noche humor para fiestas.

Después de la cena, y visto que no podrían bailar, para sacudir un poco el malestar que les invadía, optaron por marcharse. Nadia estaba decidida a terminar aquella noche con su amor por Víctor. Matar el amor matando al que lo había causado. Y después huir de Nueva York, quizá de América, donde las cosas se estaban poniendo para ella, repentinamente, muy mal.

Subieron, con ademanes perezosos, al «Hudson». Brennan hubiera querido telefonar a Centre Street, para solicitar del inspector Barnum noticias sobre el asesinato de Sturz; pero ante el temor de que Nadia sospechase, no lo hizo. No se le había ocurrido que ella pudiese haber tenido intervención en aquel hecho criminal. Y lo cierto era que él, lo reconocía ahora, ni la había interrogado en debida forma para saberlo, ni admitía que hubiese ella mentido cuando le dijo que había estado aquella tarde de compras. Bajo la creencia de que ella no era culpable, él descuidaba su misión de averiguar si lo era o no.

—¿Dónde vamos? —inquirió Nadia, cuando se sentó ante el volante.

Y lo preguntó con tono fatigado, como aburrido. Estaba decidida a matar a Víctor; pero al solo pensamiento de que había de hacerlo, quizá dentro de un rato, una tremenda impresión de dolor, angustia, cobardía, la invadía. Era la primera vez, desde hacía mucho tiempo, que su corazón mandaba en ella de forma extraña, imperativa. Creía que ahora sería como otras veces; pero no. El amor, jamás sentido, por un hombre, la había trastornado completamente, y no era dueña de sus acciones, como antes, en que imperaba el frío razonamiento, la crueldad, el gozo en matar.

—Donde quieras —respondió Brennan, encogiéndose de hombros—. A un sitio donde no haya mucha gente. Al campo, por ejemplo. Hoy también hay luna y no hace frío. Sigues nerviosa, querida —y se acercó para besarla.

Pero ella retiró la cabeza, aunque sonriendo. Sí se dejaba besar por él, estaba perdida, porque no podría matarlo.

—¿Lo ves? Estás nerviosa, extraña —exclamó Víctor, sonriendo tristemente—. ¿No me querrás decir qué te pasa?

—No me pasa nada, te digo —repuso ella, secamente. Y con movimientos secos, bruscos, puso en marcha el coche—. Vamos a Riverside, a la orilla del río, ¿quieres? Hay unos senderos por allí

por los que podremos pasear, estar tranquilos. Me pasa —quiso aclarar, al ver la consternación de él por sus abruptas palabras— que, de cuando en cuando, me acuerdo de otros tiempos, allá en mi Rusia. No tengo familia apenas. La que me queda está como perdida para mí; nada sé de ellos... Que estoy sola en el mundo, Víctor; eso es lo que me pasa.

—¿No me tienes a mí? —preguntó él, inclinándose sobre ella un poco y mirándola profundamente—. ¿No crees que me tienes a mí?

Nadia, mientras conducía, fija la mirada al frente, sintió como un ahogo: como si el corazón llorase, sin lágrimas. No sabía si aquel hombre estaba diciendo la verdad o recitaba frases «amorosas» bien aprendidas en aquella escuela especial para agentes del

F. B. I.

«Para casos de embaucamiento de presuntas delincuentes, con objeto de hacerlas declarar».

—Creo que sí, que te tengo a ti —contestó, con acento que quiso hacer cariñoso, agradecido, pero que resultó carente de emoción.

En Riverside, Nadia torció a la izquierda, metiendo el coche por Henry Hudson Parkway. Lo mismo que hiciera cuando llevó a aquel galante Vestry, que la amaba también, quince días atrás.

Se bajaron del coche, a instancias de ella, en la Rotonda, frente a los embarcaderos, rodeados de jardines espléndidos. Tras las barandillas de la orilla estaban los senderos, que zigzagueaban entre espesa vegetación. Nadia tomó la mano de él para bajar la pendiente. Y en la izquierda sujetaba su bolso de cuero, en el que iba la «Lugger» asesina.

—Estás como fatigada —murmuró Brennan, al observarla atentamente—. Se te doblan las piernas, querida. Estás enferma, Nadia... ¡Vamos a tu casa, anda!

—¡No me pasa nada, nada, Víctor! —Casi gritó ella, irritada—. ¡Qué terco eres! Vamos más hacia abajo, por aquel sendero casi oculto, más lejos. Es sofocación, del calor del restaurante, y quizá de que abusé un poco del vodka. Pero no creas que estoy borracha... —rió sardónicamente, agarrándose a su brazo con gran fuerza.

Pero lo soltó inmediatamente, con un gesto como de arrepentimiento. Brennan, atónito, calló. No comprendía en absoluto a Nadia aquella noche.

Estaban ya en un sendero por encima del cual el ramaje les hacía invisibles. El lugar estaba desierto, como lo estaba también la Rotonda, según viera ella. No se oía ruido alguno, a no ser el leve murmullo de las aguas del Hudson corriendo hacia la bahía. La luna iluminaba con su claridad espectral el paraje, dándole una belleza casi irreal.

Nadia se quedó de repente parada, tocándose una pierna.

—¡Ay querido! —exclamó, riendo—. Algo se me ha desprendido y se me cae una media. Sigue andando, por favor...

Recordó ella que ésta era la quinta vez que empleaba aquella frase en casos como el de ahora. Para matar a otros tantos hombres que la acompañaron en un «paseo» mortal, durante la noche.

Brennan, como hiciera Vestry, y tres hombres más antes que ellos, se adelantó, caminando despacio, mirando hacia el río. Pero él esperaba la muerte... Recordó instantáneamente que Vestry murió por allí, en un sendero, recibiendo un balazo en la cabeza, por detrás.

¿Habría sido Nadia la que lo hizo?

Y se quedó parado, sintiendo que su corazón se paralizaba, aunque no miraba hacia donde ella estaba. Era como una prueba suprema de la inocencia de Nadia.

Y ella sacó su «Lugger» del bolso, ya con el seguro quitado. Apretó la culata entre los dedos y la palma, levantando el arma. Allí estaba él, en un plano más bajo, porque el sendero se inclinaba hacia la orilla del río. Un blanco magnífico, con Brennan a seis pasos, inmóvil, de espaldas, con las manos metidas en el gabán de entretiempo. Alto, esbelto, elegante...

No tenía fuerzas para apretar el gatillo. Un sudor helado le corría por la frente, el cuello, la espalda. Su corazón no quería marchar, golpeándola el pecho con ritmo espantoso; tan pronto acelerado hasta el vértigo como casi paralizado. ¡No tenía fuerzas para disparar! Matarle sería como matarse ella, o peor aún. ¡No podía hacerlo!

Bajó la mano, sollozando quedamente, luchando contra aquella debilidad jamás sentida, contra su propio corazón, su ternura infinita por un hombre, su amor inmenso. ¡No podía matarlo!

—¿Ya? —preguntó, con voz extraña, estrangulada, Brennan, aunque sin volverse—. Parece eso muy laborioso, querida.

Metió apresuradamente la «Lugger» en el bolso y contestó alegremente:

—Ya, amor mío. Ven, ven, vuélvete...

Se volvió él, lanzando un hondo suspiro. Nadia no era culpable. ¡Cómo lo iba a ser aquella mujer deliciosa, de cara de ángel, todo amor! Y avanzó hacia ella, que le abría los brazos riendo, con una alegría casi insensata.

—¡Bésame, Víctor, bésame! —gritó, y le echó los brazos al cuello, besándole locamente, mientras sollozaba—. Nunca dejaré de quererte... Y tú me quieres, ¿verdad? ¿Me quieres como yo a ti?

—Como tú a mí, claro —respondió él, asombradamente—. ¿Lo dudabas?

—Lo dudaba, sí. No estoy acostumbrada a ser feliz, ni siquiera un poco. Ahora, vámonos, cariño mío. Dame tu brazo. Me mareo... No sé qué me pasa, Víctor. Exceso de alegría, tal vez...

Brennan la sujetó contra su pecho, inquieto. Apretaba con ambas manos su bolso ella, mientras sus piernas se doblaban, cerrando los ojos, lívida.

—¡Por Dios, Nadia, si ya sabía que estabas enferma! —exclamó él, angustiadamente.

Y como no se tuviera ella en pie, la cogió entre sus brazos, remontando el sendero apresuradamente. Iba desvanecida, pero sonreía, como si una excesiva alegría fuese la causante de aquel desmayo.

Fue con ella hasta el coche, sentándola en el asiento de al lado del volante. Cerró apresuradamente las portezuelas y puso en marcha el motor.

Nadia volvía en sí. Apretaba contra su pecho el bolso con fuerza inmensa, y le miró temerosamente, como si él, durante su desmayo, hubiese visto su fatídico contenido.

—¿Estás mejor? —preguntó Brennan antes de arrancar. Y la besó en la frente—. Parece que sí, ¿verdad?

—Sí. Ya pasó todo, amor mío. Ahora soy feliz, más feliz que nunca.

El «Hudson», conducido por Brennan, volaba por Riverside hacia Broadway. Ella se inclinaba de cuando en cuando y besaba la mano de él con una extraña emoción, como presa de un agradecimiento o veneración ilimitados. Brennan, atónito, no sabía lo que había en

aquel corazón de mujer.

VII



UANDO Nadia penetró en su hotel, pasando al gabinete, después de haberse despedido de Brennan, lanzó una exclamación de sorpresa. Sentado en un sillón, fumando, estaba Nic Clinton, al parecer esperándola.

—¡Tú aquí! —exclamó ella, con acento indignado, plantándose ante él y mirándole fieramente—. ¿Por qué has venido, di? La Policía debe estar buscando por todas partes, te vigilará... ¡Idiota!

—Por lo menos, no ha encontrado a la que... asesinó a Adam —respondió, flemáticamente, Nic, levantándose y sonriendo irónicamente—. Modera tus impulsos nerviosos, hermosa. Tenemos que hablar un poco.

—No ahora —exclamó ella, quitándose el gabán de pieles y dejando el bolso sobre una mesita—. Ahora te vas y me dejas en paz. Cuando toda la efervescencia pase, entonces hablaremos. Le he matado yo, sí. ¿Estás tranquilo?

—A medias solamente, Nadia. ¿Por qué lo hiciste? No era a Sturz a quien debiste matar, sino a otros, ya sabes... —dijo Nic,

cuyo rostro abotagado estaba aún más rojo por la ira—. ¡A ese Brennan, agente especial del F. B. I.!

—Maté a Adam porque tenía excesiva ambición. Me declaró su asqueroso amor...

—¿Adam? ¡Cerdo maldito! —rugió Nic, apretando los gruesos puños—. Sí, no ocultaba que estaba por ti...

—Y otra cosa más. Pensaba suprimirte, queridito —añadió Nadia, sonriendo melifluamente—. Hacerse él el «boss». ¡Figúrate!... Yo no es que te quiera mucho, mucho, pero si había de elegir... No me pude contener, Nic, y di gusto al dedo.

Todo cambió en el grueso Nic. Sus ojos, saltones, se llenaron de agua y el rostro apareció conmovido, ridículamente conmovido. Tendió una mano a Nadia, que la estrechó, sonriendo maliciosamente.

—Nadia, eres extrañamente encantadora —dijo él, con voz quebrada por la emoción—. Inspiras temor y también amor. Hiciste bien, muy bien, cariño. Yo te protegeré como te mereces —se acercó a ella, resollando de placer. Puso una de sus manos sobre un hombro de ella, que bajó la cabeza, cerrando los ojos para ocultar su repulsión—. Todo esto ha servido para compenetrarnos más, ¿verdad? Seremos los mejores amigos. ¡Te quiero, Nadia, y ya veo que tú a mí también!

—Cuéntame qué es lo que ha pasado después de eso, de que dejé a Sturz en la carretera, muerto —dijo ella, retirándose suavemente de él y sentándose en su sillón, frente al fuego—. ¿Está sobre la pista la Policía? Leí en los periódicos algo de eso.

—La Policía lo encontró pronto. Pasó un coche y vio la escena macabra. El ocupante dio parte a la Policía y ésta, ya sabes, acudió inmediatamente. Había ocurrido un rato antes que un mendigo anduvo merodeando por los alrededores, robando en una villa. Dos «cops» dieron una batida, buscándole, porque el ladrón había conseguido huir cuando el robo, y dieron con él. Era un pobre diablo, en medio de todo. No le encontraron arma alguna y sí dos candelabros de plata, pero no dinero. Sturz no había sido desvalijado... por ti. Se encontró en su cadáver la cartera, con varios cientos de dólares. El mendigo, claro, no ha podido ser acusado del asesinato.

—Y tú, ¿no te has visto metido en el lío?

—Un poco. Me interrogaron los de la Metropolitana. Afortunadamente, yo estaba, cuando se cometió eso, en el Club Hoboken, jugando al póker con buenos amigos, que me facilitaron la coartada. Y han hecho un registro a fondo en el Paradise, pero —rió conejunamente, bailando su vientre— no han encontrado nada de particular. —¡Allí iba a estar lo que buscaban!

—¿Ha intervenido el

F. B. I.?

—preguntó ella, con gran interés.

—Un agente especial, sí. Pero el caso lo lleva la Policía hasta ahora. Me dejaron en paz, visto que nada podían inculparme. Y yo cerré «piadosamente» el restaurante, como señal de luto por la muerte de mi querido socio —volvió a reír agudamente, muy contento.

—¿Crees que corro algún serio peligro, Nic? —inquirió ella, mirándole fijamente, en sus negros ojos reflejada la inquietud.

—No lo creo. Estoy a bien con la Policía. Me he mostrado indignado por ese asesinato, naturalmente, de un gran amigo y colaborador, tan decente... Un teniente me ha dicho lo que van a hacer, aunque no creen que, de momento, puedan capturar..., capturarte, mi vida. Van a remover los bajos fondos. Hay «gángsters» que se dedican a atracar en las carreteras solitarias a los ocupantes de los coches, fingiendo accidentes, para detenerlos. Conocen a varios de esos tipos y van a capturarlos. Por tanto, van listos.

—Pero si han encontrado el dinero encima de Adam, no han sido esos atracadores, Nic —refutó ella, haciendo un gesto de desdén—. No creas tan tonta a la Policía.

Nic rió agudamente, moviendo la cabeza con sorna.

—Ni me creas tan tonto a mí, hermosa —replicó, atragantándose por la risa—. Cuando me dijeron que habían encontrado en la cartera de ese traidor trescientos veinte dólares, me llevé las manos a la cabeza, desesperado, diciéndoles que Adam llevaba encima tres mil quinientos, que yo le había dado para hacer unos pagos. Y que los ladrones, para despistar, dejaron los trescientos veinte. El teniente cree a pie juntillas que Adam ha sido muerto por oponerse al desvalijamiento. ¡Lo que yo tenga de tonto!

—Entonces, pasará, tiempo antes de que puedan encontrar la verdadera pista... —murmuró Nadia, sonriendo alegremente—. Si la encuentran.

—No te preocupes, hermosa mía. Ya te he dicho que yo te protejo. Tú serás muy buena conmigo —la miró amorosamente— y haremos la pareja ideal. Ahora es preciso que des el último golpe. Es indispensable. Y después dejas ese oficio. Yo me encargo de ti, de tus gastos, de que no quieras a nadie sino a mí, a tu Nic, que no vive sin ti...

Ella le miró profundamente, sonriéndole fascinadoramente, como agradecida por sus muestras de amor y protección. Nic era millonario y tenía buenas amistades, influencias.

—Tu último golpe será eliminar a ese Brennan. Mientras lo tengas a tu lado correremos todos grave peligro. Es un agente del F. B. I.

y yo no sé qué diablos les enseñan en Quantico, o donde sea; pero el caso es que no fallan cuando ponen la vista sobre uno. ¿No te dijo Adam que yo te pedía que lo eliminases esta misma noche?

—No. No me dijo nada. Iba a lo suyo, a hablarme de sus proyectos fantásticos. Pero matar ahora a Brennan será peligroso, Nic. Entonces será el

F. B. I.

el que intervenga de nuevo, y ya deben estar muy recelosos con lo de Vestry.

—Es verdad... —Gruñó Nic, arrugando el ceño—. Y más peligroso que lo hagas tú. Mira... —Se dio una palmada en la frente—. Lo mejor será que no lo hagas tú. No quiero verte en un nuevo compromiso. Déjalo de mi cuenta, no te preocupes. Yo te daré dinero, lo que necesites.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Nadia, mirándole con inquietud—. ¿Vas a encargar a otro que lo asesine?

—Sí. Y cuanto antes. Conozco a un tipo que es hábil para eso, aunque no vale lo que tú. Tu hermosura te ayuda mucho. Mañana seguramente eliminará a ese tipo, que me parece está tratando de conquistarte. ¿Verdad que lo intenta, hermosa mía? Hay cosas que no se pueden ocultar. Y tú le haces demasiado caso...

—¿Yo? ¿Sabiendo que es del
F. B. I.?

—exclamó Nadia, despectivamente—. Tú estás loco... El coquetea, bromea conmigo; pero no hay nada de eso que supones. Me parece bien que lo haga otro —dijo después, aparentando indiferencia—. No sea que por ser la última vez me echen mano. Pero quiero hablar con ese «killer» antes de que se meta en eso. He de informarle sobre lo que puede hacer Brennan; su carácter, cuándo sale de su casa y cuándo regresa. Y que tenga cuidado, porque Brennan es peligroso. Va siempre armado...

—Bien. Te lo enviaré aquí —concedió Nic, levantándose.

—Aquí, no. Ya sabes que no me gusta tener visitas extrañas, Nic. No me fio de la servidumbre. Dile que le espero en... —meditó un poco, apoyado el mentón en la palma de la mano— en la mitad del puente Triborough a las once. Estaré con mí «Hudson» esperándole. Que vaya él a pie. Después, paseando, le informaré. Que me pregunte si soy Nadia, como contraseña.

—Perfectamente. Eres estupenda, hermosa mía. Un beso, cariño... —Se acercó a ella, presentando cómicamente su rostro de pera, de colgantes mejillas—. Un beso de enamorados...

Nadia, riendo, le besó en la frente, separándole después bruscamente, como si jugase.

Cuando quedó sola, Nadia se sentó de nuevo en su sillón, contemplando fijamente el fuego de la chimenea. Pensó que de nada había valido matar a Sturz, porque quería él asesinar a Víctor. Ahora, Nic deseaba también eliminarlo, con sus celos y sus temores de verse descubierto por Brennan. Un «killer» a sueldo lo iba a hacer, si ella lo permitía. Claro que no lo permitiría, si podía, y para ello le citaba a la mañana siguiente; pero ¿era una solución matar también al «killer»? ¿Iba a estar ella constantemente matando a quienes quisieran eliminar a su adorado Víctor? ¿Cómo iba a justificar ante Nic el asesinato de aquel «killer»? Pudo convencerle respecto a Sturz, pero el mismo cuento no iba a valer de nuevo. Nic no era tonto y supondría que ella protegía a Brennan. Y entonces, el peligro mortal recaería sobre ella misma, creyéndola traidora Nic.

Sus ojos dejaron caer una lágrima, no sabía si de pena, de angustia por el peligro en que veía a Brennan o, tal vez, de arrepentimiento por todo cuanto hizo desde que se dedicara a aquel siniestro oficio de vivir matando y matar para vivir. De su salvaje odio hacia la Humanidad entera. Si ahora ella no tuviese las manos

tintas en sangre, sus bellas manos, tan finas y delicadas, quizá pudiera arrodillarse ante Víctor y confesarle lo infame que era. Brennan la perdonaría, seguro, pero la indicaría el camino de su redención. La cárcel, y después sería otra nueva mujer; el amor esperándola, porque Brennan la esperarla.

Pero ni aun eso podía hacer. Catorce asesinatos, ejecutados a sangre fría, meditados, cobrando por ejecutarlos mucho dinero, no permitían esperar de la humana Justicia sino un solo castigo. Su alevosía, engaño, hipocresía, no era la ofuscación, la legítima defensa, el honor en peligro que una mujer puede alegar para matar. Era Nadia Kirova, alias «Lugger», bastante conocida ya en ciertos medios del hampa. Una «killer» a sueldo, empleada por los «boss» de ciertos «gangs». Suerte había tenido en escapar hasta ahora. Pero de eso a obtener lo que ella más hubiera deseado, mediaba un abismo. No había escape para ella. Ni posible perdón, ni redención. Las aguas de un río jamás remontan la corriente, hacia su nacimiento.

Brennan, tan pronto dejó a Nadia en su hotel de Washington Square, tomó un «taxi» y dio orden al chofer le llevase a Centre Street. Eran las doce menos cuarto y tal vez estuviese aún en su despacho el inspector Barnum.

No estaba aquella noche de guardia. Pero habló con el segundo jefe, Spencer, un hombre joven, recién ascendido al cargo, lleno de entusiasmo por su profesión y excelente camarada.

—Siéntese, Brennan —dijo, mientras le miraba fijamente—. Estamos ante un nuevo crimen, que creemos tiene relación con el anterior, en el que fue asesinado el pobre Vestry.

—¿Usted cree? ¿Ha intervenido el
F. B. I.

en este asesinato de Sturz?

—Ya lo creo. Los periódicos dan una versión amañada, en cierto modo, por nosotros. Mire —sacó de un cajón de la mesa de despacho un pequeño envoltorio, que deshizo—. Esta bala del calibre treinta y dos es la que se extrajo del cráneo de Vestry. De pistola automática, ¿eh? Mire esas rayas del cañón... Y mire esta otra, Brennan. Un proyectil exactamente igual..., con las mismas rayas. ¡Disparadas por la misma pistola! Esta bala es la que hemos

encontrado en el cráneo de Sturz. El asesino tiene la manía de tirar a la cabeza de sus víctimas. Es más seguro, desde luego, para un «killer», que no puede quedarse con la duda de que ha dejado con vida al sujeto a quien pretende matar.

Brennan, con la lupa que le entregó Spencer, miró atentamente las dos balas, que tenían iguales características, incluso las rayas producidas a la salida del cañón por las estrías del arma. Esto quería decir mucho, en efecto, y él lo comprendió así.

—¿Cómo es que ese asesino mata a Vestry, lo que parece un poco lógico, si se trata de un hombre al servicio de Nic, pero luego matar a Sturz, que es, o debe ser, el segundo de Nic Clinton? —inquirió después Spencer, guardando cuidadosamente las balas—. ¿Qué habrá ocurrido entre ellos para que se produzca semejante cosa?

—Luchas entre ellos, jefe —dijo, modestamente, Brennan, encogiéndose de hombros—. No es tan difícil que ocurran esas cosas. El segundo de un «boss» suele no contentarse con tal puesto, tan cercano ya a la jerarquía más elevada, al mando supremo del «gang». Si recordamos ciertos casos de luchas intestinas entre «gángsters», veremos que casi siempre son los «segundos» los que las provocan, en su afán de desplazar al «boss». Sturz se «desvió» seguramente y Nic le mandó matar. Esto lo hizo el mismo que asesinó a Vestry.

Spencer movió la cabeza, afirmando:

—Entonces, no hay duda que Nic tiene un «gang». Que las sospechas de Vestry eran ciertas y que por ello le costó la vida, cuando quiso profundizar en su investigación —dijo terminantemente, mirando con sus azules ojos a Brennan—. Y sin embargo, usted, Brennan, nada ha descubierto hasta ahora que nos ratifique en las sospechas de Vestry. ¿Cómo es eso?

Spencer no se mordía la lengua cuando había que exponer las cosas con claridad. Razonaba con rapidez y exponía con más claridad aún lo que pensaba. No pretendía nunca molestar ni zaherir, pero señalaba certeramente los fallos, tanto suyos como de los demás, para proponer inmediatamente un remedio a la situación. Brennan se le quedó mirando, perplejo, porque la pregunta del segundo jefe envolvía una acusación o, cuando menos, un deseo de que le explicase su actuación.

—Yo no he visto nada, jefe —repuso el joven, con sencillez—, porque nada había que ver, me parece. No me he infiltrado en ese supuesto «gang» y, por tanto, no conozco nada de él. Usted sabe que mis pesquisas se centran sobre Nadia Kirova, por si ella fue la que asesinó a Vestry. Recuerde que esa mujer fue la que cenó con el inspector y luego salió a la calle con él. Yo persigo el constatar si es culpable o no...

—Ya me ha dicho Barnum que usted no cree que sea culpable ella de eso —dijo Spencer, sonriendo—. ¿Cómo ha adquirido semejante certidumbre? Ella no tenía coartada. Lo ha negado y usted lo acepta, ¿no? ¿Puede bastarnos el que esa mujer asegure ser inocente y el que usted, sencillamente, la crea?

Brennan enrojeció. Spencer iba al bulto, como lo podría hacer un toro en un «rodeo», allá en Texas o Arizona. Y sabía buscar el sitio donde herir.

—Yo creo que es inocente porque no me ha dado indicio alguno de que no lo sea, jefe —contestó, secamente—. No parece tener tratos con Nic. La voy conociendo lo suficiente para poder ver que sus sentimientos no son los de una mujer criminal. Si lo hubiera sido, se habría eclipsado ya. Y sin embargo, no lo hace y sigue yendo al Paradise, haciendo, por otra parte, una vida que creo es decente. No veo en ella una mujer enfangada ni criminal. Pueden comprobarlo otros camaradas, como le dije al señor Barnum.

—Usted, como no ve, creé que nada existe, Brennan, y perdone mi brusquedad —murmuró, más suavemente, Spencer—. Pero sabe que ésta es una teoría falsa. Un ciego no puede dejar de caminar ni de moverse porque no tenga el don de la vista. Busca auxilios para suplir ese defecto. Cuando comenzamos una investigación, nada vemos ni sabemos. Estamos perdidos, desorientados. Pero más adelante distinguimos, nos orientamos y vamos a dónde nos proponemos. ¿Ha hablado usted con esa mujer acerca del asesinato de Vestry? ¿Sabe lo que hace cuando la deja usted? ¿Qué hace antes de ir a buscarla? ¿Sabe en qué consisten sus verdaderos ingresos, aunque ella diga que tiene rentas? ¿Ha comprobado esto? Ésta es su labor, Brennan, y sobre ello nada sabemos aún.

Brennan se sentía enfermo. Aquella ametralladora humana de acusaciones, tan justas, tan sencillamente comprensible que se las harían alguna vez, no fallaban el blanco. Era precisamente todo

cuanto él debiera haber hecho y no había llevado a cabo, con ser elemental en una investigación. Era terriblemente cierto que ella le dijo que era inocente y la había creído ciegamente. Y como lo había creído, llevado de su amor, no consideró necesario ahondar en el enigma que suponía aquella mujer.

—Pronto lo sabrá, jefe —repuso, con voz un poco ahogada, cohibida—. No lo juzgué preciso hasta ahora. Creo que es inocente y esto siempre hace que uno descuide la guardia, lo confieso.

—Tal vez el pobre Vestry descuidó también su guardia y eso le costó la vida, muchacho. Cuanto más hermosa es una mujer, es tanto más peligrosa, sobre todo si sobre ella hay antecedentes sospechosos.

—No veo tales antecedentes, jefe —replicó, prestamente, Brennan—. Ella fue amiga, conocida de Vestry. La Fatalidad hizo que la noche en que estuvo con él fuese asesinado. No veo otra cosa. La misma falta de coartada prueba su inocencia. Un asesino busca, ante todo, la forma de salir del acto sin dejar huellas. Podía figurarse que sin coartada, lo más seguro es que la encerrásemos hasta tener la seguridad de que era inocente. Y, sin embargo, no la presenta. Luego es inocente.

Spencer ahogó un suspiro de impaciencia. Brennan estaba enamorado de aquella Nadia Kirova, como ya le dijo Barnum. Él lo veía ahora también. La defendía con una extraña vehemencia, enrojeciendo de ira cuando la acusó a ella y cuando le acusó a él de no cumplir con su deber.

—Bien, bien, Brennan —dijo suavemente, pues le estimaba profundamente—; no obstante todo eso, haga lo que le digo. Investigue más a fondo sobre su vida, sus ingresos, lo que hace en su casa y cuando no está en ella. Después hablaremos. Buenas noches, muchacho.

Brennan salió de Centre Street jurándose que, cuando acabase con aquel enredo, abandonaría el

F. B. I.

Cuando les convenciese a Barnum y a aquel burro grosero de Spencer de que Nadia era inocente. ¿Qué sabían ellos lo que era la Psicología? ¿Qué entendían de estudiar a una persona por su carácter y reacciones, incluso por sus palabras, sin necesidad de acosarla a preguntas en un interrogatorio feroz, que ya predisponía

a la defensa instintiva? Él había visto la inocencia de Nadia en su mirada, en sus gestos, en sus palabras, en su carencia de malicia y perversión, tan afín a las personas enfangadas, temerosas y burladoras de la ley. No era una mujer encanallada, pese a sus muchos sufrimientos anteriores.

Se metió en la cama, ya cerca de las dos de la madrugada, dando puñetazos a la almohada, para colocarla bien. Arrojó la pipa al suelo, furioso, cuando vió que no tiraba bien. Hizo trizas una novela que comenzó a leer, porque hablaba de un inspector que todo se lo sabía. Y finalmente, cuando creía que se pasaría la noche sin dormir, cayó el sueño sobre él fácilmente, soñando con Nadia.

En su cama, Nadia no podía dormir, y ésta era la segunda noche que la sucedía aquello. Estaba pensando cómo libraría a Víctor de aquella terrible amenaza de muerte que pesaba sobre él, no solamente si evitaba que aquel «killer» de Nic lo pretendiese matar, sino después, las sucesivas intenciones de Nic por lograrlo, sin quizá decirle a ella nada. Esto sería lo peor. Que no lo supiese, para correr en auxilio de su adorado Víctor.

Se vistió a las nueve y media, cansada mucho más de lo que estuviera la noche anterior.

Pero decidida, resuelta a luchar por Víctor hasta la muerte. Ya tenía pensado algo de lo que haría en adelante...

A las diez y cuarto montó en su «Hudson». Dejó en el asiento de al lado su bolso de piel, en el que iba la «Lugger». Y partió hacia el Norte, hacia el lejano puente de Triborough sobre el río East, allá en los Harlems.

Tercera Avenida arriba, pasó por el Harlem italiano, con sus gesticulantes habitantes, sus tiendas típicas y la habitual suciedad.

Entró, por la 125th Street, en el puente, muy concurrido. En la mitad, aproximadamente, detuvo el coche, bajando el cristal de la ventanilla y contemplando los remolcadores y barcas que navegaban por el sucio río. La isla de Randall, al otro lado, aparecía verde, con sus «chalets», sus «links» de golf, sus pistas para el tenis. Miró la hora en su reloj de pulsera. Eran las once.

—¿Es usted Nadia? —preguntó una voz a su lado.

Tenía cierto acento extraño, italiano tal vez. Nadia volvió la cabeza, sobresaltada. Un hombre bien trajeado, de mediana estatura, de rostro moreno, simpático, y ojos negros, profundos,

sonreía cínicamente, sombrero en mano.

—Soy Nadia, sí. Suba, aquí, a mi lado. Dé la vuelta...

El hombre dio la vuelta al coche y penetró en él, sentándose al lado de la joven, que lo miró de pies a cabeza. Después puso en marcha el motor y arrancó lentamente hacia la isla, al otro lado del puente.

—Me ha enviado Clinton para cierto encarguito... —dijo él, sacando un paquete de cigarrillos y ofreciendo uno a Nadia, que lo rechazó con un gesto—. He de hablar con usted, según me ordenó. ¿Es usted del «oficio»? Nunca creí que una mujer... Bueno; desde luego, usted lo hará mejor. Es estupenda, amiguita. Empleará argumentos especiales para llevar al matadero sin que la víctima rechiste...

Nadia no contestó.

—Me llamó Vellino, Giuseppe. Y estoy verdaderamente encantado con haberla conocido. ¿Y usted? —Ella seguía silenciosa, conduciendo el coche como si nadie fuese a su lado—. Orgullosa y todo, ¿eh? —Siguió él, sonriendo burlescamente—. No crea que voy a ir con el cuento a Nic si usted es un poco amable conmigo, ¡caramba!... Hasta podríamos ser socios, trabajar juntos. Es una idea estupenda eso de que una mujer sea «killer». ¿Cuántos lleva «ejecutados»?

Salieron del puente y Nadia, callada como una esfinge, se metió por una carretera que iba hacia el Norte.

—Cuando nos bajemos, en un lugar solitario, hablaremos —dijo al fin, con voz mordiente, llena de desprecio y odio—. Mientras tanto, lo mejor que puede hacer es no decir tonterías. ¿Quién le ha dicho que yo soy eso?

—¿Quién? Pues Nic —afirmó Vellino, encogiéndose de hombros—. No crea que eso me asusta, encanto. Pero no se crea tampoco que la considero como una señorona, ¿eh? Somos de la misma camada, amiguita. Y conmigo hay que ser amables, corteses. Tengo especialidad en el cuchillo y alguna mujer lleva en la mejilla una señalita para mientras viva, precisamente por querer hacerme de menos o negarme un beso. Eres hermosa, Nadia... ¿Rusa?

El coche pasó ante un extenso campo, quizá dedicado al golf. Estaba desierto. Lejos, sonaban detonaciones intermitentes. Nadia conjeturó que por allí había algún terreno en el que se tiraba al

pichón o los platos. A su lado, aquel asesino a sueldo la estaba hablando de sus conquistas, de cuántas muertes llevaba sobre su conciencia, piropeándola groseramente.

El terreno estaba acotado. Sonaban más cerca las detonaciones de escopeta. Nadia sonrió infernalmente. Vellino creyó que reía por un piropo suyo y la cogió un brazo, acariciándoselo. Ella le dejó hacer, mientras su sonrisa se acentuaba.

Detuvo el coche. Y con un gesto le invitó a bajar, mientras abría la portezuela de su lado, bajándose también.

—Éste es buen sitio, Vellino. Aquí podemos hablar tranquilamente —dijo Nadia—. Iremos andando, ¿eh? Como dos esposos que están tomando el sol.

—Como dos novios, por ejemplo, preciosa —contestó enfáticamente, Vellino, intentando cogerla de un brazo.

Nadia se desasíó, mirándole con odio infinito.

Estaban en pleno campo, desierto. Lejos se veían unos «chalets». A la derecha, la tapia del campo del tiro de pichón. Sonaban muchos disparos.

Nadia bajó a una especie de hondonada, siguiéndola Vellino, que la contemplaba como extasiado de su belleza, de su espléndido tipo. Le volvió la espalda, como azorada de él, de sus miradas. Y sacó su «Lugger» rápidamente, ya quitado el seguro. Los disparos sonaban...

—Bien, encanto, vengan esas instrucciones. ¿Qué te pasa? ¿Es que te asusto? —dijo Vellino, que se había sentado sobre el césped—. Ven aquí.

Nadia se volvió rápidamente. Fue un segundo el que tardó en enfilarle con la «Lugger» y disparar. Vellino estaba sonriente, y sonriente recibió la bala en la misma frente, en el centro, cayendo hacia atrás por la fuerza del proyectil. Manoteó, estirando las piernas, mientras Nadia le apuntaba aún, por si hacía falta disparar de nuevo. Los disparos del campo de tiro sonaban constantemente y por encima de la tapia se veían los platos, trazando un amplio arco, brillantes al sol.

Guardó la pistola en el bolso. Le miró fijamente. Estaba muerto. La sangre le cubría el rostro. Los ojos estaban terriblemente abiertos, como asombrados. Y sonreía aún, mostrando unos dientes ennegrecidos por el tabaco.

Anduvo con paso reposado, sin mirar atrás. Desde la carretera no se veía la hondonada donde estaba Vellino. El ruido de la «Lugger» no se debió oír, confundido con el de las escopetas de caza. Todo había salido bien. Tenía suerte...

Montó en el coche y pasó de nuevo por el puente de Triborough hacia los Harlems. La Tercera Avenida, después, siempre hacia el Sur. Ahora había que pensar en Nic. Lo que tenía que decirle. Y saber si él seguía con su idea de querer que se matase a Brennan, el adorado Brennan. Por él, otro crimen más. Bueno; un crimen que evitaba otro, terrible. Entre un asesino a sueldo y la vida de Brennan la elección no era dudosa. Entre un hombre de bien y un asesino.

VIII



RENNAN, sentado en el gabinete de Nadia, esperaba el regreso de ésta. Las palabras del inspector Spencer, la noche anterior, las tenía como clavadas en el cerebro. Eran una apelación al cumplimiento del deber, aun por encima del amor y de todo otro prejuicio. Mientras fuese agente del F. B. I.,

solamente el deber y nada más que el deber.

Y allí estaba, dispuesto a cumplir con su deber, reconociendo que el amor por ella se lo había impedido considerablemente. Había estado ciego, vencido por la pasión hacia ella, y aquella ceguera de amor le impedía ver otra cosa que no fuera su inocencia. No bastaba esto, según dijo Spencer, y tenía razón. Un enamorado nunca puede ser un buen juez, justo y ponderado, si ha de juzgar a

su amada. Pero había que serlo...

A las doce y media, Nadia entró en el gabinete, quitándose el gabán de pieles, sofocada, los ojos con una extraña mirada, como enloquecidos, asustados. Brennan lo observó y se estremeció. Nunca había visto en ella aquella siniestra mirada, llena de crueldad.

—¡Víctor! —exclamó ella al verle, asombrada. Y una sonrisa de inmenso alivio y alegría se reflejó en su semblante—. ¡Qué alegría, cuando no esperaba verte hasta la noche!

Brennan la miró escrutadoramente, haciendo terribles esfuerzos para imponer en su papel de investigador que quiere descubrir la verdad, en un extraño y difícil caso sometido a su análisis. Recibió el beso de ella con perfecta tranquilidad y el que se sentase sobre uno de los brazos del sillón que él ocupaba, acariciándole el pelo mimosamente.

—¿No tenías que trabajar hoy por la mañana? —preguntó ella, con su dulce voz, en la que el inglés tenía un ceceo gracioso al hablar—. ¿O es que ya no puedes estar sin tu Nadia? Esto me pasa a mí, y no creas que me da vergüenza decírtelo.

—¿De dónde vienes, Nadia? —preguntó Brennan seriamente, y levantó la cabeza para mirarla.

Ella se atusó el pelo, apoyando la mano izquierda en un hombro de él.

—De mi paseo matutino. Necesito tomar el aire, respirar un poco mejor que aquí, en este Nueva York infecto... Por los alrededores.

Brennan la creyó. Pero no debía dar entero crédito a sus palabras, si tenía que actuar como investigador. Una cosa era el amor y otra el deber.

—Oye, Nadia —murmuró él con una extraña voz, indecisa—. No me has dicho nunca que te viste un poco mezclada en el asesinato de un inspector del

F. B. I.,

hace como quince o veinte días. ¿Cómo no me lo dijiste? Fue antes de conocernos...

Nadia palideció. Su astucia corría parejas con su belleza. Y comprendió que, siendo él agente del

F. B. I.,

era ahora cuando comenzaba a actuar el policía, dejando a un lado

al enamorado. Suponiendo que alguna vez hubo un enamorado y no un farsante que pretendió por aquel medio captarse su confianza.

—¡Oh! ¿Lo sabías? —murmuró, con acento intrascendente, entregada a su tarea de atusarse el pelo—. ¿Quién te lo ha dicho?

—Un camarero del Paradise, hace días. —Brennan se iba imponiendo en su papel, mintiendo para sacar verdad—. ¿Es cierto eso? ¿Qué fue lo que pasó?

—Yo no tuve intervención alguna en ese asesinato, como comprenderás. Aquel hombre frecuentaba el Paradise y trabó alguna amistad, mejor conocimiento superficial, conmigo. Llegó a decirme que me amaba. Por eso no te lo quise contar antes, Víctor. Esto es penoso y vosotros, los hombres, siempre sentís celos de los anteriores novios que haya podido tener una mujer o, simplemente, de sus escarceos o «flirts». Bueno..., pues aquel hombre fue asesinado una noche en que él y yo nos despedimos en la puerta del restaurante. Nada de particular, como ves. Y el

F. B. I.

me llamó para preguntarme lo que supiese. No sabía nada más que lo que te he dicho, y me dejaron en paz. Nunca le amé, Víctor mío, si es eso lo que te interesa saber.

Brennan sonrió. Su corazón también debió sonreír, contento en su amor por Nadia. ¿Por qué desconfiar de ella, cuando hablaba con aquella tranquila sinceridad, y si algún temor revelaban sus palabras era por si él, Víctor, se sintiese celoso? Era enternecedor, en efecto, que ella lo hubiese callado por no lastimarle al referirle que hubo un hombre que la pretendió.

—Aquel inspector murió en uno de los senderos por donde estuvimos nosotros, en Henry Hudson Parkway anoche, ¿recuerdas? —Siguió Brennan, en tono pausado, bien meditado—. Es curioso... Allí, en efecto, se puede asesinar a cualquiera con impunidad. Figúrate, querida, si cuando me dijiste que me alejase de ti por aquello, hubieras sacado una pistola de tu bolso y me hubieses metido una bala en la cabeza, como con aquel inspector...

Nadia se alejó de él y fue a sentarse en otro sillón, frente a frente de Brennan. Le contempló cara a cara, intentando leer en su rostro, de facciones serenas, y en su mirada tranquila, lo que pensaba. Y no contestó a la reflexión de él.

Brennan esperó en vano las palabras de ella. Estaba sacando un

cigarrillo del estuche, en la mesita de al lado, y lo encendía con estudiada calma, lanzando después el humo violentamente.

—Un periodista me ha dicho que el arma que mató al inspector del

F. B. I.

es la misma que disparó sobre ese Sturz, el socio del dueño del Paradise. Ya sabes que la Policía lo puede saber por un examen especial en las mismas balas. El rayado del cañón deja ciertas señales que no fallan. Son las mismas siempre. ¿Sabías tú esto?

—¿Lo de las balas, o al que esa arma se empleó en los dos asesinatos? —preguntó Nadia, con encantadora sonrisa—. No puse excesiva atención en esas cosas, querido. Me falta tiempo para quererte lo que yo desearía...

Brennan también sonrió. No había notado en ella ni un fruncimiento de cejas, ni la más leve palidez, ni un asomo de inquietud en el rostro o la voz.

—Una cosa quiere decir lo mismo, Nadia —expuso él, pacientemente—. Con toda seguridad que el asesino es la misma persona. Hay asesinos que enloquecen. Parecen no poder vivir sin matar. La Psicología es buena cosa para conocerlos. Y creen que jamás caerán, que serán descubiertos. No saben que esa misma ansia de matar es la que les pierde. Como un borracho o un morfinómano, que supone puede ocultar su vicio a las miradas de los demás. Suelen ser personas dementes, por lo general. Maníacas, taradas... Hay asesinas que casi siempre, o siempre, llevan la pistola o el cuchillo en un bolsillo o en el bolso. Como tú o yo llevamos los cigarrillos o el pañuelo para cuando los necesitamos.

Se levantó Brennan del sillón lentamente. Nadia le miraba, ahora un poco pálida, con extraña atención, como cautivada por lo que decía él. E instintivamente, su mano cogió el bolso, que dejara sobre la cercana mesita. Brennan le daba la espalda, mirando Washington Square por la ventana. Cuando se volvió, vió que tenía ella el bolso sobre su regazo. Había sacado de él un espejito y una barra de carmín y se lo aplicaba sobre los labios.

Pensó Brennan después lo que pesaba aquel bolso, cuando lo cogió estando en el coche, y la extraña forma que notó tenía un objeto que guardaba en él. No dio con lo que pudiera ser, aquella noche, pero lo recordaba ahora perfectamente: una pistola

automática, tal vez. Con el cañón cilíndrico, en vez de achatado, aplastado, largo. Y su corazón pareció sublevarse, indignado, dolorido, ante tal sospecha. Porque si pensaba que ella pudiese llevar una pistola siempre en el bolso, ¿cómo contener la catarata de las subsiguientes sospechas? ¿Cómo evitar el pensar que ella llevó a Vestry a aquel sendero de Henry Hudson Parkway y le mató, empleando aquel truco de que él se adelantase un poco, para ponerle bien a tiro? ¿Cómo no pensar en que él corrió un terrible peligro, mortal, cuando fue invitado también a adelantarse en aquel sendero? Ciertamente que no disparó sobre él, porque le amaba, pero la reacción de ella, después, fue tremendamente emotiva, con su explosión amorosa repentina, cual si hubiese conseguido salvarse de aquel espantoso deseo de matarlo.

Se miraron ambos, y se sintieron cohibidos, bajando a la vez la mirada. Una especie de telón de hielo parecía separarlos, invisible, pero efectivo. Como cuando dos personas se saben descubiertos en un mismo y penoso pensamiento por el otro. Nadia ya sabía que él estaba intentando lanzarla a una confesión. Y Brennan iba aceptando, con inmenso dolor de desengaño, una terrible verdad. Aún se resistía a ello. Su espíritu analítico, tranquilo, justo, ponderado, le sugería todavía numerosas objeciones a la definitiva conclusión. Y su amor por ella aportaba igualmente feroces negativas, desgarradoras protestas y súplicas ante el bien que iba a perder. Amor o deber...

—Me marcho ya, querida —dijo él, lanzando un suspiro, como si estuviese aburrido, fastidiado—. Es la hora de ir a casa —miró su reloj de pulsera—. ¿Hasta la noche?

—Hasta cuando quieras, amor mío —se levantó ella, sonriente, más dueña de sus nervios—. Si quieres comer conmigo...

—Gracias. He de trabajar después. Hasta la noche.

Se besaron fríamente. Ella le acompañó hasta la puerta llevando consigo el bolso. Brennan lo observó y una amarga sonrisa plegó sus labios.

Nadia volvió a su gabinete lentamente, inclinada la cabeza con tristeza. Ahora sí que sabía que él la quería con toda su alma. Porque Víctor lo sabía todo absolutamente; que era una asesina, y sin embargo, su amor por ella le impedía cumplir con su deber. Lo había visto en su mirada, en las palabras que pronunció, tan

medidas y al mismo tiempo tan expresivas. La había visto cuando él contemplaba su bolso, y cómo ella temerosa de que se lo cogiera y viera su contenido, lo cogió y lo tuvo encima. Víctor lo sabía todo y la había demostrado que lo sabía, pero no la detuvo ni la habló como debiera hacerlo un policía. Era un corazón de oro el suyo, esclavizado por el amor.

Cuando terminó de comer, sin apetito alguno, volvió a su gabinete. Encendió la chimenea, pues sentía frío, aunque no sabía si era físico, en sus carnes, o en lo más hondo de su alma atormentada. Había luchado, aquellos últimos quince días, por su felicidad, que creyó podría poseer y a la que jamás renunció. La muerte de Sturz y de aquel «killer» italiano habían sobrevenido exactamente por defender su naciente felicidad, amando y siendo amada por Víctor. Hubiera seguido matando indefinidamente por su felicidad, por preservar la vida de él. Quiso matarle ella y no pudo. Se hubiera matado a sí misma. Y ahora la felicidad apenas entrevista se iba a derrumbar, a desaparecer...

Su pensamiento se fijó después en Nic Clinton, con su idea fija de que había que eliminar a Brennan porque era agente del F. B. I.

y suponía un peligro terrible que estuviese enterándose de sus manejos mientras cortejaba a Nadia. Nic no se daría por conforme con que ella hubiese matado al asesino italiano, por muchas explicaciones que le diese. Buscaría otro «killer», otros más, y seguramente sin decírselo a ella. Un día, Víctor caería bajo las balas traidoras de aquellos asesinos. Nic era el enemigo peor de Víctor, el más solapado. Ella ni siquiera le había dicho que se guardase del «boss»; mintió cuando le dijo que no tenía tratos con él y que hasta suponía que Nic era inocente de todo delito.

Tenía que rectificar aquella conducta inmediatamente. Nic no podía mandar que asesinasen a Víctor. Ella no había matado a dos hombres, por evitar que él sufriese una muerte alevosa, para dejarle hacer ahora a Nic lo que quisiese. Si Clinton tenía tales ideas, había que exterminar su cerebro, que las concibiera. Una bala alojada allí, en aquella cabeza, se encargaría de aquella misión.

El timbre de la puerta, sonando lejos, al otro lado de la casa, cortó sus pensamientos. Y la inquietud hizo que se estremeciese de pies a cabeza. ¿Enviaría Víctor a alguien del

F. B. I.

para detenerla, si a él le faltaba valor para hacerlo? Éste sería su pensamiento tremendo cada vez que el timbre de la puerta sonase, cada vez que un hombre, en la calle, se acercase a ella; cada vez que entrase ella allí, en su casa, con la suposición de que la estaban esperando unos hombres para llevársela. La angustia de aquel que está perseguido y que sabe no tiene escape.

El jadeo de Nic la devolvió la tranquilidad. No era más que Nic, que se presentaba, como si hubiera podido oír la llamada de ella, el deseo de verla para...

—Pensé que quizá no estuvieras —dijo él sonriéndola empalagosamente—. Tenía ganas de hablar contigo, saber qué ha ocurrido con ese tipo... —Se acercó a ella y la besó con cierta timidez. Se sentó después, respirando fuerte, con agitación—. Estás deliciosa, Nadia. Muy ojerosa...

Ella le miró largamente, apretados los labios por la rabia.

—¿Qué tipo es ese que me enviaste, Nic? —dijo con frases hirientes, plenas de dureza, rabiosas—. ¿Sabes lo que he tenido que hacer con él?

—No comprendo, hijita... —murmuró Nic azoradamente, muy abiertos los bovinos ojos mientras manoteaba con nerviosismo—. ¿Qué ha hecho? ¿Te ha ofendido acaso? Yo le...

—¡Tú le...! —bramó ella, lívida de coraje—. Tú le dijiste que yo era, que soy eso..., lo que él. ¡Eso le dijiste tú, mujerzuela charlatana, comadre, cerdo asqueroso! ¡Eso es lo que me quieres! Diciendo a todo el que te quiera oír que yo mato a cambio de una remuneración... Y se lo dices a un bandido que en cuanto me ve me lo suelta, como si ya pensase en hacerme víctima de un chantaje. ¡No me ofendió él, sino tú, con tu lengua de reptil!

Nic, atónito, de color escarlata su rostro de forma de pera, movía los labios nerviosamente, sin poder pronunciar palabra. Estaba al borde de la apoplejía.

—¡Condenado! —Pudo al fin exclamar, apretando los puños furiosamente—. ¡Me las pagaré! Yo, queridita, le tenía por hombre de confianza. Y hasta suponía que sabía lo que eres, lo que has hecho, y lo comenté con él sin malicia alguna, te lo juro. ¡Pero ese hombre no verá el sol de mañana, como me llamo Nicholas!

—Seguro —contestó Nadia, sonriendo infernalmente—. Ya me

he cuidado yo de que eso sea una realidad. Si no lo han retirado, aún estará tomando el sol en la isla de Randall, al lado del tiro de pichón, con un bala en la cabeza.

—¡Le has matado! —exclamó Nic, con sincero y alegre asombro—. ¡Bien hecho, queridita, bien hecho! Me has ahorrado un trabajo enojoso. Y ahora —se levantó para ir a sentarse al lado de ella, en el sofá— perdóname, Nadia de mi vida... Te juro que hablé sin saber lo canalla que era ese asqueroso italiano. Yo creía que lo sabía, y uno lo comenta... —La cogió ambas manos torpemente, besándolas. Ella le dejó hacer, como enfurruñada aún, pero mimosamente—. Te debo una reparación. ¡Oh, ya procuraré que quedes contenta! Sé cuáles son tus gustos... No me importará nada, te lo aseguro, arruinarme por ti. He visto algo en «Teoffany», en la Quinta Avenida... Esmeraldas como nueces, para tu garganta maravillosa...

Nadia seguía enfurruñada, aunque ya mucho menos. Hacía esos graciosos movimientos de los niños mimados, que se acercan y luego se separan de la madre mientras gruñen ininteligiblemente. Nic, evidentemente, no podía resistir semejante fascinación, y no la resistió. Era demasiado inteligente y demasiado bella para él.

—¿Me llevarás a merendar por ahí, y luego a «Teofanny»? —preguntó ella, cuando sobre su rostro posó él sus labios cerdunos media docena de veces—. Conste que yo no te lo he pedido, ¿eh? Me debes una reparación, eso sí que es verdad. Pero no te haré gastar mucho. Voy considerando que tu dinero es ya de los dos y debemos mirar de no derrocharlo.

—Diré al empleado que te enseñe las joyas, sin decirte lo que valen —arguyó él en tono protector, hinchado de orgullo—. Vamos a recomenzar el negocio de las drogas. Creo que el

F. B. I.

se está rompiendo la cabeza, buscando por otras partes y en otras personas lo que le interesa. Conmigo no pueden. Y, a propósito: el caso de Brennan no puede quedar así. Ese imbécil jovencito es el único que me preocupa. Tú deberás de encargarte de él, Nadia. No me fió de ningún otro «killer». Es decir, ya te avisaré... —sonrió perversamente—. No te ocupes de él.

Nadia comprendió lo que Nic pensaba. Iba a hacer por eliminar a Brennan sin que ella interviniese: sin decirla nada. Y cuando todo estuviese hecho, comunicárselo alegremente. Nic tenía la manía, en

parte justificada, de que Brennan era el peligro latente, dispuesto a darle el mayor y peor disgusto de su vida. Y que había que suprimirlo, por lo tanto.

—Mejor si tú puedes resolverlo sin mí —afirmó ella indiferentemente—. Voy estando cansada de hacer eso. Y si tú, como me has prometido, vas a... quererme mucho, es justo que me evites el que tenga que ganarme la vida de esa manera.

—Naturalmente. Ahora, vámonos, hermosa mía. Tengo mi coche ahajo...

—No quiero sino que vayamos los dos solos, Nic querido. Me molesta hasta la presencia de tu chofer. Iremos en el mío. ¿Para qué llevar testigos de nuestra felicidad, di? Al menos, por ahora... —Le miró arrebatadoramente, pasándole una mano por la amplia sotabarba rosada. El lanzó un suspiro equivalente a un berrido.

—Voy a arreglarme —siguió ella, señalándole un sillón—. Duerme una siestecita mientras tanto, encanto...

Fue al cuarto de baño y rápidamente se arregló. En su alcoba, se vistió con la misma rapidez, sin cuidarse de lo que se ponía. Después, cogió su bolso y sacó la «Lugger», contemplándola pensativamente. Brennan había dicho aquello sobre las balas del mismo calibre y las señales, las mismas, que acreditaron que fue la misma arma la que mató a Vestry, a Sturz y después al italiano «killer», cuando descubriesen aquel nuevo homicidio. Había que emplear, por lo tanto, otra arma.

La tenía. En un estuche, en el fondo de un cajón del armario, estaba un revólver niquelado, pequeño, del calibre 22. Era muy seguro, sobre todo si se disparaba desde corta distancia. Lo guardó en otro bolso distinto del que solía usar. Y fue en busca de Nic, que, efectivamente, estaba dando cabezadas, al calorcito de la chimenea, cómodamente sentado.

Sonrió burlonamente, al despertarle con un beso en la coronilla.

—Despierta, bonito mío... Luego podrás dormir cuánto quieras. Toda una eternidad..., Vamos a dar un paseo al aire libre. Después, a «Teofanny».

Nic gruñó, despreciándose. Sé levantó y la miró, admirado de su belleza. Tendió sus brazos, pero ella, riendo, le esquivó.

—¿Dónde quieres que vayamos? —preguntó él cuando despidió su coche y estuvieron sentados en el «Hudson» de ella.

—Al campo, lejos de esta asquerosa ciudad donde me ahogo —replicó ella en tono agrio, aburrido.

Nic no obstante, tener solamente treinta y ocho años, parecía un viejo al lado de ella. Su gordura fofa, su rostro abotagado, de colgantes mejillas, con la sotabarba rosada; sus ojos, siempre acuosos, con las bolsas, que parecían llenas de lágrimas, debajo de ellos, decían bien a las claras su vida de disipación. Y cuando el coche llevaba cinco minutos deslizándose por las calles, hacia el puente de Manhattan, él comenzó de nuevo a adormilarse, mecido por el leve traqueteo de la marcha.

Nadia le miró con profundo odio. Odiaba a todo aquel que odiase a Víctor Brennan. Hasta se odiaba a sí misma por no ser digna de él; por no poderle ofrecer un amor limpio, con una conciencia inmaculada, de mujer pura. Cuando en ella todo se derrumbaba, moralmente, surgía de su corazón una sensación única y absolutamente dominante, que era su amor por él. Como la postrera llamarada de un incendio depurador, en el que nada se salvó a no ser el pobre corazón.

Cruzó el coche el puente de Manhattan. El fragor de la circulación despertó a Nic, que abrió los ojos un poco sobresaltado.

—¿Dónde vamos, querida? —murmuró arrellanándose de nuevo en el asiento, al lado de ella y cerrando los ojos nuevamente.

—A dónde puedas estar tumbado, descansando, descansando, descansando... —dijo ella lentamente, con voz reconcentrada e irónica—. Tienes sueño y debes dormir, dormir, dormir...

Nic sonrió plácidamente, sin apenas oírla. Entre dientes, murmuró:

—Hermosa, hermosa, hermosa... Cuanto más lo digo... más lo eres.

Penetraron en Flatbush, por Fort Greene Park, siguiéndolo hasta el cruce con Fulton Street, y allí Nadia empujó con el pie el acelerador, lanzando al «Hudson» a toda velocidad. La pista era recta, amplia, con cuatro andenes, y se podía correr hasta las sesenta millas por hora.

Todo Brooklyn, de oeste a este, recorrió el coche a una velocidad casi uniforme. Lejos todavía, apareció la colina de Cypress, con los árboles que le daban nombre, donde había un cementerio, anejo a Highland Park. Para llegar allí, desvió el coche por Jamaica

Avenue.

—Hemos llegado, querido —le hizo cosquillas en la punta de la nariz con un dedo enguantado—. Nic..., que hemos llegado, querido.

—¡Oh, qué lata! —gimió él abriendo los ojos—. ¿Dónde estamos? —Miró a su alrededor con cierto asombro, sin terminar de despertar—. ¡Cipreses! Oye, ¿qué es eso? ¿Un cementerio acaso?

—Desde aquí se ven unos paisajes estupendos, Nic —contestó ella, sonriendo con dulzura—. Bájate y estira las piernas, hombre. Anda, no seas remolón.

Le ayudó a bajarse, pues estaba pesado, perezoso, gruñón. Ella miró a su alrededor inquisitivamente. El parque de Highland estaba tan desierto como el mismo cementerio. El día era más bien frío, y un viento seco, aullador, cortaba la cara.

—Aquí no hay forma de estar, oye —dijo Nic de mal humor, subiéndose el cuello del gabán—. Mira, vamos a un sitio acogedor y no tan lúgubre. Qué idea la tuya, niña...

—Nic, escucha —le cogió de un brazo para evitar que subiera al coche de nuevo—: quería preguntarte si verdaderamente piensas eliminar a Brennan.

—Naturalmente. Pero ya te he dicho que no te preocupes de eso. ¿O es que quieres hacerlo tú? ¿Tienes más sed de sangre?

—Tengo más sed de sangre, sí. Nic, no te metas con Brennan —ella hablaba con acento seco, breve, rudo—. Si me das tu palabra de no meterte con él...

—¡Hola, hola! —exclamó sarcásticamente Nic, sonriendo con malicia—. Esas tenemos, ¿eh? Te gusta el niño guapo, vaya...

—No me gusta. Te quiero a ti, pero me da lástima que le maten. Ha sido noble, leal. No nos ha denunciado, sabiendo lo que sabe...

—¡Di que estás enamorada de él y dirás la verdad, hipócrita! —rugió él, celoso—. Si me lo figuraba que estabas encaprichada de él. Y pensaste que Nic te daría mucho dinero, a costa de unos cuantos mimos, para gastarlos alegremente con él, con ése «gigoló». ¡Pues estáis listos los dos si creéis que yo sirvo para hacer ese papelito! ¡Esta misma noche!... —calló cuando vio que Nadia, lívida, con la faz espantosamente contraída, llameando sus negríssimos ojos, daba unos pasos atrás mientras abría lentamente su bolso. Una culata nacarada cogió con su mano derecha. Fue apareciendo el revólver

de corto cañón, niquelado.

—Tú lo has querido. Nic —dijo ella lentamente, apuntándole con la pequeña arma—. Me has hecho comprender que, mientras vivas, Brennan correrá peligro. Peor para ti, Nic. Porque le quiero con toda mi alma y por él maté a Sturz, al italiano..., y ahora a ti.

—¡Nadia! ¡Nadia, querida! —gimoteó Nic, horrorosamente pálido, sollozando ya—. Pero todo se puede arreglar... Yo no sabía que tú... hasta ese extremo. ¡Querida «Lugger», piensa que!...

Nic hizo lo que menos debió hacer. Pretender huir de ella. Nadia le hubiera querido matar, pero también habría dejado de hacerlo si él la hubiese prometido, formalmente, no meterse con Brennan. Por eso se lo suplicó antes. No quería matar ya. Cada vez que lo hiciera la distanciaría más de Víctor, y no quería matar más. Ahora, al verle huir, espantosamente acobardado, gritando como un cerdo herido de muerte, queriendo llamar en su auxilio, Nadia sintió que la sangre la hervía, desatando sus instintos asesinos.

No hizo más que girar sobre sus pies, siguiéndole con la mirada, bajo el fuego del arma. Y disparó dos veces seguidas.

Nic, alcanzado en la cabeza, que la llevaba descubierta, dio un traspies grotesco, extendió los brazos, lanzando un débil aullido, y fue a caer sobre la hierba, de bruces, sonando sordamente su cuerpo al choque.

Estaba boca abajo y por la nuca enorme, como un morrillo de res vacuna, bajaba la sangre a borbotones. Los dos balazos habían hecho blanco.

Le tomó el pulso, mirándole a la cara. Estaba muerto.

—Duerme, duerme... —dijo soltándole la muñeca—. Para eso te traje aquí.

Fue aprisa al coche, mirando alarmada a su alrededor. Todo estaba desierto en derredor. Y el ruido de los dos disparos apenas si debió oírse, dado el pequeño calibre del revólver.

Arrancó y echó una mirada a Nic, que parecía estar dormido, en efecto, con la cabeza apoyada sobre los antebrazos unidos, boca abajo. Solamente su prominente nuca aparecía roja, escarlata, brillando siniestramente al sol.

IX



L «taxi» dejó a Brennan en la 142nd Street, en lo más pobre y hosco del Harlem negro. Donde se podían ver cien individuos de color por cada blanco. Allí las casas eran ruines, miserables, propias del miserable «slum» negro, cien veces más miserable y pobre y siniestro que el Harlem italiano.

Llamó con la mano a la puerta de una casucha que, al menos, tenía la fachada encalada y en cuyas dos ventanas había varios tiestos con plantas y flores. Fijado en la puerta, pintada de verde claro, había una imagen del Sagrado Corazón, de hojalata. Al lado, en una plaquita de bronce, muy brillante, un rótulo: «Paúl Savory. Sacerdote católico».

Una mujeruca, como de sesenta años, sin dentadura y por ello sumidos los exangües labios y mentón, le abrió esbozando una

cordial sonrisa.

—¡Vaya, vaya! —exclamó con voz cascada, cariñosa—. Nuestro hijo pródigo, que vuelve. Pase, pase, Víctor...

—Buenas tardes, Tess —dijo Brennan, sonriendo y dándola una palmada en la espalda—. ¿Está el querido viejo?

—Está, está... ¡Señor, señor! —gritó la anciana mientras se secaba las rugosas manos con el delantal—. Mire, pase, hijo. En su gabinete, reza que te reza, que va a enloquecer de tanto pedir que acabe la miseria entre estas gentes gandulonas. ¡Jesús, qué hombre!

—¿Quién es, Tess? —gritó adentro una voz llena, metálica.

—Víctor, querido viejo —contestó Brennan mientras iba por un pasillo—. ¡El

F. B. I.!

El padre Savory era alto, seco, de ojos muy metidos en las grandes cuencas, desde donde lanzaban como llamaradas de bondad y compasión. Vestía muy modestamente; el negro traje, raído, amarillento, pero limpio, con el alzacuello igualmente decoroso, limpio, brillante de tanto cepillarlo.

—¡Ah Víctor! —exclamó, tendiéndole la mano, sonriente—. Gracias a Dios, hijo. Uno no sabe qué hacer con un amigo que se está jugando la vida a todas horas. Proporciona infinitas inquietudes, en verdad. Bueno, siéntate —le señaló un viejo sillón, junto al en que él se sentaba. La estancia era sumamente modesta, con muebles antiguos, apolillados. Todo tan modesto que rayaba en lo pobre.

—Fuma —le tendió un bote con tabaco de hebra para pipa, y una caja de cigarrillos—. Me lo han regalado y estoy de enhorabuena. En fin, hay almas buenas aún, Víctor. ¡Tess! ¡Tess! —gritó con voz ronca—. ¿Habrá un poquito de café para festejar esta visita?

—Sí, sí, señor. Ahora mismo —contestó Tess desde la cocina.

—Déjelo, padre. Bueno, usted no está mal —le miró con afecto, sonriendo, apoyados los brazos sobre la mesa-camilla. En la chimenea, unos leños de maderas de derribo ardían crepitando fuertemente—. Buena salud, ¿eh?

—Perfecta, perfecta. Con un apetito, ¡ay!, excesivo —contestó el padre Savory moviendo la cabeza irónicamente—. Tú estás como siempre... Quizá parezcas más, no sé cómo...: más hombre, más

grave en tu continente, en tu rostro. Pienso que tu profesión actual, en el

F. B. I.,

os hace vivir intensamente, entre el peligro, la responsabilidad... Dura vida, ¿verdad?

—Sí. Dura vida —contestó Brennan serenamente mientras llenaba su pipa con aquel tabaco fuerte, casi negro—. Tan dura como la suya, viejo. Pero era más dura aún en Filipinas, ¿verdad?

—Claro... Uno se queda asombrado de haber podido, felizmente, salir de aquellos horrores, gracias a Dios, ¿verdad? Tantas balas silbando, y que no recibiese uno ni el más pequeño arañazo, con tantos hijos de Dios como caían alrededor. Bien, bien, Víctor... Hace lo menos un mes que no venías. A veces, perdóname, me invade un pequeño temor de que esta Babel te envuelva en sus mallas de oro, allá en Manhattan, el maldito. De que olvides, de que te olvides de lo único que jamás debe olvidarse.

—He estado muy ocupado. Hay mucho trabajo. Pero no traiciono eso que usted dice. ¿Cómo va la recaudación para su iglesia?

—¡Hum! Hijo, no puedo quejarme. Los que aportan su donativo no pueden hacer más de lo que hacen. Son los menos, claro. Esto es tan pobre... Pero aquí está mi sitio, precisamente. Van a la deriva, hijo. Miseria, y con ella vicios, violencias, delitos... Cada alma que rescato es para mí... Bueno, ya está aquí el café —apartó los libros, gozoso, para que Tess dejase sobre la mesa una bandeja con el servicio de café—. No es bueno, Víctor, como debes comprender, pero... Tess, la taza grande para Víctor. Es grande, fuerte, y necesita más que nosotros. Perfecto. Huele bien, Tess.

Sucedió un silencio mientras tomaban el café, muy claro, sin apenas sabor, poco azucarado. Brennan se lo tomó todo, bajo la angustiada mirada del padre Savory, consciente de la mala calidad de lo que le servía.

—Mi visita de hoy, padre —dijo después Brennan, ofreciendo su bolsa de buen tabaco al sacerdote—, es interesada, muy interesada.

—De todas maneras, te la agradezco. Veamos en qué consiste tu tribulación; porque lo estás, ¿verdad? Fuiste mi discípulo en la Universidad, con aquella Psicología, y después hemos estado juntos en las batallas. Dos cosas que hermanan y hacen que se establezca

un conocimiento estrecho, íntimo.

—Se me ha encargado una investigación acerca de unos crímenes —fue exponiendo Brennan con voz lenta, grave— ejecutados, al parecer, por una mujer. Particularmente, no tengo ninguna duda de que ella es la culpable, pero falta confirmarlo, demostrarlo con pruebas, o que lo confiese...

—Tal vez sea una hermosa mujer, ¿verdad? —interrumpió el padre Savory, lanzando densas bocanadas de humo de su pipa—. De no ser así, no hubieras venido a contármelo, supongo. Estás metido en un dilema, en un verdadero atasco...

—Cierto —sonrió, forzosamente, Brennan. El agente encontraba siempre un gran placer en conversar con aquel hombre, de una inteligencia clara, poseedor de extraña clarividencia—. Las investigaciones las he llevado en forma tal, como asiduo acompañante de ella, que insensiblemente, ambos...

—Es bastante, hijo —murmuró el padre Savory, moviendo la cabeza con tristeza—. Te has quemado las alas, claro. Creo que hasta ahora tu corazón ha estado como... desalquilado, ¿no? ¿Tienes novia?

—No. No había encontrado lo que tampoco, por otra parte, he buscado. Pero a veces uno se encuentra con el amor, sí, pero también con otras cosas desagradables anejas a él. Esta mujer, muy hermosa, es culpable. Nos queremos los dos, y..., y siento que flaqueo, que no encuentro forma de cumplir con mi deber; que no la encontraré jamás. Mis jefes saben en qué conflicto me hallo, pero me indican solamente lo que es mi obligación, con esa inflexibilidad que a veces tiene...

—Lo comprendo. ¿Ella pretende engañarte, diciéndote que es inocente? Lucha, seguramente, más por su amor por ti que por evadirse de una responsabilidad. Esto no hay que olvidarlo. Si esto es así, demos gracias a Dios, porque en esa alma hay un rescoldo de conciencia y de ella se puede hacer una hoguera.

—No la he acusado francamente de ser una asesina...

—¿Es una asesina? —exclamó el padre Savory, arrugando el ceño—. ¡Dios mío!

—Lo es. No se lo he dicho brutalmente aún. Ella tampoco lo ha confesado. Éste es el problema, querido viejo. Nadia, que así se llama, creo que jamás me lo confesará. Teme perder mi cariño, que

yo cumpla con mi deber. Y yo he de dar ese paso decisivo y no puedo, no puedo... No hay salvación para ella...

—En este mundo, Víctor —corrigió el padre Savory, dulcemente—. No olvides que un alma no se libera, generalmente, aquí. En este mundo pueden hacerse grandes merecimientos, evidentemente; adelantar mucho camino, y es un deber emprenderlo. Pero lo importante es la comparecencia ante el Todopoderoso. Hay que salvarla, aunque sea en el último minuto de su vida. Si siente amor puro... ¿Lo ha sido entre vosotros, Víctor?

—Sí, padre.

—Pues si ella no se ha sumido aún más en la abyección con ese amor, hay una posibilidad de que se salve. No suele haber almas totalmente corrompidas, hijo. Esa mujer ha debido ser muy desgraciada.

—Huyó de Rusia y luego ha andado errante por muchos sitios, acorralada, perseguida. Ha ido a caer en lo peor. Asociada con «gángsters», que la han exigido que mate. Tal vez sea una profesional, una «killer».

—¡Por Dios! —exclamó el sacerdote—. ¿Es posible eso? Oye, tal vez no has pensado en que pueda ser una enferma mental...

—No lo parece. Claro que habría que averiguarlo, ante todo.

—Bien. Entonces, ¿qué es lo que deseas de mí, en definitiva? ¿Que vea a esa mujer y la hable?

—Sí. Que la indique cuál es el único camino que debe seguir. Que todos los demás están cerrados, en este mundo, para ella. Según reaccione podremos saber si su mente está enferma o no.

—De acuerdo. Ahí tienes el teléfono, hijo. Llámala. Dila que venga a verme. O, si lo prefieres, voy yo.

Brennan, muy pálido, se levantó de la silla y fue al teléfono, instalado sobre una mesita, en un rincón de la estancia. Marcó el número y esperó.

—¿Nadia? Hola, querida. Mira, quisiera presentarte a un buen amigo, que tiene interés en conocerte. Es un hombre de paz...

—...

—Entiendo que un hombre de paz es aquel que está alejado de todo aquello que suponga colisión, que no persigue a nadie. No es un agente de la Policía, no te quiere perjudicar, en suma. Puede ser un hombre dedicado a hacer el bien como profesión: un sacerdote,

por ejemplo.

—...

—Vive en el Harlem negro, en Ciento Cuarenta y Dos Street, cuatrocientos cincuenta y tres. ¿Quieres venir ahora mismo? Te espero aquí.

—...

—Gracias, Nadia. Creo que haces muy bien en ser tan amable. Hasta luego.

Colgó el aparato, mirando después al padre Savory con inquieto.

—Vendrá, ¿verdad? —preguntó el sacerdote.

—Dijo que sí. Que tiene confianza en mí. Lo curioso es que, sin atrevernos a decirnos que yo lo sé todo y que ella sabe que yo lo sé, damos como dichas tales cosas y nos entendemos perfectamente.

—Porque vuestras almas se entienden sin necesidad de palabras.

—Lo que no sé es si vendrá, padre. Está al borde de la desesperación y puede tomar una determinación terrible. Sabe que esta misma tarde ha de ser para ella el desmoronamiento total. Que no caben más engaños, ni más actitudes pasivas. Si usted no la convence, yo he de dar parte a mis jefes, y que ellos decidan.

—Primero, veamos si está enferma, hijo. Si viene..., ya veremos. Una persona que mata de esa forma no puede estar normalmente en posesión de sus facultades mentales. Sería horrible lo contraído. Esperemos.

En la espera, Brennan fue informando con más detalles al sacerdote de todo lo relacionado con Nadia y las muertes que él creía había ella ocasionado.

—Debes marcharte —dijo después el padre Savory al joven— antes de que ella venga. Quiero hablar a solas con ella, sin que tú puedas ejercer como una coacción o mengua de su voluntad sobre ella. Espero que Dios me ayude en el esclarecimiento de este problema.

—Iré a un bar cercano. Dentro de una hora volveré —contestó Brennan, levantándose de la silla. Se puso el gabán y salió del gabinete.

El padre Savory cogió un crucifijo con una base de madera, y lo colocó sobre la mesa, en el centro. Se sentó después y encendió la pipa. Advirtió a la criada, Tess, que si una hermosa mujer deseaba verle, que la hiciese entrar inmediatamente sin preguntarle nada.

Se entregó después a la lectura de los evangelios con voz muy queda, bisbiseando. Encima de la repisa de la chimenea, el reloj sonaba isócronamente. Los leños de la chimenea crepitaban, y de cuando en cuando, una llamarada iluminaba la estancia, en la que iban predominando las sombras del atardecer.

Sonaron repentinamente dos golpes, dados en la puerta de la casa. El padre Savory levantó la mirada del libro sagrado, mientras sus labios seguían musitando el rezo. Tess hablaba con una mujer en voz baja, y luego los pasos de la criada, torpes, seguidos de un taconeo nervioso.

—Señor... —murmuró Tess—. Pase, señorita.

El sacerdote se levantó. Una sonrisa cordial se dibujaba en sus labios pálidos cuando tendió su mano delgada, larga, a Nadia, que le miró escrutadora, un poco asombrada de no encontrar allí a Brennan.

—Es usted la señorita Nadia Kirova, ¿verdad? Yo no soy más que un sacerdote católico... Siéntese, haga el favor.

—¿No está el señor Brennan? Me dijo que me esperaría —murmuró Nadia, contemplando a aquel anciano de escasa cabellera, muy delgado, casi ascético, «con cara de hambre», de profunda y amable mirada.

—Le dije que debería dejarnos solos, a usted y a mí, señorita Kirova. Volverá dentro de un rato. Ninguna otra persona —se levantó y cerró la puerta del gabinete— nos ha de oír, se lo aseguro. Nosotros y —señaló con la mano el crucifijo, sobre la mesa—. Dios...

—Yo no soy católica, señor —dijo Nadia, palideciendo un poco y apretando contra su regazo el bolso grande—. Ni tengo creencias religiosas...

—No importa, señorita Kirova. Dios ve y oye lo mismo a los que creen en él que a aquellos que le odian. A veces se le odia porque no se le conoce. O porque se cree que Dios jamás nos perdonará nuestros pecados. Hablemos usted y yo, entonces. Soy muy amigo de Brennan. Tengo la creencia de que ese muchacho es grande amigo de Dios y Él lo es suyo. Un hermoso corazón. ¿No lo cree usted, señorita Kirova?

—Sí..., desde luego —murmuró Nadia. Y una oleada de ternura nació en su pecho, recordando a Víctor, todo nobleza y amor para

ella.

—Me ha dicho que usted le ama y él también a usted. ¿Es cierto que usted le ama sinceramente?

—Sí..., desde luego —volvió a afirmar Nadia, que no sabía lo que aquel anciano se proponía con aquellas preguntas—. Pero no comprendo...

—Es fácil, señorita Kirova. Si usted le ama sinceramente, y ya no lo pongo en duda, porque lo he visto en sus ojos, ¿por qué no le ha dicho, con la misma sinceridad que le quiere, que no se merece su amor? Si hay un secreto en su alma que usted no quiere que sepa Víctor, no hay sinceridad en el amor.

—El me ha ocultado lo que es, señor —contestó con cierta irritación Nadia—. También ha pretendido engañarme...

—No. Lo que no ha dicho él es que sea agente del

F. B. I.

Usted tampoco se lo preguntó. Y Víctor le preguntó a usted si había tenido intervención en el asesinato del inspector Vestry, y usted le contestó alterando la verdad. Brennan ha sido sincero y usted no. Y él lo sabe todo, señorita Kirova. Es tan noble y leal, que considera como un acto imposible de realizar por él el interrogarle a usted como lo que es, un agente del

F. B. I.,

y proceder en consecuencia. Está faltando a su deber por el amor que la tiene. ¿Qué le parece todo esto?

Nadia bajó la cabeza, más pálida aún. Abría y cerraba su bolso mecánicamente, llena de turbación. El padre Savory llenaba su pipa despacio, mirándola con fijeza. Sí, era muy hermosa. Capaz de hacer que un hombre hiciese todo lo contrario de lo que siempre fue norma suya.

—Hija mía —siguió el anciano, con voz llena de serenidad y dulzura—, yo creo que alguna vez habrá meditado acerca de la imposibilidad de que su situación pueda solucionarse en tanto sus acciones censurables han quedado impunes y a ellas agrega otras más, como un desafío a Dios y a las leyes que en este mundo nos rigen. Toda alma puede salvarse si hay una irreductible decisión de cesar en nuestras malas acciones, como primer paso, y después, elevando la mirada hacia lo alto y pidiendo perdón. ¿Ha hecho usted algo de esto? ¿Le ha dicho siquiera a Víctor lo que usted ha

hecho de censurable, con tanto como le ama?

—Víctor me quiere tal como soy. Por eso no me ha dicho nada, no obstante saberlo todo —replicó adustamente Nadia—. Y usted no debiera meterse en lo que no le concierne. ¡Por eso les odio a ustedes, los hombres de religión! Todo lo quieren fiscalizar, controlar... ¡Le ha dicho que se vaya para poder usted catequizarme, como le ha catequizado a él!

El padre Savory no pestañeó. Pero dejó la pipa sobre la mesa. Mentalmente catalogó a aquella hermosa mujer, que ahora le estaba mirando desafiadoramente, metida una mano en el bolso.

—¡No se meta en este asunto, señor! ¡No se meta! Víctor y yo nos amamos, pese a todo. Yo no le incito a nada malo, ni mucho menos a que cometa crímenes. Yo he matado a tres hombres por él —se levantó, sacando la «Lugger» del bolso y apuntándole con ella a Savory— y... estoy dispuesta a hacerlo de nuevo si alguien pretende quitármelo, separarme de él. ¿Quiere usted que me entregue al

F. B. I.

para que me maten? ¿Es que después de lo que he hecho puede esperarme otra cosa?

—Es su alma, hija mía, la que hay que salvar —quiso explicar el sacerdote, mirándola serenamente, sin estremecerse, pese a que el cañón del arma estaba sobre su pecho—. Nada hay perdido si se salva el alma.

Nadia rió sarcásticamente. Debía de considerar loco a aquel hombre, que le hablaba de cosas que no entendía, que siempre despreció.

—¡Lo que tengo que salvar es mi amor por él! ¡El que me ame, me perdone y quiera que nos vayamos lejos de aquí! ¡Jamás volveré a hacer lo que he hecho si él no me abandona! Pero si todas las puertas me las cierran... —Su mirada se hizo terrible, contrayendo los labios, las mandíbulas—, empezaré de nuevo, y será con usted, que intenta separarme de él, que yo me entregue porque soy una mala mujer, indigna de él. ¿Sabe usted lo que ha tenido que ocurrir para que yo haya dejado de ser buena? No lo sabe...

El anciano consideró que se encontraba ante un caso desesperado, irremediable. Si Brennan la hubiese hablado a aquella muchacha como él lo había hecho, la conclusión que hubiera sacado sería la misma que se afirmaba en su mente. No estaba

hablando con una mujer normal, poseedora de sus facultades mentales. Tenía que ser así, en medio de todo.

Nadia, viéndole callado, pero sereno, sin revelar pánico ante la pistola que se apoyaba en su pecho, pareció tranquilizarse un poco. Retrocedió y se sentó sin dejar de observarlo atentamente.

—¿A qué salió Víctor? —inquirió después en tono seco, imperativo—. Lo envió usted a que llamase a la Policía, al F. B. I.,

Mientras se me entretenía hablando con un digno sacerdote, él, ya convencido por usted, me tiende la encerrona. No aparecerá, claro, por aquí. Serán sus camaradas. ¡Conteste usted!

—Nada hay de eso, hija mía —contestó con mayor dulzura el sacerdote mientras pensaba que su vida estaba corriendo un peligro mucho mayor del que corriera en la pasada guerra como capellán—. Víctor volverá, y solo. Espérole. Quiso dejarme solo con usted...

—Que le espere... —rió sardónicamente—. Que me cruce de brazos mientras vienen ellos...

Se levantó de nuevo, y el padre Savory la imitó con gesto decidido. No era posible, pensó, dejar a una persona así, con un arma en la mano, suelta por las calles, cometiendo nuevos crímenes.

—Espere a que venga Víctor, se lo ruego —dijo con voz persuasiva, muy pálido—. No hay nada de eso que usted cree. Si hubiéramos intentado detenerla, lo habríamos hecho cuando penetró en esta casa. Siéntese y piense que nadie la amenaza. Quise aconsejarla bien...

—¡Quítese de la puerta! —exclamó Nadia, lívida, encañonándole con su «Lugger»—. Si es eso cierto, déjeme salir y le esperaré en la puerta, en mi coche. Y vendrá usted conmigo. ¡Salga delante de mí!

El anciano suspiró, afirmando con un gesto de cabeza. Y Tess vió con infinito pasmo cómo el padre salía por el pasillo y aquella mujer, empujándole con la pistola en la espalda, iba tras él.

—¡Señor, señor, qué le hacen! —gritó trémula de espanto—. ¡Déjele usted, mala mujer! ¡El bendito hombre!

—Calla, Tess, calla —murmuró ahogadamente el padre Savory—. ¡Calla!

—¡Cállese usted! —gritó Nadia, empujándola violentamente con la mano izquierda—. Calle o... —desvió la pistola, apuntándola a la vieja, que chilló mientras caía al suelo, desvanecida.

El padre Savory pensó en el lío en que le había metido el bueno de Brennan, con sus repulgos amorosos. ¿Cómo aquel tonto, licenciado en Psicología; discípulo suyo, no supo darse cuenta de que aquella mujer no era sino una desdichada enferma mental, una maniaca homicida? El amor, el amor, que ciega y hace también enloquecer...

—Abra la puerta y salgamos —ordenó Nadia, sonriendo siniestramente—. Abra la puerta, le digo...

Obedeció el sacerdote. Ella le empujó hasta quedar en la calle. Asomó la cabeza, desconfiada. No había nadie.

—Suba a mi coche. Si mueve los brazos o chilla, le mato. ¡Suba!

—No hay nadie, hija mía —dijo el padre Savory, sonriendo—. Ya ve que no la engañaba. Esperemos a Víctor. Está por aquí cerca, en un bar, según me dijo. Volverá en seguida. Tranquilícese, hija mía...

—¡Suba al coche! —rezongó Nadia, empujándole—. Vamos a pasear, en vista de que es usted tan buena persona. Solamente quería separarme de Víctor, ¿verdad? ¡Qué bueno es usted! ¡Suba!

El sacerdote subió, colocándose en el asiento de al lado al de la dirección. Su mirada se había vuelto más centelleante, sin duda de dulzura. Apretaba las mandíbulas con energía. Pensaba cómo se las arreglaría Nadia para conducir y al mismo tiempo tenerlo bajo la amenaza de la pistola. Había que actuar según ella procediese.

—¿Dónde van sin mí? —gritó alguien detrás de ellos, cuando Nadia iba a meterse en el coche. Volvieron ambos la cabeza. Brennan, andando rápidamente, asombrado.

—¡Quería separarme de ti, Víctor! —gritó Nadia con voz llena de rabia—. ¡Déjamele! ¡Lo hago por ti, por nuestro amor!

Brennan vio la pistola que ella empuñaba y que ahora apuntaba al pecho del anciano sacerdote, que estaba muy pálido, pero sereno, estoico ante la muerte que parecía inminente.

—¡No, Nadia, no! —gritó el agente especial, aterrado—. Todo lo contrario, querida. Baje, padre, baje... Nadia estaba equivocada.

—¡Me ha dicho que soy indigna de ti, que debo entregarme al F. B. I.,

para que me lleven a la silla! —rugió Nadia, sin dejar de apuntar al sacerdote—. ¡Déjame! Sturz, el italiano, Nic, querían matarte. ¡Yo los maté por ti!

Brennan metió su mano entre la americana y el pecho. Otra «Lugger», de grueso calibre apareció en su mano. Estaba horrorosamente pálido y apenas si podía respirar. Nadia echó hacia atrás el cañón de su pistola, metiendo la bala en la recámara. Iba a disparar, a matar al sacerdote...

Y disparó él antes dos veces, por si el pulso le traicionaba.

Nadia soltó la «Lugger». Su rostro se cubrió de sangre, que brotaba de la sien izquierda. Y cayó pesadamente sobre el asiento, con la mitad del cuerpo en el suelo.

—¡Dios mío, Víctor, la has...! —gimió el padre Savory—. ¡La has matado!

Brennan bajó la mano armada, como si no pudiera con su peso.

—No pude evitarlo, padre —murmuró con voz sollozante—. Si solamente la hubiese herido, le habría matado a usted... Ahora ya he cumplido con mi deber. Todos los errores se pagan. Y se aprende a vivir, a tener, experiencia —rió, infernalmente, mientras contemplaba el cadáver de la hermosa Nadia.



FRANK McFAIR

el aplaudido escritor de reconocida fama mundial. nos acaba de enviar una novela de indudable mérito emotivo y de una fuerza trágica admirable.

HORA "D"

Así se titula la genial obra, en la que se describe a la perfección una de las más interesantes intrigas aventureras que se han desarrollado en los últimos tiempos. Es la preparación del momento fatal, del instante que lo mismo podría llevar al éxito que a la derrota. Pero, gracias a un hombre de esforzado ánimo y de inteligencia sobrenatural, lograron por fin...

HORA "D"

se publicará inmediatamente en la incomparable
Colección F. B. I.

JOVENES:

ADQUIRID EN LAS BUENAS LIBRERIAS
Y QUIOSCOS

Aventuras del F. B. I.

y

Jeque Blanco

